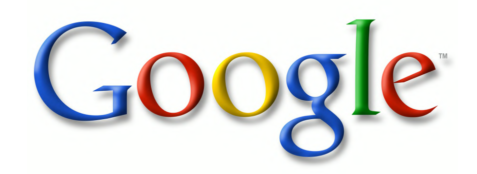
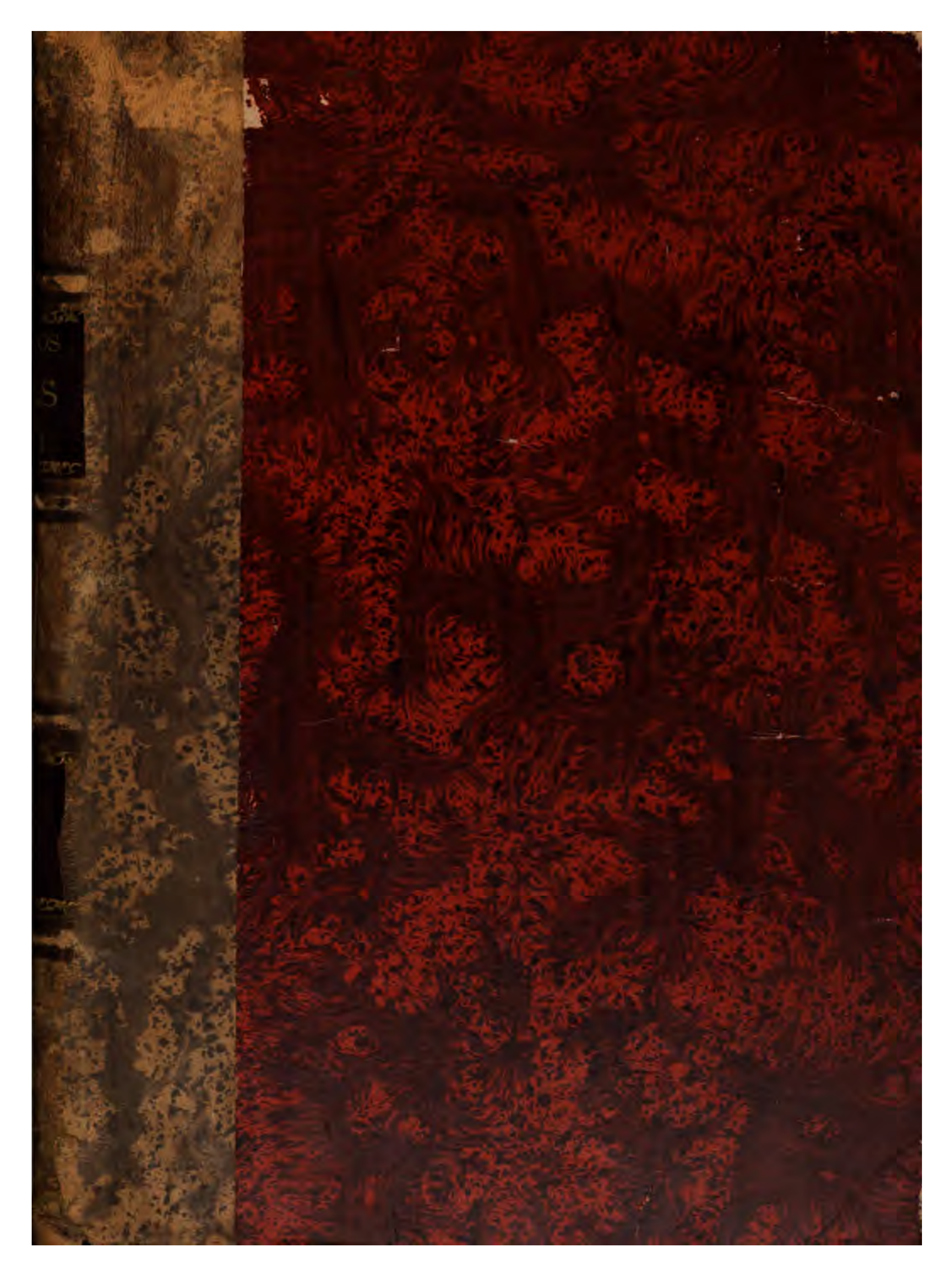






1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



POESÍAS DIVINAS Y HUMANAS

DEL

PADRE PEDRO DE QUIRÓS

POESÍAS DIVINAS

Y HUMANAS

DEL

P. PEDRO DE QUIRÓS

RELIGIOSO DE LOS CLÉRIGOS MENORES

DE ESTA CIUDAD DE SEVILLA.

Publícalas la Sociedad del Archivo Hispalense,

precedidas de un Prólogo

del Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo,

de la Real Academia Española.

SEVILLA

En la Oficina de EL ORDEN, ÁGUILAS 11.

1887



PEDRO DE QUIRÓS

Por vez primera salen hoy á luz, gracias á la diligencia de los fundadores del *Archivo Hispalense,* las poesías completas del padre Pedro de Quirós, en su mayor parte inéditas y desconocidas, aunque el nombre de su autor corra celebrado con extraño encarecimiento en todos los manuales modernos de nuestra literatura, y en cuantos escritos tratan de la escuela poética sevillana de los siglos XVI y XVII. Dos ó tres rasgos suyos, quizá no los más felices: el soneto á *Itálica,* el madrigal de *La Tórtola,* han bastado para labrar á Pedro de Quirós esta singular fortuna, que con serlo tanto, no carece de ejemplos en la historia literaria. Sin salir de la patria y siglo de Pedro de Quirós, Rioja, con quien muchas veces se le ha comparado, es mucho más célebre por lo que no hizo, que por lo que hizo, con tener esto último un valor tan real y positivo, y ciertamente nada inferior al de

aquellas otras composiciones de que hubo de hacerle graciosa donación la fantasía ó la arbitrariedad de nuestros críticos.

No es éste exactamente el caso de Pedro de Quirós, que sólo debe su celebridad á versos propios; pero de él se puede afirmar que es á un tiempo poeta célebre y poeta ignorado, puesto que habiendo sido su musa sobre manera fecunda para lo que acostumbraban los poetas líricos de su tiempo y de su escuela, y habiéndonos dejado copiosas muestras de varios géneros, apenas veinte composiciones suyas, la mayor parte sonetos, madrigales y epigramas, es decir piezas pertenecientes á lo más fugitivo de la poesía lírica, habian merecido hasta ahora los honores de la impresión, y áun éstas no se podian leer reunidas en un mismo libro.

El nombre de este poeta para nada había sonado en la historia de las letras castellanas hasta el año de 1838. Su recuerdo yacía sepultado en las colecciones de biografías manuscritas de los hijos ilustres de Sevilla, y en el códice de sus propios versos, que después de haber pertenecido á la Biblioteca del Conde del Águila, fué á parar en 1821 á la Biblioteca de la Catedral de Sevilla, vulgar y abusivamente llamada por muchos Colombina. Ninguna de nuestras antologías del siglo pasado y comienzos del presente dió hospitalidad á los frutos de su ingenio: ni el *Parnaso Español* de Sedano, ni la colección de Fernández, ni la de Quintana, ni la de Bolh de Fáber. Gallardo estudió y extractó con su habitual diligencia el manuscrito de la Colombina, pero no llegó á publicar sus notas. Quizá lo mismo les aconteció á otros eruditos, por lo cual no vacilamos en afir-

mar que hasta el presente no consta que poesía ni fragmento alguno de Pedro de Quirós hubiera llegado á general noticia antes del referido año de 1838, en que D. José Amador de los Ríos, á la sazón muy joven, pero ya inclinado, como toda su vida lo fué, á la investigación de nuestros tesoros literarios, publicó en *El Cisne,* periódico sevillano, el madrigal y el soneto famosísimos, acompañados de algunas noticias biográficas del poeta, no todas exactas. En otros tres periódicos literarios de la época romántica, *La Aureóla* de Cádiz (1839 á 1840) y *El Paraíso* y *La Floresta Andaluza* de Sevilla, continuó insertando Amador la mayor parte de aquellos escasos versos de Pedro de Quirós, que luégo, en 1854, aparecieron ya coleccionados en el tomo primero de los *Poetas Líricos de los siglos XVI* y *XVII,* que reunió para la *Biblioteca de Autores Españoles* D. Adolfo de Castro. Posteriormente en *El Ateneo,* periódico de Sevilla (1875), insertó D. José María Asensio y Toledo unas décimas y tres epigramas inéditos de Pedro de Quirós. Á esto se reducen todas las publicaciones parciales de que tenemos noticia, y que, como se ve, comprenden una mínima parte de las ciento treinta y cinco piezas, contenidas en el códice sevillano y en la presente edición, que es copia textual de él. Sólo ahora podrá juzgarse al poeta con cabal conocimiento de causa, y yo, por mi parte, voy á intentarlo, exponiendo en términos breves la impresión que en mi ánimo ha hecho la lectura de estos versos, sin intentar prevenir en modo alguno el juicio definitivo de mis lectores.

Ante todo conviene saber algo de la persona del autor, á quien no pocas veces se ha confundido con

otros de su mismo nombre y apellido. Los datos principales para deshacer esta confusión nos los suministran, principalmente, Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova;* el adicionador de los *Claros Varones en Letras naturales de Sevilla*, obra comenzada por Rodrigo Caro; el diligentísimo Matute y Gaviria en sus *Hijos de Sevilla señalados en santidad, letras, armas, artes ó dignidad* (obra de capital interés, que viene publicando nuestra Sociedad) y también en sus *Adiciones y Correcciones á los Hijos de Sevilla de D. Fermín Arana de Varflora* (el P. Valderrama), las cuales pueden estimarse como inseparable complemento de la obra anterior, y también gozan ya de la luz pública por el buen celo de nuestro consocio el Duque de T'Serclaes Tilly; y finalmente, con más extensión y crítica que los biógrafos anteriores, el joven sevillano D. Antonio Mejías y Asensio en el notable discurso que leyó en la Universidad Central el dia 22 de Noviembre de 1886, para recibir el grado de doctor en la facultad de Filosofía y Letras (1).

Por las noticias que estos autores más de propósito, y otros por incidencia, como Dorado en su *Historia de Salamanca*, y Ortiz de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*, consignan, resulta averiguado que Pedro de Quirós nació en Sevilla, probablemente en las casas de su apellido, antigua plaza de la Gavidia, perteneciente por mitad á las parroquias de San Vicente y San Miguel. Su partida bautismal no ha parecido aún (aunque sí las de otros de su familia), pero todo induce á colocar su nacimiento en los últimos

(1) Impreso en Sevilla, imp. de E. Rasco, 1886.

años del siglo XVI, distinguiéndole cuidadosamente de otro más antiguo Pedro de Quirós, cura del Sagrario de la Santa Metropolitana Iglesia Hispalense, sabio teólogo y humanista, de quien nos da Rodrigo Caro en sus *Claros Varones* las interesantes noticias que á continuacion transcribo:

«Fué natural de esta ciudad, del apellido de Quirós, gente conocida por muy antigua y limpia.... Supo la lengua griega y la latina con eminencia. Su genio le inclinó á hacer y escribir poemas latinos: hizo uno muy celebrado en España y otras provincias de Europa, de la expedición del Dr. de la Gasca y victoria de los Pizarros en las Indias, de cuya elegancia y de las muchas partes de este ingenio sevillano no es ménos que el doctísimo Arias Montano, el que lo celebra en estos versos del libro III de sus *Rhetóricos:*

Ast aliter noster Chirosius unica Bœtis
Gloria, Castalidum decus, atque optanda Poetis
Mens priscis, optanda viris, qui liberiore
Eloquio nomenque sibi famanque pararunt.
Nec satis in patria notus, tamen inclyta famæ
Buccina per Latium, per quos Germania fines
Extendit, Gallos populos, extremaque nostræ
Hesperiæ auditur per littora, mirus utroque
In genere, Hispanum seu tentet condere carmen,
Humanæ et celebrare pius monumenta salutis,
Tartareo quondam partos ex hoste triumphos,
Attonitas reddit mentes, et viscera sacris
Ignibus ardere, et lachrymas diffundere cogit:
Sive canat lautum Gasca redeunte trophæum,
Atque acie tantum visa, pavidumque tremore

Pizarrum dare terga ferat, pacataque magni
Littora Neptuni Sacro usurpata tyranno.
Sive etiam clarum in sua carmina Pontion armis
Advocet, indomitis figentem colla juvencis:
Argumento omni, atque omni mirabilis ausu,
Non tamen inceptis turgentibus, atque maligno
Progressu, potiùs gravis atque modestus in ipsis
Principiis, prudens paulatim surgit, opusque
In mediumque decens et finem protrahit altum.
Pontius Hesperio genus alto à sanguine Regum
Antiquo longoque gerens de stemmate dignum,
Luditur hic, tenuem non dedignatus avenam.
Dum tamen in tristes sedes, Plutonia regna,
Invidia tactos juvenes descendere cogit,
Nigrantes adeunt Herebi fuligine portas
Admotaque manu bis terque quaterque trementes
Pulsant, ac magico tentant aperire susurro.
¿Quid meliùs priscis dictum, quid pulchriùs?....

»De manera (prosigue Rodrigo Caro) que como dice aquí Arias Montano, tres obras poéticas había publicado Pedro de Quirós. La primera una silva en verso heróico latino, de la victoria que tuvo el doctor Gasca contra Gonzalo Pizarro en el Perú.... El segundo poema de nuestro Pedro de Quirós fué también en versos latinos heróicos, en alabanza de don Pedro Ponce de León, hermano segundo de D. Luís Cristóbal Ponce de León, Duque de Arcos. Era este caballero muy gentil hombre, bizarro á caballo y gran ginete, inclinado, como deben de ser los caballeros de tal calidad, á torear, dar rejones y lanzadas á toros, jugar cañas, y finalmente todos aquellos ejercicios que disponen para la guerra y hacen los cuer-

pos fuertes y ágiles para trances de armas y caballería.... La tercera obra del ingenio de Pedro de Quirós fué la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, decantada en octava rima en siete cantos, que el primero empieza así:

«Canta con canto triste y doloroso,
Oh Musa, de dolor enternecida....»

»Este libro fué en aquella edad muy bien recibido de la piedad cristiana, y en toda España estimado por el ingenio que en él muestra su autor, y por el argumento que en sí contiene, digno de un sacerdote, y docto erudito como lo fué su autor. Llamóle *Christopathia,* voz griega que comprende el asunto, en el cual observó los preceptos del arte poética y retórica con mucho primor, guardándolos de manera que parecen naturales y no afectados. De este libro he visto dos impresiones distintas.»

He copiado tan á la larga este pasaje de Rodrigo Caro, no sólo por lo interesante de sus noticias, y porque siempre es grato recrear el oido con los elegantes versos de Arias Montano, sino para corregir un error en que al parecer incurre el sabio arqueólogo de Utrera, atribuyendo á ese primitivo Pedro de Quirós el rarísimo poema de la *Christopatia ó Pasión de Cristo,* que en su misma portada dice ser obra de Juan de Quirós, sucesor de Pedro en el curato del Sagrario, según afirma Matute, y autor también, por consiguiente, de los dos poemas latinos que Arias Montano atribuye á un Quirós *(Chirosius)* sin indicación alguna de nombre propio. Arias Montano no podía equivocarse en este punto, porque fué grande amigo de Juan de Quirós, é hizo un soneto á

su retrato, que puede verse al frente de la *Christopatia* en la edición toledana de 1552; pero no es de extrañar que más de ochenta años después confundiese Rodrigo Caro á dos personas del mismo apellido, de la misma profesión y cargo, del mismo tiempo, y casi seguramente de la misma familia. Para nosotros el *Chirosius* de la *Retórica* no puede ser otro que Juan de Quirós, porque sería coincidencia verdaderamente maravillosa, después de tantas otras, que ambos ingenios hubiesen celebrado igualmente en un poema español *(Hispanum Carmen)* el grande asunto de la Redención humana. Y áun no paran aquí los homónimos, puesto que así como en el siglo XVI hubo un Pedro y un Juan de Quirós, curas entrambos del Sagrario, así en el XVII encontramos repetidos ambos nombres bautismales en otros dos escritores de Sevilla, religiosos los dos, es á saber el poeta cuyas obras tenemos entre manos, y un fray Juan de Quirós, de la orden de San Francisco, Lector en Sagrada Teología, Consultor del Santo Oficio, Provincial de la Bética, Vice-Consejero General de las Indias, famoso teólogo escotista, y autor de dos obras en defensa del dogma de la Inmaculada Concepción *(Rosario Inmaculado de la Virgen María,* y *Marial ó segundo tomo de los Misterios y Glorias de María),* impresas respectivamente en 1650 y 1651.

Otras dos veces, por lo ménos, suena este apellido en la historia literaria de nuestra edad de oro; pero los ingenios que le llevaron no pertenecían, como los anteriores, á la rama sevillana de los Quirós. Fué el primero Juan de Quirós, natural de Toledo, jurado ó regidor de aquella imperial ciudad, es-

critor dramático notable, que en 1591 ponía término á su ingeniosa y desconocida comedia *La Famosa Toledana,* que se conserva entre los manuscritos de la Biblioteca de Osuna, existentes hoy en la Nacional. Ni es posible olvidar tampoco al picaresco y sazonado entremesista asturiano D. Francisco Bernaldo de Quirós, Alguacil de Casa y Corte en tiempo de Felipe IV, y autor de la extraña novela *Aventuras de D. Fruela* (Madrid, 1656), donde van intercalados diez entremeses suyos, una comedia burlesca y muchos versos jocosos á estilo de los de Cáncer.

Todo este deslinde era necesario para dejar clara y aislada la personalidad de nuestro Pedro de Quirós, confundido por algunos con el Cura del Sagrario, mientras que otros le han atribuido obras dramáticas, que quizá sean del entremesista.

Así como ignoramos la fecha exacta del nacimiento de nuestro poeta, así también carecemos de toda noticia acerca de sus primeros estudios, que fueron, sin duda, los habituales de un hombre de letras entónces, basados especialmente en el cultivo de las humanidades, á las cuales debió, en medio de pasajeros desvíos, el buen sabor de su estilo, verdadera excepción (aunque nó única ni mucho ménos) en una época infestada ya por el culteranismo.

Cuando en 1624 llegó á Sevilla por primera vez la comunidad regular de los Clérigos Menores, Pedro de Quirós fué de los primeros que hicieron profesión en la casa conventual de aquella Orden, y él fué el encargado de redactar la inscripción *bien elegante y docta* (al decir de Ortiz de Zúñiga) que se puso en la primera piedra de la iglesia que en aquella ciudad

comenzaron á levantar los Padres de la nueva Religión, y que Pedro de Quirós no pudo ver terminada, pues sólo se abrió al culto en 1727.

Pedro de Quirós residía aún en Sevilla en 1649 (1), año de terrible epidemia. Para nosotros es casi seguro que antes de esa fecha apenas había salido de la capital de Andalucía, salvas ligeras excursiones al vecino pueblo de Umbrete, cuyas damas y cuyas vendimias ha celebrado en un romance y en un soneto.

El lunes 4 de Diciembre de 1657 le encontramos en la villa de Olivares, narrando con estro satírico y desenfadado las peripecias de su viaje y la dureza del gallo que le dieron á comer en la posada.

En martes 4 de Noviembre de 1659 concurre con unas quintillas laudatorias á la fiesta de S. Carlos Borromeo. Pero antes ó después de esta fecha (porque para nosotros no es seguro que estas quintillas fuesen compuestas precisamente en la metrópoli hispalense) el P. Pedro de Quirós fué nombrado Prepósito del Colegio de su Orden en Salamanca, cargo que todavía desempeñaba por reelección en 1665, puesto que en dicho año presidió en concepto de tal la procesión de los Clérigos Menores que asistieron á las exequias de Felipe IV y escribió, por mandato de la ciudad de Salamanca, la relación de ellas, que se imprimió al año siguiente con el conceptuoso título de *Parentación Real* (2).

Aquel mismo año debió de obtener Pedro de

(1) Consigna este dato el Dr. D. Joséph de Zevallos en su obra manuscrita *Noticia de algunos Literatos insignes españoles* (Ms. del Archivo Municipal de Sevilla, citado por el Sr. Mejías en la pág. 25 de su discurso).

(2) Vid. Dorado, *Historia de la Ciudad de Salamanca*, cap. XXXVII, y Villar y Macías (D. Ángel) en su reciente y copiosísima *Historia* de la misma ciudad, t. II, págs. 523 á 535.

Quirós uno de los más altos cargos de su Orden, el de Visitador general de la Provincia de España, del que disfrutó poco tiempo, puesto que murió en Madrid en Junio de 1667. La fecha consta en unos apuntes manuscritos de D. Joséph Maldonado y Saavedra (tío de Ortiz de Zúñiga), y ha sido dado á conocer primeramente por el Sr. Mejías y Asensio en su citado discurso.

Todo induce á creer que los versos del P. Pedro de Quirós, compuestos únicamente para solaz propio y recreación de sus amigos ó de sus hermanos de Orden, fueron enteramente desconocidos de sus contemporáneos. Nicolás Antonio, que como hispalense debía de tener muy exacta noticia de su persona, le incluye en su *Bibliotheca Nova,* pero no á título de poeta, sino como autor de varios libros en prosa. El primero es la *Vida y Virtudes del Venerable Padre Bartolomé Simorilli, de los Clérigos Menores,* obra escrita en *limado y elegante estilo (limato et luculento)* al decir de Nicolás Antonio, que por cierto omite las señas de impresión.

El segundo es *Parentación Real, Honras que hizo la ciudad de Salamanca al Rey N. S. D.ⁿ Felipe IV,* obra impresa en Salamanca el año 1666, por Joséph Gómez de los Cobos. Es, como su título lo indica, una de las relaciones de fiestas que tanto abundan en nuestra literatura, con descripción del túmulo ó catafalco (que al parecer era de muy mal gusto) y algunas interesantes noticias históricas sobre los conventos, parroquias y cofradías de aquella ciudad, razón por la cual este libro ha sido muy explotado y tenido muy en cuenta por los historiógrafos salmantinos.

Mucho más importante, sin ninguna duda, que los dos anteriores era el tercer libro que Pedro de Quirós tenía dispuesto para la imprenta en *elegantísimo estilo latino* (según Nicolás Antonio) con el título de *Comentarios al Profeta Ionás (In Ionam Prophetam Commentaria).*

Nicolás Antonio, á quien había dado noticia de esta obra el general de los Clérigos Menores fray Juan Ximénez, se inclina á creer, no obstante, que este libro, en su mayor parte, no era trabajo de Pedro de Quirós sino de su compañero de hábito Jacinto Carlos Quintero, cuyo manuscrito fué terminado y corregido por Pedro de Quirós. No sabemos que este comentario llegara á imprimirse nunca.

La primera referencia á los versos de Pedro de Quirós la encontramos en el adicionador de los *Claros Varones* de Rodrigo Caro, que después de traducir el artículo de Nicolás Antonio, añade: «El padre Quirós escribió excelentes versos latinos y castellanos, y quien esto escribe tiene buena parte de ellos copiados en su poder y áun algunos en los originales mismos.» Los versos latinos no existen ó no han sido descubiertos hasta ahora. De los castellanos no se conoce más códice que el que perteneció (como dicho queda) á la librería del Conde del Águila, y luégo á la Biblioteca capitular de Sevilla. No es original, sino copia esmerada, cuya mayor parte se terminó en Sevilla en 1656, según nota que consta al principio del índice. Más adelante se añadieron, á modo de segunda parte, y de distinta letra, otras diez composiciones no registradas en dicho índice. El título de la colección es: *Poesías divinas y humanas del P. Pedro de Quirós, Religioso de los Clérigos*

Menores de la Ciudad de Sevilla. Es un volumen en cuarto de 40 folios, sin contar los dos del índice, y lleva algunas correcciones más ó ménos atinadas, de letra de D. Bartolomé Joséph Gallardo, que estudió este códice en Mayo de 1823, estampando al pie del índice su firma.

Apesar del esmero habitual de la copia, no puede decirse que esté exenta de algunos errores harto visibles. Es imposible, por ejemplo, que un versificador tan correcto como Pedro de Quirós comenzase su célebre soneto *á las ruinas de Itálica ó Sevilla la Vieja* con un verso que no lo es, de ninguna manera que se intente leerle:

¡Oh Itálica breve, ya tu lozanía....

Hay que suponer ó que el soneto no es á Itálica sino á Italia (á lo cual se presta lo vago y enfático de su contexto) ó aceptar en el primer verso la brillante corrección con que le imprimió Amador de los Ríos, y le han reproducido otros muchos:

Itálica ¿dó estás? Tu lozanía....

El juicio que corre estereotipado en los libros, acerca de Pedro de Quirós, puede reducirse á los términos siguientes: «Pedro de Quirós es un poeta de la escuela sevillana: siguió, por consiguiente, la dirección clásica de Herrera, Arguijo, Jáuregui y Rodrigo Caro, y resistió con mucha fortuna al invasor influjo del culteranismo, mostrándose en la pureza del gusto émulo digno del mismo Rioja.» En este juicio hay sin duda una verdad incompleta, pero mezclada con no leves errores, que sólo pueden disiparse hoy que tenemos á nuestro alcance la colección entera de las obras del poeta.

Ante todo, ¿Pedro de Quirós es un poeta de la escuela sevillana? La respuesta no es tan fácil como á primera vista parece. Si la escuela sevillana es un grupo que tiene carácter propio dentro de nuestra poesía lírica, y que se diferencia de las otras escuelas peninsulares en ciertos principios teóricos y en ciertos procedimientos de ejecución, es evidente que no todos los ingenios nacidos bajo el cielo de Sevilla pueden y deben ser alistados en esa escuela, sino pura y simplemente los que coinciden en esos principios y en esos procedimientos. Francisco de Medrano, por ejemplo, es un poeta natural de Sevilla, pero por su estilo sobrio, rápido, severo, algo desnudo y nada exuberante, por su gusto rígidamente latino y horaciano, hasta por el corte de sus estrofas, pertenece con pleno derecho á la escuela de Salamanca. En cambio Pablo de Céspedes, nacido en Córdoba, es un poeta de escuela sevillana con tanto derecho como el mismo Herrera.

Ya hemos indicado en otro escrito que no tenemos á las escuelas literarias la antipatía que contra ellas han manifestado ciertos críticos. Si la poesía es obra intelectual y humana, como sin duda lo es, ¿quién puede creer que se haya desenvuelto de una manera caprichosa y fortuita, por aislados impulsos individuales, sin tradición ni concierto? ¿Faltará en la poesía lo que nadie niega en las artes plásticas? Lo que importa es que la clasificación esté bien hecha, y que corresponda exactamente á la realidad de las cosas, fundándose, nó en razones externas y superficiales de paisanaje, de educación, de convivencia, etc., sino en la comparación profunda de las tendencias y aptitudes estéticas de los diversos ingenios, puestas

en relación con el medio intelectual en que se desarrollaron.

El que no tenga cuenta con las escuelas literarias, forzosamente convertirá en un caos la historia de la poesía. Pero como algún orden se impone en todo trabajo humano, el crítico que así piensa tendrá que seguir ó el orden cronológico extricto, que es, á las veces, el mayor desorden, ó bien agrupar á los poetas por razones enteramente externas y anticientíficas. Y no se objete que la poesía es libérrima, porque ahí está la historia para atestiguarnos que cuanto más espontáneo, nacional y popular es un género de poesía, tanto más obedece á un proceso lógico y fatal, tanto más se extiende y perpetúa en él la reproducción de unos mismos tipos, tanto más frecuentes son los remedos y los plagios, y tanto mayor y más visible la unidad de principios y de sistema. ¿Quién ha de dudar, por ejemplo, que Lope de Vega y los dramáticos que le siguieron forman una *escuela*?

Ni la palabra tiene en sí nada de absurdo, ni envuelve nada de opresivo y tiránico para el libre desarrollo del genio, puesto que al fin y al cabo no es mucho mayor la libertad de que disfruta el hombre en el arte que en la Filosofía, por ejemplo. ¿Y es esto negar la independencia del genio filosófico, que sólo merece el nombre de tal cuando ha llegado á formarse un sistema propio sobre los principios de las cosas? Es cierto que hay un poderoso elemento individual, así en la obra científica como en la artística, pero este elemento no obsta de ninguna manera á lo que hay de exterior, de involuntario, de obligado por las condiciones en que el espíritu se mueve. Y por muy pro-

pio que sea del filósofo ese sistema, puesto que él ha tenido que formársele por propio esfuerzo intelectual, conservará, no obstante, relaciones y adherencias profundas con todo lo que se ha pensado en el mundo, con todo lo que se pensará después; y atendiendo á estas relaciones, el historiador crítico afilía al independiente filósofo quizá en aquel grupo de pensadores al cual ménos se holgaría de pertenecer. Lo mismo ó poco ménos sucede con las creaciones artísticas, ninguna de las cuales puede aspirar á salvarse de ser analizada y clasificada y puesta donde le corresponda.

Dos cosas se requieren á toda luz para constituir verdadera escuela: una, es la semejanza de procedimientos, pero no basta: la otra y más esencial es una doctrina estética recibida por todos, y cuyo espíritu se deje sentir en todas las producciones de la escuela. No importa que esta doctrina no se formule en libros, no importa que los mismos artífices no puedan razonarla, si por ella se les pregunta: basta que esté difundida en la atmósfera de academia ó de taller, y que, respirándola ellos sin sentir, ajusten luégo sus creaciones al modelo ideal de perfección que la escuela ha concebido instintiva ó racionalmente.

Pero en la escuela sevillana del siglo XVI hubo más que esto: hubo una doctrina literaria formalmente profesada y expuesta en obras tales como las *Anotaciones* de Herrera á Garcilasso (que pueden considerarse como una verdadera poética) y el *Discurso* que al frente de las mismas *Anotaciones* estampó el Mtro. Francisco de Medina. La escuela sevillana no difiere de ninguna otra de nuestras escuelas líricas por

razón de los asuntos, que son los habituales y consagrados en la poesía lírica de entonces: ni por la imitación de los clásicos y de los italianos, que era asimismo ley universal de nuestro arte erudito; ni por el *orientalismo* ó *hebraismo* que algunos han soñado, refiriéndose sin duda á las dos admirables canciones bíblicas de Herrera, sin reparar que de tal orientalismo no vuelve á encontrarse el menor vestigio en las obras del cantor de Heliodora, ni en las de ninguno de sus discípulos, contemporáneos é imitadores, al paso que la escuela salmantina nos ofrece en Fr. Luís de León muestras de un hebraismo todavía más puro y más directo. La verdadera nota característica de la escuela sevillana está en la forma, y nó precisamente en la forma más íntima, sino en la más externa, que en todo arte tiene, sin embargo, una importancia capital: está en su especial teoría del *lenguaje poético,* en la nobleza y escogimiento de las palabras, en el número del período poético, en la majestad y arrogancia de la dicción, contenidas siempre en los límites del buen gusto.

Así (áun prescindiendo de sus remotos orígenes, que pueden buscarse en la falanje de poetas dantescos del siglo XV, que empieza con Micer Francisco Imperial, y termina con el cartujano Juan de Padilla) mostró la escuela sevillana su vitalidad creadora y pujante en los ensayos clásicos de Mal-Lara, Medina, Diego Girón y el canónigo Pacheco: en las elegías y demasiado abundantes sonetos petrarquescos de Herrera, en las raras pero insuperables muestras que el mismo Herrera nos ha dejado de su inspiración encendida al calor de los grandes hechos contemporáneos: en el númen arqueológico de Rodrigo Caro:

en la hábil factura de los sonetos, también arqueológicos, que D. Juan de Arguijo cincelaba con primor de artífice toscano: en la lozana y florida musa de Jáuregui, que robó á la del Tasso la mayor parte de sus hechizos: en la gravedad estóica y serena del autor de la *Epístola Moral;* en el arte exquisito con que Rioja sacó de las flores emblemas de dicha fugaz y documentos de moral sabiduría.

Ahora bien ¿el carácter poético de Pedro de Quirós, aparece en armonía con el de estos maestros? No se olvide para juzgarle que escribió á mediados del siglo XVII, que no alcanzó las academias poéticas del XVI, que no pudo asistir á la escuela de Mal-Lara, ni al taller de Pacheco, ni á la casa de Arguijo, y que no consta siquiera que tuviese relaciones de amistad con ninguno de los ilustres poetas hispalenses de la última época, ni con Jáuregui, ni con Rioja, ni con Rodrigo Caro, ni con Andrada, ni con el doctor Salinas, que nunca le mencionan en sus versos ni dan muestras de haber tenido noticia de su existencia. Añádase á esto que Pedro de Quirós no parece haber sido nunca poeta de profesión, ni haber profesado al arte aquel culto sagrado que le tributaron Herrera y algunos de sus sucesores, sino que escribió la mayor parte de sus versos en ratos hurtados á más graves ocupaciones, y los escribió muchas veces *de encargo,* ya para funciones devotas, ya para fugitivo solaz y sobre temas prosáicos y baladíes. En lo profano nunca inflamaron su estro asuntos tales como la batalla de Lepanto, la pérdida del rey D. Sebastián, el vencimiento de los moriscos de la Alpujarra, las reliquias de una ciudad romana. Muy rara vez atravesaron por su espíritu altas y melancólicas filosofías sobre lo

vano y caduco de las grandezas humanas: sólo en el soneto *á Itálica* se hizo intérprete de ellas. El amor no fué nunca en sus versos (ni cuadraba otra cosa á la gravedad de su estado) más que motivo de discreteo ú ocasión de sutilezas y conceptos. Se inclinó al cultivo de la sátira, pero en su forma más ligera é inofensiva. Más bien que poeta satírico, fué jocoso y burlesco, sin punta ni hiel, y siguiendo en parte á aquellos dos sevillanos maestros del donaire y de la agudeza, Alcázar y Salinas, pero en parte todavía mayor á los poetas conceptuosos y equivoquistas del siglo XVII, cuya tradición se continuó largamente en el siglo pasado, gustó de dedicar sus décimas, redondillas y epigramas *á una dama que envió á un D. Sancho un corazón de alcorza, á otra dama lavándose la cabeza, á unas manos con sarna, á Cintia lastimada de unos mosquitos, á Anarda sacando de entre las faldas unos búcaros, á un albañil bebedor, á una dama que se casó con un calvo, á D. Fernando de Alderete, que envió al autor una cesta de pasas, al P. Francisco de Santiago, que le envió unos jamones y unos quesos*, y á otros temas por el estilo, que se prestan ciertamente á saladas agudezas, propias de cierta poesía de sociedad, pero que fácilmente degeneran en vulgar coplerismo, como es de ver en los Montoros y Benegasis del siglo pasado, aunque hasta cierto punto tenga visos de profanación citar sus nombres cuando se trata de Pedro de Quirós.

Es cierto que no faltan en la colección de Pedro de Quirós poesías de índole más elevada, mereciendo entre ellas la palma las composiciones religiosas, pero estas mismas, si bien se miran, se ajustan mucho más al tono semi-popular y genuinamente es-

pañol que tienen, por ejemplo, las de Lope de Vega y otros ingenios castellanos, que á la manera solemne y clásica con que había tratado estos argumentos la musa hispalense, en las raras ocasiones en que los eligió para sus cantos. Si á esto se añade que con excepción de los sonetos, que no pasan de treinta y nueve, y de tres ó cuatro canciones entre amorosas y sacras, con más alguna traducción, Pedro de Quirós ha manifestado especial y declarada predilección por los metros cortos, claro se ve que las habituales condiciones de su poesía le alejan bastante del tipo clásico de los Herreras, Riojas y Arguijos, con los cuales hasta ahora ha solido confundirse su nombre. Si á algunos poetas sevillanos se parece, es sin duda alguna á Baltasar de Alcázar y al Dr. Juan de Salinas; á este último mucho más que al primero, sobre todo si nos fijamos en el Salinas de la vejez, ingenio agudísimo, pero contagiado hasta no más de las sutilezas y los retruécanos, de que siempre anduvo libre aquel otro inmortal artífice de redondillas, que con sus donaires ennobleció la taberna.

Porque, en efecto, sería error grave pensar que Pedro de Quirós se libró del general contagio, ni más ni ménos que Rioja, como se lee en muchos libros de crítica. Prescindiendo de Rioja, del verdadero Rioja, en cuyos versos legítimos (principalmente en los sonetos) no dejan de notarse ciertos enfáticos rasgos y ciertas expresiones retorcidas que no son de gusto muy puro, aunque sí muy propias de aquel docto varon de quien pudo escribir Lope que por maravilla *se apeaba de su divinidad;* en lo que toca á Pedro de Quirós, hay que reconocer que

si pocas veces es *culterano* (porque no le inclinaba á ello su ingenio más agudo y sutil que lozano y colorista) es en cambio con extraordinaria frecuencia alambicado y conceptuoso, amigo de antítesis y de pensamientos simétricos, de hipérboles galantes, de metáforas más rebuscadas que ingeniosas. Citaremos algunos ejemplos ya de *culteranismo*, ya de *conceptismo*, ya de ambas cosas á la vez.

«Coro Apolíneo, espejo del luciente
Fanal del cielo, lámpara del día,
Justa es veneración de mi Talía
Libar á vuestras aras lo que siente.
Si no es que coronando floreciente
Dafne esas sienes, la ignorancia mía
Afecte reparar su cobardía
Á la sombra de tan augusta frente.»

Á no ser por el rótulo que el soneto lleva, nadie adivinaría después de leidos ocho versos que el asunto es celebrar *los ingenios y hermosuras de la villa de Umbrete en unas vendimias*. Este soneto no figuraría mal entre los más encrespados de Góngora en su última manera. Y lo mismo digo del que compuso Quirós en elogio de un sermón fúnebre del Padre Manuel de Lemos:

«Aunque de un sol la occidental carrera
(Fatal eclipse á su ardimiento grave)
Cuanto de sentimiento pide, cabe
Deste volumen en la breve esfera;»

ó de este otro *á un anillo que se quebró al tomar la mano de Antandra:*

«De un jazmín tuyo, Antandra, articulado
Era negra prisión círculo breve;
¡Oh qué ufana se vía en él la nieve
Si áun sin opuesto luce lo nevado!»

Áun en las *Canciones*, que están escritas con más naturalidad y á veces con singular ternura, no faltan rasgos que ciertamente hubieran mirado de reojo el Mtro. Mal-Lara ó el severísimo Francisco de Medina:

«Ya de tus luces bellas,
Mi amor, si mariposa no encendida,
Será, por vivir dellas,
El ave rara que en Arabia anida:
Pues si abrasado yace,
Fénix será un amor que en tí renace.
. . . .
Por sentir tus enojos,
Los álamos que viven ya sin verte
Hacen *sus hojas ojos*.

Y no digamos nada de aquel soneto á Celia hecho con dos solos consonantes: *cielos* y *soles*.

En los versos cortos abundan todavía más los discreteos y los juegos de palabras, pero allí suelen agradar, y están compensados por la extraordinaria fluidez y soltura del versificador.

De todo lo expuesto se deduce, que por las condiciones habituales de su estilo poético Pedro de Quirós poca semejanza tiene con los líricos de la escuela hispalense propiamente dicha. Es un poeta del siglo XVII, con dejos y reminiscencias de Lope, de Góngora, de Salinas y áun de Quevedo, y con cierto

buen gusto relativo, que es el único elemento sevillano que hemos acertado á descubrir en sus versos. Pero esto mismo le da su originalidad y valor propio, y nos induce á detenernos en su examen, siquiera para acentuar más los rasgos de su fisonomía, que hasta ahora se nos han presentado tan confusos y borrosos.

Pedro de Quirós es, sin duda, un poeta de segundo orden, y nadie ha pretendido otra cosa. Sobre este punto no entablaremos apelación, pero hay algo que decir sobre los motivos en que se funda tradicionalmente la modesta fama de este simpático escritor. Para la mayor parte de los aficionados y áun de los críticos, Pedro de Quirós no es más que el poeta del soneto *á Itálica* y del madrigal de la *Tórtola*. El madrigal es, sin duda alguna, muy lindo, y merece ponerse junto á los más delicados de Gutierre de Cetina. Los primeros versos, sobre todo, agradan mucho por una singular mezcla de ternura y de artificio:

«Tórtola amante, que en el robre moras
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus penas, si es que lloras,
Y pocos son tus males, si es que cantas...»

Quirós era muy dado á este ingenioso paralelismo, y lo ha repetido en otros versos suyos:

«Ruiseñor amoroso, cuyo llanto
No hay robre que no deje enternecido,
¡Oh si tu voz cantase mi gemido,
Oh si gimiese mi dolor tu canto!...»

En cuanto al famoso soneto *de Itálica,* confieso que mi admiración no va muy lejos. Dejando aparte el primer verso mal medido, del cual en buena ley no es posible hacer responsable al autor, el pensamiento final es de lo más hueco y desafinado que puede darse. ¿Qué hubiera pensado de él el severísimo Francisco de Medina, que por mucho ménos lanzaba el siguiente anatema sobre el final del soneto de Arguijo *á Baco?:* «La fanfarria poética de este último terceto parece de algún trovador nacido y crecido en la *rua nova* de Lisboa: salga, por ende, de Castilla.» Empieza muy noblemente el soneto de Quirós, y se sostiene con igual valentía en los dos cuartetos, pero el demonio de la hipérbole se apodera del poeta á última hora, y le hace estropear su obra con el enfático pensamiento de que Itálica (que fué, al cabo, una de tantas colonias romanas, aunque más gloriosa que otras por los emperadores que de ella salieron) debió morir, porque si viviera, no habría encontrado en el mundo lugar bastante para los trofeos de sus hijos. El rasgo parece todavía más gascón ó portugués que andaluz. ¡Con cuán diversa y más sincera y verdaderamente arqueológica inspiración cantaron aquellas ruinas Francisco de Medrano y Rodrigo Caro!

Otros sonetos superiores en mérito tiene Pedro de Quirós, aunque quizá sea ésta la sección más endeble de sus poesías. Pocos merecen alabanza en su conjunto, pero hay en la mayor parte de ellos versos elegantes y rasgos ingeniosos, demasiado ingeniosos por lo común, aunque expresados con sencillez relativa: v. g.:

«Decidla que la ausencia es el estío,
Y han sido para dar por fruto abrojos,
Tierra mi amor, mis lágrimas rocío.

. . . .

Eres trasunto fiel del llanto mío,
Libre arroyuelo, que en corriente plata
Pagas tributo á ese olmo que dilata
Sus ramas secas por tu margen frío.

. . . .

Poco debe á la fértil primavera
Ese cristal, y poco el que tuviste
Pródigo amor á aquesta inculta rama.
Mas de flores desnuda tu ribera
Consuele de mi amor el campo triste,
Pues así medra quien de veras ama.

. . . .

Al canto de los dulces ruiseñores
El alba despertó, vistióse de oro,
Y con amena risa y blando lloro
Desmayo á estrellas dió, y aliento á flores.

. . . .

Con ingrata arrogancia competía
Con la joven aurora aquesta rosa,
Y este jazmín con el infante día.
Póngolos en tu mano poderosa
Por castigarlos, dulce Ardenia mía,
Con tus mejillas y tu frente hermosa.

. . . .

En el mar de la Gracia ¿quién no mira
Qué eres, oh Virgen, tú, la perla pura
Por cuya luz áun la del sol respira?
Mancha el sol de la perla la blancura;
Mas que en Tí no haya mancha, á quién admira
Si áun al sol presta rayos tu hermosura?»

Ciertamente que nada de esto es de un gusto muy clásico y muy severo: ciertamente que no escribían así los grandes maestros del siglo XVI; pero ¿quién ha de ser tan áspero y ceñudo que condene una poesía levemente viciosa, es cierto, pero con vicios y lunares tan españoles, nacidos de un ingenio tan vivaz, despierto y agudo? Lo que todavía aplaudimos en el teatro ¿cómo no tolerarlo en la poesía lírica? Repetimos que la poesía de Pedro de Quirós es conceptuosa por esencia, y no sólo en la ejecución sino en el pensamiento. La antítesis, figura predilecta del autor, está buscada hasta en los asuntos. *Á un ciprés junto á un almendro, Á una rosa blanca que se abrió en Viernes Santo,* son dos de los más poéticos y felices. Véase íntegro el primero:

«Árbol funesto, á cuya pira debe
Tálamo siempre verde cada Aurora,
Hoy el Enero helado te mejora
En ése que á tu vista el aire mueve.
No su pompa florida, fácil, breve,
Desaliente tu rama vividora
Si efímera su dicha debe á Flora
Flores de vanidad que el viento lleve.
Cuánta luz das al desengaño, advierte,
Del que mira esa rama tan florida
Junto á lo firme de tu tronco fuerte;
Luz que al más perezoso le convida
Á ver en tí lo firme de la muerte,
Cuando en ella lo fácil de la vida.»

Este es el mejor soneto de Pedro de Quirós, superior cien veces al de Itálica en la idea y en los de-

talles. Y áun fuera mejor el de la *rosa blanca abierta en Viernes Santo* (nacido como el anterior de la misma inspiración entre graciosa y melancólica que dictó los populares y lindos versos á una flor dentro de una calavera) si el conceptismo no degenerase ya en oscuridad, contribuyendo á ello inoportunas reminiscencias mitológicas:

«Pues las que el pie manchó de ciega Diosa
Dios amante las pone en su cabeza.»

¡Con cuánta más sencillez y ternura exclama el autor en otro soneto, paráfrasis feliz del *In lectulo meo per noctes quæsivi* de los *Cantares!*:

«Firme mi amor en su quietud buscaba
El centro dulce de la gloria mía,
Y tantas de mis ojos se escondía
Cuantas veces mi voz le convidaba.»

Verdad es que Pedro de Quirós, como tantos otros ingenios nuestros, parecía cobrar nuevas fuerzas y levantarse sobre sí, cada vez que aplicaba sus labios al raudal de aguas vivas de los libros santos. ¿Quién olvidará, una vez leida, aquella admirable *canción sacra,* digna de Lope de Vega, en que glosa, entre otros textos bíblicos, el *Quis mihi det te fratrem meum fugientem ubera matris meæ, ut inveniam te foris* del cap. VIII de los *Cantares?*:

«¡Oh pasos venturosos,
Bien dirigidos del amor ardiente,
Caminad presurosos
Como de corza herida hácia la fuente.

Mas ¡ay, Esposo ausente!
Que mal la corza herida
Te seguirá, si le faltó la vida.»

Siempre se engrandeció en los temas religiosos la inspiración de Pedro de Quirós, ya usase los metros nacionales, ya los de escuela italiana, ya escribiese originalmente, ya traduciendo ó imitando. Algunas veces se dejaba arrastrar del torrente del mal gusto, y pagaba tributo á la imitación de los Ledesmas y Bonillas, como en el pésimo romance que compuso *dando vaya á la culpa por haber quedado vencida en la Concepción de María Santísima,* romance que no parecería mal en los *Conceptos Espirituales* ó en los *Juegos de Noche-Buena á lo divino*. Pero esta es la excepción, y el buen gusto lo habitual, lo mismo en la versión de los *Himnos de Nuestra Señora,* que en la del *Magnificat* ó en la del *Dies Iræ*. El que lee, por ejemplo, la paráfrasis del *Oh gloriosa Virginum* cree escuchar la inefable y candorosa armonía del autor de los *Pastores de Belén* y del *Romancero Espiritual:*

«Reina de la gloria
Que lucidas sendas
De estrellas caminas
Más radiante que ellas.
Criaste al que cría
El cielo y la tierra,
Si Él con su palabra,
Tú con dulce néctar.
En la flor hallamos
De tu primavera

Cuanto bien perdimos
Por la fruta de Eva.
¿Quién de los mortales
Ver á Dios pudiera,
Si Tú de los Cielos
No fueses la puerta?...»

Innumerables traductores ha tenido entre nosotros el *Ave Maris Stella:* entre ellos figuran nombres como el de Valdivielso, el de Lope, el de Calderón (en su auto sacramental *Á María el corazón):* pues bien, ninguna de estas versiones nos parece tan poética como la de Pedro de Quirós. Nada transcribiremos ni de esta versión ni de la que el mismo Quirós hizo de la secuencia *Dies Iræ,* porque queremos dejarlas íntegras á la consideración y buen juicio de nuestros lectores; pero quizá no parezca inútil llamar la atención sobre las endechas que el P. Quirós escribió glosando aquel versículo de Job (13), *Contra folium, quod vento rapitur...* La tersura y la pulcritud de su estilo brillan más en estas imitaciones que en los versos originales.

No sé si fué poeta dramático, en el rigor de la frase, ni si es ó nó suya la comedia de *La Remediadora,* á la cual se alude en el encabezamiento de uno de sus sonetos; comedia que no he visto nunca, y que no menciona Barrera en su *Catálogo del Teatro.* Pero que tenía condiciones dramáticas, es indudable para todo el que haya leido sus *loas Al Nacimiento de S. Juan Bautista* y *Á S. Juan Evangelista,* y su égloga *Al Nacimiento de Cristo.* Pertenecen estas obras (donde interviene mucho el elemento figurativo y alegórico) al género más rudimentario y modesto

de representaciones teatrales. Se escribieron, sin duda, para honesto solaz de los *clérigos menores* ó de algunos devotos que gustaban de solemnizar la Natividad de nuestro Señor con breves y piadosos diálogos; pero su entonación es la del teatro religioso de aquel período que va desde los autos de Lope, Tirso y Valdivielso hasta los de Calderón. Cuando exclaman la *Envidia* y el *Mundo* en la *loa Al nacimiento de S. Juan Bautista:*

«Fruto de humilde linaje,
Nació entre peñas y riscos
Un infante á quien el cielo
Dió por caudal un pellico.
De tres años desterrado
De su doméstico abrigo,
Huésped las selvas le vieron
De sus palacios umbríos.
Voz que alteraba los montes,
Clarín ronco, triste grito
Que á los hombres enseñaba,

. . . .

Tórtola humilde del prado,
Que el aire hería á gemidos,
Sin que el hombre ni áun el ave
Fácil se parase á oirlos....

. . . .

Tal vez al dulce remanso
De un arroyo fugitivo,
Dedicó el alma á mejores
Contemplaciones y avisos.

. . . .

Penitencia era su voz,

Virtudes eran sus gritos,
Despertando á ocios mejores
Á quien dormía en sus vicios....»

creemos escuchar al autor de *El Sacro Parnaso* ó de *El Divino Orfeo,* todavía más que al poeta del *Auto de la Siega* ó del de *Los Cantares.* Y este tono calderoniano se acentúa aún más en la *Loa* que comienza;

«¡Ah de la montaña cuantos
De vacas ó de corderos
Sois mayorales, y cuantos
Herís con dientes de hierro
La tierra en peinados surcos,
Sobornándola sedientos,
Para que en fértiles copias
Os pague anüales feudos!»

La firma de Calderón no parecería mal debajo de estos versos. Y ciertamente que la artificiosa construcción de los romances dramáticos de Pedro de Quirós recuerda mucho la de los del gran poeta madrileño:

«Aquí trompeta animada,
Clara voz, divino trueno,
En los términos del mundo
Resonarán sus preceptos....»

Sería preciso copiar íntegra toda esta *Loa,* para apreciar dignamente lo robusto de su versificación, y lo arrogante de su empuje lírico. ¡Y tales versos no figuran en las antologías ni crítico alguno da razón de éllos! ¡Y cuando se habla de Pedro de

Quirós, estaremos repitiendo eternamente la lamentación sobre Itálica, ó Italia, que ni áun esto está bien averiguado! *Sunt fata libellis*. ¡Feliz el poeta que sobrenada, aunque al parecer sea por caprichos de la suerte! Siempre habrá alguna razón más honda que le haga sobrenadar. Para mí el verdadero mérito del P. Quirós está en sus *versos á lo divino*. Allí es flúido, natural y sencillo, y á veces enérgico y sentencioso. Aquello le sale del alma: en lo profano se advierte más sutileza y artificio. Lo cual no es negar el mérito de algunos de estos versos profanos. No muestra en ellos el P. Quirós ni honda ternura ni elevada inspiración ni afecto místico, pero sí aquella gracia y desenfado que son la prenda más estimable en los que llaman los franceses poetas *de sociedad*. El maestro de Pedro de Quirós fué (no hay que decirlo) el Dr. Salinas: basta leer cualquiera de sus composiciones en décimas, para convencerse de ello. Pero el Dr. Salinas, que tenía verdadero genio satírico, solía poner en sus burlas más pimienta que la que se permite el inofensivo *clérigo menor*, el cual muy rara vez traspasa los límites del donaire (1), y se guarda muy bien de caer en lo lascivo ni en lo mordicante. Fué, sin duda, Quirós poeta muy sazonado en las burlas, y de gran gentileza en la expresión de los afectos amorosos, pero una y otra cosa sin daño de barras.

Los versos eróticos nos agradan en él más que los burlescos. Y ningunos tanto como la linda barcarola *Á Ardenia*, llena de soltura y gracia melódica, que recuerdan inmediatamente las *barquillas* de

(1) Quizá la única excepción sea el grosero romance *Á Clori, enferma de un cierto achaque*.

Lope, con cuyos escritos parece Quirós muy familiarizado:

«Agora que el manso
Viento el mar serena,
Y ofrece á mi pena
La noche descanso;
Mientras lisonjero
Va el viento veloz,
Escucha la voz
De tu marinero;
Oye: no te abscondas:
La luz manifiesta
De un sol que se acuesta
En las rubias ondas:
. . . .
Si hay en tí afición,
Dueño hermoso, vén.
Las horas del bien,
¡Oh qué tardas son!
. . . .
Sin tí se ven solas,
Y en sus escarceos,
Á mudos gorgeos
Te llaman las olas.
Su voz cristalina
Acordes rompieran,
Si heridas se vieran
De tu luz divina.
Y la noche obscura
Luciera tan clara,
Que el día envidiara
Su alegre hermosura.

No mar sino cielo
Debiera llamarse,
Á poder copiarse
En el mar tu velo,» etc.

Generalmente Pedro de Quirós, en los versos cortos, es muy superior á sí mismo: nueva razón para no tenerle por lírico de la genuina escuela hispalense. La pompa y alteza de la canción italiana, glorioso triunfo del Divino Herrera, le seduce poco. Más que verdaderas canciones, las pocas que compuso, siempre sobre asuntos amorosos, son madrigales largos, donde no veo especial imitación del Petrarca, sino más bien de la suave y cortesana manera de algunos dramáticos nuestros. Véanse algunas estrofas notables por la delicadeza de la expresión:

«¡Ay dulce hermoso Dueño,
Si es sueño grave mi felice suerte,
Como hay vida que es sueño,
Sea mi vida dilatada muerte,
Porque esté más segura
Vida que es muerte, sueño que es ventura.
Morir por adorarte,
Aunque sin esperar el merecerte,
Amar por sólo amarte,
Tener por dulce fin sólo el quererte,
Es gloria donde el alma
Tiene sin interés su fe por palma.
. . . .
Altivo pensamiento
No afectes ardimiento soberano,
Porque es atrevimiento

Seguir tanta deidad con vuelo humano.
Mira que la ventura
Está cuando mayor, ménos segura.
. . . .
Incontrastable muro
Mal combatir intenta tu cuidado:
Más rebelde, más duro
Le hallarás mientras fueres más osado,
Que está en un amor muerto
Dormido el gusto y el rigor despierto.»

Si en la lírica amorosa y áun en la sacra tiene Quirós tantos dejos del estilo de Lope, en la única composición extensa de carácter filosófico que nos ha dejado; es decir en la preciosa silva, malamente intitulada madrigal *Á la inconstancia de la vida, con ocasión de ver un olmo caido, y después quemado al margen de un arroyo,* sigue evidentemente nó la inspiración de Rioja, sino la de Quevedo, intentando emular la gravedad y magisterio estóico de sus *silvas* y *sermones,* si bien con más llaneza de dicción y no tan adusto é intratable ceño:

«Si esta ruina advierte
Que el ser es caminar hácia la muerte,
¿Quién pone su esperanza
En la misma mudanza
En un frágil aliento?
En una pluma que se lleva el viento?
En una sombra vana?
En una flor temprana?
En luz tan mal segura?
En mudable hermosura,

Viendo ceniza fría
Un árbol que inmortal se presumía,
Y viendo finalmente
Que todo bien humano es aparente,
Y que en sus nudos la primera faja
Firma la sucesión de la mortaja?»

En los romances, por el contrario, es la inspiración del Góngora de los buenos tiempos la que domina. Por ejemplo, el bello romance del pescador Daliso (que es una de las más felices inspiraciones del P. Quirós) tiene su modelo indubitable en aquellos otros romances piscatorios del grande y temerario maestro cordobés:

«Donde esclarecidamente
Guarnecen antiguas torres....
En el caudaloso río
Donde el muro de mi patria
Se mira la gran corona
Y el antiguo pie se baña....
Las redes sobre la arena
Y la barquilla ligada....
Sobre unas altas rocas
Ejemplo sobre la firmeza....»

imitados también dentro de la moderna escuela sevillana por D. Alberto Lista en los suyos del pescador Anfriso. Faltóles á Quirós y á Lista para acercarse á su modelo algo de aquel brío y arrogancia indómita que Góngora ponía donde quiera, siendo uno y otro poetas de más elegancia que nervio, y de más agudeza de concepto que arranque ni fantasía pintoresca.

Por eso el madrigal es la forma congénita á la inspiración de Pedro de Quirós, como lo era á la de Gutierre de Cetina, de quien tan lindamente escribió el Divino Herrera que «se contentó con la dulzura y terneza, no mostrando alguna señal de nervios y músculos... y así dice muchas cosas dulcemente, pero sin fuerzas.» Lo mismo Pedro de Quirós: madrigales son sus canciones, madrigales sus romances, y sus propios epigramas valen más cuando no tienen punta y se convierten en madrigales. Hay en nuestro Marcial un dístico encantador, de una galantería enteramente desusada en la poesía antigua hasta los tiempos de decadencia. Está dirigido á una mujer llamada Pola, y el sentido es éste: «¿Por qué me mandas intactas esas flores? prefiero que me las envíes ajadas por tus manos:»

A te vexatas malo tenere rosas....

Véase qué lindamente le imitó Pedro de Quirós, alterando un poco la simplicidad clásica:

«Aunque fué sumo el favor
De los jazmines nevados,
Si vinieran más ajados,
Hubiera sido mayor.
Vengan, pues, ménos ufanos
Otra vez, mi serafín,
Pues afrentar el jazmín
¡Es tan propio de tus manos!»

En lo profano, la inspiración más genial de Pedro de Quirós está en los discreteos galantes, en las chanzas cultas, en los juguetes de sociedad, en el encareci-

miento festivo de las prendas de varias damas, en las redondillas *Al breve hermoso pie* de la una, en las décimas *Al negro pelo* de la otra, en el romance *Á unas manos blancas*. Pretender analizar tales composiciones sería deshojarlas. Allí el conceptismo es lícito y gracioso y no debe tenerse por vicio, sino por gala y ornamento de la materia, la cual siendo trivial por sí, recibe todo su precio de los insólitos caprichos de la forma.

Resumiendo este breve análisis, diremos que á nuestro entender, Pedro de Quirós, ese *desconocido famoso,* gana mucho más que pierde con la publicación íntegra de sus poesías. Los que hayan creido encontrar en él un sucesor de Herrera y émulo de Rioja, quedarán altamente defraudados en sus esperanzas: nunca tuvo Pedro de Quirós tan altas aspiraciones, ni cultivó siquiera, á no ser por excepción, las formas superiores del arte lírico. Ni la canción propiamente dicha, la canción de Herrera, ya pindárica, ya bíblica, ya petrarquesca, ni la oda arqueológica de Rodrigo Caro, ni la elegía, ni la epístola moral, ni el soneto que Arguijo concibió y ejecutó como un bajo relieve ó un repujado florentino, ni la silva descriptiva y lozanísima de Jáuregui, tienen verdadera representación en el tomo de poesías que hoy se imprime. Pero la poesía ligera de formas y metros nacionales, la poesía devota de sabor popular, tiene muchas y lindísimas muestras, para las cuales no es poca alabanza decir que muchas veces recuerdan tonos del Dr. Salinas (único poeta sevillano con quien tiene Quirós cierta analogía) y otras veces saben á villanescas de las de Lope ó á romances espirituales de los de Valdivielso. No nos atrevemos á

decidir si el poeta que presentamos al público vale más ó ménos que el Quirós algo fantástico de los manuales de literatura, pero sí afirmamos que nuestro Quirós es el único verdadero, y que tal como ahora se presenta, nó con la prestada y mitológica gloria de *contradictor del mal gusto,* sino con un gusto harto vacilante é inseguro; nó heredero de la tradición lírica del siglo XVI (á lo ménos en lo que esta tradición tiene de más puro y característico), sino poeta del siglo décimosétimo así en lo bueno como en lo malo, y por de contado fervorosamente conceptista aunque poco culterano, poeta en suma, más bien madrileño que cordobés ni sevillano, es en la apacible y modesta esfera en que se mueve, un ingenio sumamente ameno, risueño y fácil, un versificador muy limpio y suave, digno por todos conceptos de ocupar puesto señalado entre los que pudiéramos llamar, usando de un anglicismo ó galicismo que nos hace falta, más bien que *poetas de segundo orden* (lo cual parece que implica en ellos un conato frustrado de acercarse á los de primero) *pequeños poetas* españoles, consistiendo su pequeñez áun más que en las condiciones de su ingenio, en las de la poesía que cultivan, y que no por eso ha de ser tenida en ménos, pues también cabe perfección en lo pequeño, como nos lo prueba, sin salir de Sevilla, el gran cincelador de la redondilla castellana, el casi perfecto Baltasar de Alcázar.

M. Menendez y Pelayo.

26 de Diciembre de 1887.



POESÍAS

DIVINAS Y HUMANAS DEL PADRE PEDRO DE QUIRÓS,

RELIGIOSO DE LOS CLÉRIGOS MENORES DE ESTA CIUDAD DE SEVILLA (1)

I.

AMOROSO.

DE dos niñas ya tuyas el traslado
Recibe, Celia, en este mudo pliego
Deshechas, porque amor tirano ciego,
Porque te ví los ojos me ha quebrado.
En lágrimas el pecho desatado
Sacó al papel el amoroso fuego,
Y esta que al muerto corazón le niego,
Alma al imperio de tu amor traslado.

(1) Códice que se conserva en la Biblioteca de la Catedral.

Venciste al fin, que al fin comienza á amarte
Quien comenzó á vivir sin conocerte;
Pues quien te vió, mal pudo no adorarte.
Mi amor celebre su dichosa suerte;
Que si es gloria la vida por buscarte,
No hallándote será gloria la muerte.

II.

A UNA DAMA MIRÁNDOSE AL ESPEJO

Ese cristal que en márgenes de plata
A tanto sol reverberar procura,
Eco de rayos es de tu hermosura,
Según escasamente se retrata.
Y aunque lo más que su esplendor dilata,
Lo ménos es de tú belleza pura,
En lágrimas resuelto me asegura,
Que á golpe de tus rayos se desata.
Si quien alcanza á bosquejar tu velo
Llanto vivo de amor llora, ¿qué hiciera
Si idolatrara como yo tu cielo?
Arda el cristal á vista de tu esfera,
Porque abrasando tu presencia un yelo,
Tenga disculpa un corazón de cera.

III.

A LAS RUINAS DE ITÁLICA, Ó SEVILLA LA VIEJA

¡Oh Itálica breve, ya tu lozanía
Rendida yace al golpe de los años!

Quién con la luz que dan tus desengaños
En la sombra velóz del tiempo fía?

Cedió tu pompa á la fatal porfía
De tirana ambición de los extraños;
Mas hízote el ejemplo de tus daños,
Libro de sabios, de ignorantes guia.

Mal dije, no humilló tus torres claras
Tiempo ni emulación con manos fieras,
Que á resistirte de los dos triunfaras.

Moriste, sí, de ver que si hoy vivieras,
Ni á tus hijos más lauros les hallaras,
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

IV.

Peinaba su cabello Clori un día,
Día porque su luz Clori peinaba,
Que aunque su esfera ardiente el sol giraba,
El sol á vista de este no lucía.

Su madeja una nube parecía,
Que á dos soles opuesta se doraba,
Y yo, viendo la nube, disculpaba
El llanto en que mi amor se resolvía.

Este que fué desvelo á mí cuidado.
De tu blanca hermosura rubio velo,
Hoy deja Clori al Persa condenado.

Pues honra al sol como á deidad del cielo,
Cuando el que su esplendor deja afrentado
Le castigas y arrastras por el suelo.

V.

A UNA DAMA HILANDO

Cuando tus labios ese lino toca
Y de ellos el humor süave quita,
¿Cómo no, Lisi hermosa, resucita
Con el divino aliento de tu boca?
Por ventura será la suya poca,
O su dureza es casi infinita,
Si á fuer de cerro, cuyo nombre imita,
Es más incontrastable que una roca.
Ya que porfía en su obstinada muerte
Ese cendal que en tu favor deshecho,
Tanta en mi pecho envidia ha despertado.
Trueca, oh Lisi, con él mi dura suerte,
Y volverás un alma á aqueste pecho,
Que de manos á boca me has robado.

VI.

AMOROSO

Dulces desvelos de mi amor nacidos
Con suspiros y lágrimas criados,
En qué favor os arrojais fiados,
Si no son vuestros ruegos admitidos?
Por mares de rigores conducidos,
Todo es peligro cuanto veis turbados,
Sin el remedio de comunicados,
Y sin la recompensa de ofrecidos.

Ningún alivio vuestra pena siente,
Ningún remedio espera vuestro daño,
Aunque más el dolor os atormente.
Pero si él os sacase deste engaño,
¡Oh! cuanto debereis al accidente!
Que no hay dicha mayor que un desengaño.

VII.

AMOROSO.

—

Si suspenso á tus ojos el aliento,
Si el sentido á tu vista queda helado,
Si el discurso en tus luces anegado,
¿Cómo la voz dirá su sentimiento?
Cede á la admiración el pensamiento,
Ciega la vista, y el color robado,
Señas con que tal vez he demostrado,
Algún presagio del ardor que siento.
Es incendio el amor que el pecho cría,
A donde el pensamiento se alimenta
Con esperanzas que del tiempo fía.
Sólo cuando en mi pecho más se aumenta,
Me está obligando, Celia, hermosa mía,
A que no diga más aunque más sienta.

VIII.

AMOROSO.

—

Aves que vais adonde está Leonida,
Decidla lo que el alma ausente siente;

Pues si ella es alma mía, y está ausente,
Cómo podré sin alma tener vida?
El rigor crece á la amorosa herida
De su arpón dulce, de su rayo ardiente,
Y sola puede mitigar presente
Mi dolor: mi dulcísima homicida.
Decid que de mi pena son despójos
Las lágrimas que influye el pecho mío
En cuanto estoy ausente de sus ojos.
Decidla que la ausencia es el estío,
Y han sido para dar por fruto abrojos,
Tierra mi amor, mis lágrimas rocío.

IX.

Amoroso

—

Soñaba yo, querida Artemia mía,
Que amor por dar alivio á mi sed loca,
El aljofar nevado de tu boca,
Al diviso clavel robar quería.
Con mi amor el respeto competía
A que tu dulce gravedad provoca,
Y el miedo por templar mi sed no poca,
En dos fuentes los ojos convertía.
Viste mi llanto de temor nacido,
Y mostrando en tu risa mil auroras
Dijiste: no haya más pastor dormido.
Mira en lo que imaginas lo que ignoras,
Porque si lloras no me has conocido,
Y si me has conocido, porqué lloras?

X.

Amoroso

Copia florida al campo restituye
Que el estío robó, dulce Amaltea,
Cuanto frondoso pabellón desea,
Pomona á cada tronco distribuye.
Del monte un arroyuelo veloz huye
Al valle que su curso lisonjea,
Pues cuanta allí el verano le escasea,
Plata el húmedo invierno aquí le influye.
Sólo mi amor de su infeliz estado
Sin ser mudable la firmeza llora.
¡Qué firmes sólo yo los tiempos halle!
¡Ay! penas, acabad á un desdichado
Firme en su daño, cuando del mejora
Un campo, un tronco, un arroyuelo, un valle.

XI.

Amoroso

Eres trasunto fiel del llanto mío,
Libre arroyuelo, que en corriente plata
Pagas tributo á ese olmo que dilata
Sus ramas secas por tu márgen frio.
Alimentan mis ojos otro rio
Que en dos corrientes su raudal desata,
Aumentando de aquella bella ingrata
La sequedad, mi necio desvarío.

Poco debe á la fértil primavera
Ese cristal, y poco el que tuviste
Pródigo amor á aquesta inculta rama.
Más de flores desnuda tu ribera,
Consuele de mi amor el campo triste,
Pues así medra quien de veras ama.

XII.

QUEBRÁNDOSE UN ANILLO AL TOMAR LA MANO DE ANTANDRA

De un jazmín tuyo, Antandra, articulado,
Era negra prisión círculo breve;
¡Oh! qué ufana se vía en él la nieve,
Si aún sin opuesto luce lo nevado.
Mi corazón sediento ó abrasado
A templar tanto ardor allí se atreve,
Y el cristal puro que por mi mano bebe,
Que siempre en ella el corazón ha estado.
El lazo apenas á estrecharse empieza,
Cuando el círculo rompe, y mi esperanza
Con ménos lazo en un azar tropieza.
Pues imagina la desconfianza
En el orbe ofendida mi firmeza,
Y en las dos lunas firme tu mudanza.

XIII.

A LOS OJOS AZULES DE CELIA

A oposición del sol y de los cielos
Hizo el divino autor tu cielo y soles,

Fabricando aquí un cielo con dos soles,
Como allí, Celia, un sol y muchos cielos.
Allí es cristal el sol, zafir los cielos;
Aquí el cielo es cristal, zafir los soles;
Vénse aquí en breve cielo grandes soles;
Vése allí breve sol en grandes cielos.
Vencen al cielo y sol tu cielo y soles,
Que sólo por ser más que sol y cielos,
Cielos son en beldad y en luz son soles.
Si no les opusieran sol y cielos,
Que siendo tan helados no son soles;
Que siendo tan crueles no son cielos.

XIV.

ENVIANDO UNAS ROSAS Y JAZMINEZ

Al canto de los dulces ruiseñores
El alba despertó, vistióse de oro,
Y con amena risa y blando lloro,
Desmayo á estrellas dió y aliento á flores.
En cuya hermosa variedad de olores,
Ví que afectaba por mayor decoro
Ese rojo, ese cándido tesoro,
De su llama y su luz competidores.
Con ingrata arrogancia competía
Con la jóven aurora aquesta rosa,
Y éste jazmín con el infante día.
Póngolos en tu mano poderosa
Por castigarlos, dulce Ardemia mía,
Con tus mejillas y tu frente hermosa.

XV.

Al incendio de unos papeles

Las últimas reliquias del pasado
Incendio, Antandra, que en mi pecho ardía,
Bien que á cenizas como á sangre fría,
Guardaba mi cuidado sin cuidado.
Ya en fin al vano viento las he dado,
Aunque al de mis suspiros bien podía,
Que á tus soles no en vano el pecho envía
Con el dolor de haberlos enojado.
Deponga tu rigor el duro ceño
Armado contra quien no te ha ofendido
Después que tu beldad juró por dueño.
Y si mis penas no te han convencido,
Dime en qué fundar puede haber empeño
Donde las prendas se han desvanecido.

XVI.

Enviando una vela de cera

No son de amor, no son vanos antojos,
Darte del templo suyo el nombre ufano
Quien cera te votó, porque no en vano
Fió de tu favor sus desenojos.
No se desata en líquidos despojos
A tu esplendor la cera, soberano,
Por templarse en la nieve de tu mano
Toda la luz de tus divinos ojos.
De mejor oblación breves ensayos

El alma en esa ofrenda considera.
¡Oh! si el voto alentase mis desmayos!
Dedícola á tu grata y dulce esfera,
Porque arda cera á golpe de tus rayos,
Como á ellos arde un corazón de cera.

XVII.

Ingenios y hermosuras de la villa de Umbrete, en unas vendimias

Coro Apolineo, espejo del luciente
Fanal del cielo, lámpara del día,
Justa es veneración de mi Talía,
Libar á vuestras aras lo que siente.
Si no es que coronando floreciente
Dafne esas sienes, la ignorancia mía
Afecte reparar su cobardía,
A la sombra de tan augusta frente.
Pero no teme, no, mi corta ciencia
De emulación sangrienta manos duras,
Que á vuestro ardor cedió la competencia.
Mas consonancias formará seguras,
Mientras de Umbrete empeñan mi afluencia
Ya los ingenios, ya las hermosuras.

XVIII.

En elogio de un sermón fúnebre que dedicó el P. Manuel de Lemos, al señor Julio Sibori

Aunque de un sol la occidental carrera
(Fatal eclipse á su ardimiento grave)

Cuanto de sentimiento pide, cabe
Deste volúmen en la breve esfera.
   Mas llega á su ser, si bien se considera
Que encerrar pueda tan pequeña llave
La viva voz, con el ardor suave
Que en las cláusulas mudas reverbera.
   Ambos prodigios inmortales viven,
Sin que aun esta funesta pesadumbre
De su fama el vital curso interrompa,
   Porque los dos por tí, Julio, consiguen
Ya de tu nombre la cesárea lumbre,
Ya de tu timbre la dorada trompa (1).

XIX.

VOLVIENDO UNA ROSA DE SEDA, Á UNA DAMA QUE LA ENVIÓ PARA QUE SE DIESE Á LA MÁS QUERIDA

   De esa rosa, que á cuantas Mayo cría,
O el alba pule numerosas flores,
Si no las vence, Ardemia, en los olores,
En los colores, sí las desafía.
   Que explique intentas hoy mi idolatría
Con rendir á quien amo los primores;
Si producen tus rayos mis ardores
Suya es la flor, su vanidad es mía.
   No en aquesta elección, Ardemia hermosa,
Tanto saber quisiste mis intentos,
Cuanto hacer tu belleza milagrosa,
   Pues ha de celebrar de tí portentos,
Quien mira que tu mano poderosa
Sembrando rosas, coge pensamientos.

(1) Tiene por armas una trompeta.

XX.

Amoroso

Aquel silencio grave; aquel tan mudo
De mis cuidados escuadrón ardiente,
Romper á tantas flechas impaciente,
Incauto nó, mi atrevimiento pudo.
Al dulce origen de mi daño acudo,
Nuevo dolor comunicado siente
Amor, por que aquel sol que fué su Oriente
Bien le vió de otro amor no bien desnudo.
¡Infeliz suerte! aunque mi daño siento,
En tan arrebatada tiranía
No desatarme de tu yugo intento.
Moriré Ardemia hermosa, en mi porfía,
Y de ser tuyo moriré contento,
O ajena seas, ó de nadie, ó mía.

XXI.

A un Ciprés junto á un Almendro

Arbol funesto, á cuya pira debe
Tálamo siempre verde cada aurora,
Hoy el Enero helado te mejora
En ese que á tu vista el aire mueve.
No su pompa florida, facil, breve,
Desaliente tu rama vividora,
Si efímera su dicha debe á Flora
Flores de vanidad, que el viento lleve.
Cuánta luz dás al desengaño, advierte,

El que mira esa rama tan florida
Junto á lo firme de tu tronco fuerte;
Luz que al más perezoso le convida
A ver en tí lo firme de la muerte,
Cuando ella lo fácil de la vida.

XXII.

Definición del Amor

Todo es penas amor, todo rigores,
Gusto que vive á peso de inquietudes,
Temor que es causa de solicitudes,
Solicitud que es fuente de temores.
Esclavitud que nace de favores,
Favor que solicita esclavitudes
Error que finge en el afán quietudes,
Sueño que dora en el cuidado errores.
Sigue en amor el gusto á la tristeza,
Y ésta veloz sucede á la alegría,
Que amor es firme en no tener firmeza.
Un desengaño en la esperiencia mía
Hay para no dar crédito á belleza
Que es ver el fin de quien en ella fía.

XXIII.

A un lienzo del descendimiento de la Cruz

Esta que á breve espacio reducida
Difunta efigie tu cuidado advierte,
Del pincel mismo que le dió la muerte
Debió de recibir funesta vida.

Delineó sacrílego homicida
El vivo original con mano fuerte,
Y el vermellón que aquí el traslado vierte
Mano expresó valiente, no atrevida.
¿Qué artífice, preguntas, ha copiado
Tan muerta perfección, vida ran triste,
Donde vive lo mismo inanimado?
De tu ignorancia la respuesta viste,
Que no es mucho elprimor de este traslado
Pues tú el original cerrando hiciste.

XXIV.

A una rosa blanca que abrió en Viernes Santo

La que miras fragante pompa breve,
En hojas ciento despertó cien ojos
Para llorar por ver que sus abrojos
A su autor ciñen en guirnalda aleve.
En llanto paga cuanto nácar bebe
Si de púrpura no en raudales rojos
Porque no le alcanzaron los despojos
Del pié de Venus á teñir la nieve.
Hoy si no en lo encarnado vergonzosa
En lo cándido tímida belleza
De llanto vive la que nace rosa.
A tus armas les debe su nobleza
Pues que las que el pié manchó dę ciega Diosa
Dios amante las pone en su cabeza.

XXV.

In lectulo meo per noctes quaesivi, etc. Cánt. 3

Firme mi amor en su quietud buscaba
El centro dulce de la gloria mía,
Y tantas de mis ojos se escondía
Cuantas veces mi voz le convidaba.
En mi retrete le solicitaba
Y como es sol faltóme como el día
Juzgando que en mi lecho le hallaría
Cuando en mi pecho supe que habitaba.
Vida á mis ojos de su luz ausentes
En cuanto dura de esta noche el ceño
Será el verse de llanto undosas fuentes.
Que á quien ausente vive de su dueño,
Vida y luz son las lágrimas frecuentes
Siendo otra vida horror otra luz sueño.

XXVI.

Burlesco

Aquella tierra, Albin, te cuadra más
Donde tu patrimonio tal cual es
Te hace un regalado archimarqués
Para en comparación de los demás.
En esa aldea un año te honrarás
Con capa que aquí es pícara en un mes
Y esta hambre y urbana ya cortés
En aldeana hartura trocarás.
Daráte el monte sin maravedís

Caza y leña, y con pocos más de dos
Tentarás cual que cuba de Alanis.
Brinda, pues, un copón del Bromio Dios
Desde su flamenquísimo país,
Y dí á Sevilla: zupia para vos.

XXVII.

Burlesco

Oh tú, cualquiera que fueses el primero
Que á verdes canas el enrubio diste,
Y rotos dientes con marfil supliste,
Seas pasto infeliz del Can-cervero.
Por tí, á pesar de casi un siglo entero
De años que tiene doña Garmia, insiste
En que es niña y del malo se reviste,
Por que yo por sus rugas no me muero.
Niña dentipostiza y trencicana,
No quieras que arrastrando el apetito
Por tí sea yo martir del demonio.
Ay! olvídame, así cuando mañana
Rapagona te llame aquel bendito,
Nadie diga: ¡oh qué falso testimonio!

XXVIII.

Lirico ex Seneca

Es fuerza, oh Licio, en generoso aliento
El ánimo rendido á la fatiga,
Que la fortuna nunca más amiga
Que cuando la ejercita algún tormento.

No temas, no, no temas su violento
Rigor, por más que adversa te persiga
Que si capaz te juzga, ya te obliga,
Pues mide á su poder tu sufrimiento.
Bien te confieso, amigo, que los males
No se deben querer, que sus rigores
Esta parte mortal nunca apetece.
Mas la virtud heróica en casos tales
De tolerar sufrido áun los mayores,
Por más que aflige, ilustra al que padece.

XXIX.

Burlesco: Á un mal médico

Muerto yacía el hijo de Teseo,
Cuando Esculapio, á ruegos de Diana,
Yerba aplicó al cadáver, soberana
Que la redima del fatal Morfeo.
Mas indignado el alto Panonfeo,
De que al hado contraste ciencia humana,
Vibra de un rayo la violencia insana,
Con que arroja al gran médico al Leteo.
Esto oyó un mal doctor y dijo: advierte
Que yo soy matasanos homicida,
Que sana muertos, no Júpiter fuerte.
Si el sabio hijo del Fitonicida,
Dando vida buscó su infausta muerte,
Dando yo muerte, buscaré mi vida.

XXX.

Al sepulcro de Don Fernando Afan de Ribera, último Duque de Alcalá

El coronado yelmo, el real escudo,
Primor que admiras de cincel valiente,
A esta urna de pórfido luciente,
Lengua es que rompe su silencio mudo.
Sellado el marmol, ocultar no pudo
Tanto sol retirado al occidente,
Que sus glorias la fama reverente
En bronce graba con buril agudo.
Alma del tiempo es la pira grave,
Que á este último Afan le dá reposo,
Cuyo nombre en su fama apenas cabe.
Su fama, que en el triunfo más glorioso
Que á la inmortalidad torció la llave,
Deidad le veneró Marte dichoso.

XXXI.

A un dolor de costado que en la primavera le quitó á Anarda la vida

Al tiempo que en el prado copia bella
Vierte Amaltea de diversas flores,
Desmayaron de un sol los resplandores,
Cuyos despojos ese mármol sella.
Envidiosa á la parca se querella
La primavera de que sus primores
A piélagos de rayos superiores,

Anarda, hermoso abril los atropella.
  Y así, porque de flores coronado
Su amena variedad el mayo ostente,
De Anarda oscureció la luz el hado.
  Mas triunfó de ella tan cobardemente,
Que ejecutando el golpe en el costado,
Atreverse no pudo frente á frente.

XXXII.

Amoroso

  Ruiseñor amoroso, cuyo llanto
No hay roble que no deje enternecido,
Oh si tu voz cantase mi gemido,
Oh si gimiera mi dolor tu canto.
  Esperar mi desvelo osara tanto,
Que mereciese por lo bien sentido
Ser escuchado, cuando no creido
De la que es de mi amor hermoso encanto.
  Qué mal empleas tu raudal sonoro,
Cantando el alba y á las flores bellas
Canta tú, oh ruiseñor, lo que yo lloro.
  Acomoda en tu pico mis querellas,
Que si las dices á quien tierno adoro,
Con tu voz llegarás á las estrellas.

XXXIII.

Alusión á la hazaña de Sansón á la Concepción sin culpa de María Señora Nuestra

  Cuando mató al leon con valerosa
Mano invicta el robusto nazareno,

Este de su valor alto trofeo,
Llevar pudo á la vista de su esposa.
Pero con atención maravillosa
(Como ella de su amor es el recreo)
No quiso que espectáculo tan feo
Dejar pudiese su beldad medrosa.
De aquel virginal león airado
Tiembla el género humano al cruel bramido,
Solo de vos, oh vírgen, no escuchado.
Porque vuestro Sansón muy prevenido,
Por no mirar vuestro esplendor robado,
Ni áun quiso viérais al león vencido,

XXXIV.

Alusión de la perla á María sin culpa original.

En un certámen en que no quiso llevar premio

La perla que del alba el llanto alienta
Y del nácar abriga la clausura
Todo el valor de su belleza pura
En estas calidades, dos ostenta.
Que del terso cristal nevada afrenta
Su blancura oscurezca la blancura,
Y que en perfecta esférica figura
Nunca la forma orbicular desmienta.
En el candor la gracia está advertida
Y en el orbe la eternidad cifrada,
Oh Vírgen, oh deidad no encarecida.
Tú eres la Margarita celebrada
Luego siendo ab Æterno la escogida,
Desde entúnces serás la Inmaculada.

XXXV.

AL MISMO ASUNTO

Del cristalino piélago se atreve
Tal vez marina concha á la ribera,
Y el sudor puro de la luz primera
Su sed menor que su avaricia bebe.
De la preciosa perla apenas debe
Quedar fecunda al alba lisonjera,
Cuando al mar se retira, porque fuera
Ver la luz del sol manchar su nieve.
En el mar de la gracia, quién no mira
Que eres ¡oh Vírgen! tú, la perla pura,
Por cuya luz áun la del sol respira?
Mancha el sol de la perla la blancura,
Mas que en tí no haya mancha, á quien admira
Si áun al sol presta rayos tu hermosura?

XXXVI.

ALUSIÓN DE LA VISITACIÓN Y CONCEPCIÓN DE MARÍA SEÑORA NUESTRA

Que mucho castigases el intento
De la culpa, oh divina vencedora,
Si sus sombras te hallaron clara aurora,
Y el ser palma fió tu vencimiento.
Aquella dicha originó el aliento,
Con que ya tu pié bello el campo dora,
A quien dió la triforme cazadora

Por coturno su cándido ornamento.
Pisa de las montañas la aspereza,
Y al solar de Isabel, tu sol luciente
Aumente el lustre firme la nobleza.
Corre veloz que si de la serpiente
Pisó tu planta la áspera cabeza,
Mejor del monte pisará la frente.

XXXVII.

Compilado de diversos poetas latinos

Ántes del Tigris la veloz corriente
El belga suelo bañará remoto,
Ántes albergará Scila al piloto
Y el Éuro nacerá del Occidente.
Helada la más undosa fuente
Y el cielo se verá primero roto;
Llegará al norte frio, ardiente Noto
En Ponto el aire soplará caliente.
Ántes por breñas subirán los rios,
Trocarán epiciclos las estrellas,
Selvas habrá sin árboles umbríos.
Ántes el agua arrojará centellas
Que falte el llanto de los ojos mios,
En cuanto viven sin tus niñas bellas.

XXXVIII.

A Filis achacosa de los oidos

Quéjase blanca Filis tu hermosura,
(Quien no desmaya cuando tú te quejas)

De que en tus hermosísimas orejas
El que las ensordece agravio dura.
  Culpa debe de ser de tu blancura,
Porque si con el mármol la cotejas,
Como en el mármol tu color bosquejas,
Él en tí su sordez pintar procura.
  Yo que en tu alegre risa los enojos
De tu accidente advierto desmentidos,
Doy á tu risa llanto por despojos.
  Mas ay! que en vano llaman mis gemidos,
A quien de amor abrasa con los ojos
Y al amor ensordece los oidos.

MADRIGAL

Amoroso

  Tórtola amante que en el roble moras,
endechando en arrullos quejas tantas
mucho alivias tus penas, si es que lloras,
y pocos son tus males, si es que cantas.
  Si de la que enamoras
su desdén te desvía,
no durará el desdén, pues tu porfía
está un pecho de pluma conquistando,
¿podrá un pecho de pluma no ser blando?
  Ay de la pena mía,
en que medroso y triste estoy llorando
y enternecer procuro
pecho de mármol cuanto blanco duro.

Cancion Amorosa

El tiempo que vivieron
sin ser tuyos mis ojos, Celia mía,
á cuantos entónces vieron,
miran hoy como noche, porque el día,
vestido de arreboles,
no pudo amanecer sin tus dos soles.
Ya de tus luces bellas,
mi amor, si mariposa no encendida,
será por vivir dellas,
elave rara que en Arabia anida;
pues si abrasado yace,
Fénix será un amor que en tí renace.
Ay dulce hermoso dueño,
si es sueño grave mi felice suerte,
como hay vida que es sueño,
sea mi vida dilatada muerte;
porque esté más segura,
vida que es muerte, sueño que es ventura.
Morir por adorarte,
aunque sin esperar el merecerte,
amar por solo amarte,
tener por dulce fin solo el quererte,
es gloria, donde el alma
tiene sin interés su fé por palma.
Mas ay!, Celia divina,
que cuando me acredito más de amante
y cuando más camina
mi amor en su propósito constante,
en un grave tormento
vacila el alma, gime el pensamiento.

No sé si declararte
podrá su pena el corazón difunto;
pues con imaginarte
de más dichoso amor posible asunto
en lágrimas deshecho,
tristes los ojos se traslada el pecho.
Ya te he dicho la causa
con brevedad de mi insufrible daño,
que no es bien haoer pausa
con el dolor, quien teme un desengaño.
Mal mi pasión resisto,
Ay Celia, quién tu luz no hubiera visto!

Canción Amorosa

Vuelve, vuélvete al prado
primavera gentil, vuelve á las flores
á ser nuevo cuidado,
si nueva gala no de sus primores,
que desmayan los suyos
cuando le niegan su beldad los tuyos.
A esos campos inclina
tu hermosa vida y tu belleza ufana,
que bien serás divina,
aunque te finja esta piedad humana;
porque al piadoso ruego
deidad se hace, quien le admite luego.
Estos pimpollos verdes
á quien áun no perdonan sus desvelos,
del mar con que los pierdes
á ampararse se suben á los cielos,
llegando los más altos,
á breves brincos, á ligeros saltos.

Los más robustos troncos
te ofrecen tristes en acentos graves,
las pausas y ecos roncos,
conque les dá el aplauso de las aves
música lisongera,
vuelve, vuélvete al prado, primavera.
Por sentir tus enojos
los álamos que viven ya sin verte,
hacen sus hojas ojos,
donde el aljófar que la aurora vierte,
cojen porque entretanto,
para ofrecerte no les falte llanto.
El monte y la ribera
por donde ameno el Tórmes se dilata,
ya beldad lisongera,
órgano es dulce de canora plata,
que en voces desiguales
triste me ayuda á publicar mis males.
En lágrimas deshecho
doy al dolor los líquidos despojos
del río de mi pecho,
breves azudas formarán mis ojos,
que no es acción prudente
estar sin agua, cuando estás ausente.
A quien tu ausencia llora,
porque tu beldad gozó los rayos
como yo, bella aurora,
neciamente le huyen los desmayos
de la suerte postrera,
miéntras faltas del prado, primavera.

Canción Amorosa

Altivo pensamiento,
no afectes ardimiento soberano,
porque es mi atrevimiento
seguir tanta deidad con vuelo humano;
mira que la ventura
está cuando mayor, ménos segura.
Pensamiento atrevido
para estar de tí mismo confiado,
eres tan desvalido
como de nobles causas engendrado;
teme si al sol te igualas
que á su calor se quemarán tus alas.
No busques tanta gloria,
pues te falta caudal para el empleo;
imposible victoria
es la que pretendió solo el deseo,
y á una luz tan divina
el atreverse es la primer ruina.
Incontrastable muro
mal combatir intenta tu cuidado,
más rebelde, más duro
le hallarás mientras fueres más osado;
que está en un amor muerto,
dormido el gusto y el rigor despierto.
En la luz de su esfera,
rigor fatal conocerás de muerte,
si con alas de cera
de Icaro sigues la ambiciosa suerte;
mira que es desvarío
esperar que amor venga un mármol frío.

MADRIGALES

A LA INCONSTANCIA DE LA VIDA, CON OCASIÓN DE VER UN OLMO CAIDO, Y DESPUÉS QUEMADO AL MÁRGEN DE UN ARROYO

Esta ceniza fría,
que al soplo más ligero
resistir puede apénas
de las horas aménas
de un arroyuelo, pompa fué primero,
olmo que de esmeralda se vestía,
y armado competía
el rayo más luciente,
que hermoseó del sol la clara frente,
de vid laciva un tiempo coronado
pero no bien premiado,
del honor claro de una frente pura
de puro defendida casi oscura,
pues la luz le zelaba
que en ella se bañaba
por ser del sol ardiente,
y conceptuosamente
con suave armonía,
su líquido cristal entretenía,
cuando del aire apenas
verdes hojas heridas
eran reconocidas
de todo el prado músicas sirenas.

Hoy ya tronco desnudo
(que tanto el tiempo pudo)
su pompa se convierte
en la fatal ceniza de la muerte,
que árbitro lleva el viento,
con el más descuidado movimiento;
no ya del arroyuelo lisongeado,
ni de las blandas flores,
ni de los ruiseñores,
ni del alegre prado,
que es la veneración de la privanza,
móvil adulacion, cierta mudanza,
sombra inconstante, aplauso vinculado
al neciamente bien afortunado.
Los años fugitivos
y la vida ligera,
si bien se considera,
son desengaños vivos
á la luz variable desta aurora,
medida voladora
de los pasos que damos á la pira,
cual fácil mariposa cuando aspira
del peligro luciente enamorada,
á verse mejorada
y de la luz al corazón ardiente,
dá cercos dulcemente
devanando su vida
hasta que de la llama conducida,
(que el lucimiento engaña al más astuto)
al voraz fuego se rindió en tributo.
Así al gusto sucede
el dolor, porque quede
con el dolor el gusto bien pagado,

infeliz siempre estado,
dónde, huyéndole corres presurosa
oh efímera engañosa
vida, detente, espera,
no corras tan ligera.
Vida, detente, advierte
que vás haciendo cercos y la muerte.
Vida, detente, escucha
no pienses que eres mucha,
pues un olmo en cenizas desatado
te desengaña, no ya levantado
como cuando de luz ciñó la frente,
y sus raices, poco venturosas,
bellas calzaban rosas
que alentaba una fuente,
cuando por el recreo de su sombra
le sirvieron de alfombra
las verdes plantas y olorosas flores.
Quién vió jamás firmeza en tus favores?
Si esta ruina advierte
que el ser es caminar hácia la muerte,
quién pone su esperanza
en la misma mudanza?
en un frágil aliento?
en una pluma que se lleva el viento?
en una sombra vana?
en una flor temprana?
en luz tan mal segura?
en mudable hermosura?
viendo ceniza fría,
un árbol que inmortal se presumía,
y viendo finalmente,
que todo bien humano es aparente

y que en sus nudos la primera faja,
firma la sucesión de la mortaja.

CANCIÓN SACRA

QUIS MIHI DET TE FRATREM MEUM FUGENTEM UBERA MATRIS MEAE, UT INVENIAM TE FORIS ET DEOSCULETUR TE. CANT. 8.

Oh pasos venturosos,
bien dirigidos de un amor ardiente,
caminad presurosos
como de corza herida hacia la fuente.
Mas ay esposo ausente!
que mal la corza herida
te seguirá, si le faltó la vida.
Eres vida del alma,
pues solo anima al alma tu asistencia,
cómo en la triste calma
que dejas en el alma con tu ausencia,
podrá tener paciencia
quien de tu ausencia herida
seguirte quiere y le faltó la vida?
Alienta la esperanza,
no quieras que el retiro desaliente,
que teme su mudanza,
quien solo en ser mudable es consistente:
mas ay esposo ausente!
qué amores no hay constantes
si es la ausencia el crisol de los amantes?

No es amor, es locura,
ficción es vana de mentido anhelo,
el que no se asegura
ménos en la quietud que en el desvelo;
pues es vano recelo
negar que en una herida
de la flecha de amor no hay mejor vida.
Ya que ausente te llora
el alma, esposo mío, tristemente,
cuando firme te adora,
no se niegue tu llama á las que siente.
Mas ay esposo ausente!
Si ausente así me inflamas,
quién de tu vida sufrirá las llamas?
Solicito el buscarte
y no debe mi amor de merecerte.
Oh quien pudiera hallarte!
quién mereciera hallándote tenerte!
Feliz fuera mi muerte
con tu amorosa herida,
pues morir por gozarte es mejor vida.

MADRIGALES

Respuesta de otros del P. Fray Francisco de Santiago, que envió con unos jamones y quesos.

A cuantos el Parnaso
pisan con piés de verso la alta cumbre,
podeis oh dulce, oh nuevo Garcilaso,

con pluma ardiente, dar bastante lumbre,
y enseñar el camino
para chupar el néctar cabalino.
   Posible es que se escusa
de escupir en corrillo vuestra musa,
cuando con ademanes valentones,
hacen versos que saben á jamones?
Entre poetas graves, entre diestros
pueden lucir, mi padre, versos vuestros.
Sus piés alaben otros numerosos
que de blandos, salados y gustosos,
alabarse sin tasa,
los que vos me enviásteis hoy á casa.
Quien por divino advierte que os confieso,
podrá decir que con tocino y queso,
como á talón me habeis cogido en trampa.
Mas oid que ya escampa.
He de alabaros sin usar de tretas
por envidia de todos los poetas,
y si en ello reparo,
con solo vuestro amparo,
poniendo yo el presente que recibo,
y vos poniendo el nombre apelativo,
les daré como Dios hizo unos oros,
un Santiago á los poetas moros,
y entre las musas osaré más tiernas,
con tan buenos perniles hacer piernas.
   Los quesos no he alabado,
y á fé que me lo tienen grangeado;
pues ser alabadísimos merecen,
por ser tan buenos que al maná parecen;
pues si al verlos me dicen: ay, qué es esto?
respondo: aqueso es eso, y no hay más queso.

Hice guardar los quesos, y he avisado
que serán para mí el mejor bocado;
y aunque se guarden, más sospecha es mía,
que los han de hacer rajar un día.
Si ya no es que los quesos y jamones
varias quieren tomar ocupaciones,
unos yéndose al sallo como monjas,
otros quedando en lonjas
como si corredores fuesen.
De que no se corriesen,
cuando colgar se vieron, me he admirado;
quién verse no sintió de un pié colgado?
Mas estos piés que han sido correntones,
hebra sabrán tener en ocasiones.
En fin, aunque sin tanta compañía,
viniese vuestra culta poesía,
aunque no la asistiesen piés agenos,
del animal de Adónis por lo ménos,
aunque porque de coche les sirviesen,
ruedas los dichos quesos no se hiciesen,
el número, el espíritu y el metro,
puede decir á Lope: *Vade retro.*
Esto, siendo por Dios, él mismo os guarde,
fecha la carta hoy mártes por la tarde.

DÉCIMAS

Bien sé que es atrevimiento,
si no amor el que me guía,
en cuya loca porfía
fluctúa mi pensamiento.

Para decir lo que siento,
consultaré mi dolor,
porque el usar de rigor
con mi misma voluntad,
si es respeto á tu beldad,
es tiranía á mi amor.

En la parte de atrevido,
pudiera estar disculpado
pues basta haberte mirado
para haberme yo perdido.
Al crédito de entendido,
que he logrado en tu opinión
esta calificación
le faltaba, pues es cierto,
que haber á tus luces muerto,
es la mejor discreción.

Rigor viene á parecer
no hacerle á mi amor lugar,
para que llegue á explicar
lo que llega á padecer.
Mas si es para merecer,
seguro medio el sentir,
bien puede ser que á morir
me obligue aquesta querella,
más que te ofendí con ella,
no ha de poderse decir.

No es proponer mi cuidado
decirte que algunos siento,
porque está mi sufrimiento
al silencio vinculado.
Descansa el pecho ahogado
en esta breve osadía,
aunque en mi grave porfía

amor impaciente arguya
que siendo la causa suya,
es la resistencia mía.

Amor es una influencia
de los astros, y en mí veo
que no nace este deseo
de su benigna asistencia.
No hacen los astros violencia,
más en mi pecho tu amor,
obra con tanto rigor,
que me advierten sus enojos
ser más que soles tus ojos,
pues es su poder mayor.

Respeto á sus luces fué,
en tan amoroso agravio
que disimule mi labio
lo que en mis ojos se vé.
No sé si ya así mi fé
su sentimiento respira
mi silencio, áun no es mentira,
si á desembozarse llega
amor, pues el labio niega,
lo que el corazón suspira.

De mi infortuna infelice
no el peso aquí alivio halla,
pues áun de lo que se calla,
no es sombra lo que se dice.
Mas para que se eternice
mi fé, conservar presumo
en pausas el fuego sumo,
que á sentir en mi amor llego,
pues más vida tiene el fuego,
desahogándose el humo.

Aunque si de esta atrevida
seña de mi voluntad,
en tu apacibilidad
hallo indicios de ofendida.
Yo sabré darle á mi vida,
áun más rígidos enojos,
que hacerla de amor despojos,
negándome al bien de verte,
porque sé que no habrá muerte
como faltarme tus ojos.

DÉCIMAS

Al negro hermoso pelo de Fílida

Hoy, Fílida hermosa, que
pintar quiso mi desvelo
tu luz, en la pluma un pelo
al primero rasgo hallé.
Mas quién no dirá que es
milagro de tu belleza,
que cuando á volar empieza
la pluma en tan alta gloria,
halle un pelo por memoria
del pelo de tu cabeza?

Iba á decir que de amor
era el blanco tu cabello;
mas cómo? si es lo más bello
en él su negro color.
Fílida, todo el primor
de tetus luciens despojos,

del cabello á los enojos
debes, pues en él se ven
hermosas noches de quien
son las estrellas tus ojos.
Dos calidades mi amor
vé en tu madeja Ethiopisa
y en ellas igual divisa
á tu beldad mi dolor.
Si advierto en lo que el valor
de tus trenzas se asegura,
me dice mi suerte dura,
que es el pelo en tu cabeza
grande como tu belleza,
negro como mi ventura.
No te dé mi voz pesar,
cuando tus hebras celebra,
porque con tan linda hebra,
quién acertará á callar?
Mas si llego á imaginar
lo poco que mi desvelo
alcanza, al silencio apelo,
aunque en mi discurso halle,
que no hay alabanza que
no te venga muy á pelo.

DÉCIMAS

A UNA DAMA QUE ENVIÓ Á UN DON SANCHO UN CORAZON DE ALCORZA.

Tu corazón alcorzado
diste, niña, y he sabido

que con corazón fingido,
á muchos has endulzado.
Quéjase el mío agraviado
de tu sabrosa traición;
pues la vulgar opinión,
nos dirá que á Sancho en fin
le estará bien su rocín,
pero no tu corazón.
Sancho tu favor celebra
y tanto en lo celebrado,
hilar procura delgado,
que se le quiebra la hebra.
Tu condición, niña, quiebra
las alas á mi esperanza,
viendo que en esta mudanza
podrá ser con tan buen son
el que hoy Sancho Corazón,
otro día Sancho Panza.

DÉCIMAS

A UNA DAMA LABÁNDOSE LA CABEZA.

Cintia su rubia madeja
á breve Occéano arroja,
y en mar que apénas le moja,
todo amor anegar deja.
Permite, Cintia, esta queja
formar de tus rayos bellos,
que cuando abrasado en ellos,

les doy llanto por despojos
queriendo servirte de ojos,
me traigas por los cabellos.
No alcanzo con qué razón
el pelo á lavarte paras,
cuando á limpiezas más raras,
les dá la tuya un jabón.
Pero á tener opinión
vengo de que tu belleza
no para mayor limpieza
se lava, Cintia, el cabello
sino por tenerlo bello,
siempre muy en la cabeza.
Del agua al tibio vapor,
los ojos cierras, confieso
que ellos no pierden en eso
su nativo resplandor.
Antes sospecha mi amor
ser esa atención forzosa
de tu beldad prodigiosa,
pues nos dejas avisados
de que áun á ojos cerrados,
aciertas á ser hermosa.
Cuando en el mar español
lava el rubio sol su coche,
las estrellas de la noche
manifiestan su arrebol.
Rayos de tu ardiente sol
son tus rubias hebras bellas,
cuyas lucientes centellas
dicen en esos ensayos,
que lavas del sol los rayos,
para hacerme ver estrellas.

Y cuando de ellos presumo,
que en las ondas se han deshecho,
de lo que abrasan mi pecho,
me obliga á llorar el humo.
No es este el efecto sumo
de tu divina belleza,
pues la menor gentileza
es herir un corazón,
quien áun de sí sale con
las manos en la cabeza.

En fin; de mis desvaríos
son los últimos antojos,
ver que á tu pelo dás ojos
para quebrarme los míos.
En notables desafíos,
Cintia, mi Musa se vé,
pues si tu cabeza fué,
leda para este desvelo,
mientras tú lavas tu pelo
yo, Cintia, lo alabaré.

DÉCIMAS

A ARDEMIA, REINA DE LAS FLORES DE SU JARDÍN

Cuando el planeta mayor
pasea en su carro de oro,
la azul estación del Toro
de la Hija de Agenor.
Tanta avenida de flor,

de la copia en que las sella,
esparce Amalthea bella,
que le ofrece al pensamiento,
cada prado un firmamento,
y cada flor una estrella.
De cuanto jardín la Aurora
de perlas borda el vestido,
éste se vé el más florido,
porque mejor luz le dora.
Tanto sus plantas mejora
de una beldad lisonjera
la influencia, que pudiera
dudarse cual es mayor,
de este jardín el primor,
ó la misma Primavera.
Vivo un raudal se desata
para dar vida á las flores,
y ellas pagan en olores,
lo que reciben en plata.
En varios surcos desata
todo el humor que respira,
y cuando travieso gira
con más presurosa fuga,
envidioso el Sol te enjuga,
de ver que otro en él se mira.
Tan encendido el color,
el pensamiento se ofrece,
que quien le mira, parece
ser pensamiento de amor.
Tanto le engríe el favor,
de que Ardemia en sus aumentos
se esmere, que cuando atentos
los ojos pone en su pié,

entónces ser flor se vé
de altísimos pensamientos.
Qué vano, qué presumido
rey el clavel se intitula,
porque su ambición adula
la púrpura del vestido.
Pero quédase corrido,
pues con sólo haber mirado
en Ardemia lo encarnado
del labio, conoce en él
las ventajas que al clavel
le dejan disciplinado.
La Azucena, que en belleza
hace á otras flores ventajas,
su luz venerando baja,
con humildad la cabeza.
Que como de la pureza
de su mano hermosa en vano
aprende su estudio ufano
teme, si nó la venera,
que ella azotarla pudiera
sólo con darla una mano.
Con ese mismo temor,
está el jazmín reverente,
de un hilo sólo pendiente,
esperando su favor.
Pero tan superior
es de Ardemia la hermosura,
que cuando de su luz pura,
lo más el jazmín bosqueja,
arrimado se le deja
á su pared su blancura.
De Ardemia está enamorado

el Lilio, y á todos quiere
decir que de amor se muere,
vistiéndose de morado.
Pero como ha reparado,
que cuando más se deshoja,
más su porfía le enoja,
al campo la desafía,
y ántes de nacer el día,
comienza á tender la hoja.

Por ver los matices rojos,
que al pié de Vénus hurtó
la vírgen rosa intentó
hacer de sus hojas ojos.
La guarnición la dá enojos,
que naturaleza avara,
puso á su belleza rara,
de tanta flecha atrevida,
y le salen de corrida
los colores á la cara.

Llorar quiere ya la aurora,
lágrimas para llorar
pide, que podrá pagar
con el nácar que atesora.
Una se pule, otra llora,
porque del, cogiendo el manto
la Aurora, á donaire tanto,
para aumentar maravillas,
por hojas para mejillas,
le dá perlas para llanto.

Tanta copia de colores,
tanto aroma presumido,
áun bosquejar no ha podido
de Ardemia los resplandores.

Eco breve son las flores,
que á tu belleza gentil
responden de mil en mil;
mas ¿quién será tan hermosa
si es de su luz prodigiosa,
poco rayo, todo Abril?
  Rosa de púrpura y nieve,
que en otro vergel reinara,
como en Ardemia repara,
aquí á reinar no se atreve.
Que si á su mejilla debe
el color con que se engríe,
es fuerza que desconfíe
de sí misma, cuando vé,
que es su nácar, de lo que
la Primavera se ríe.
  Venza, Ardemia, tu arrebol
todo el pabellón celeste,
que ya es breve campo este
para lucir tanto sol.
Pues si llega á ser crisol,
que apurar tu luz pretende,
cuanto más sus galas tiende,
mira en tí mayores galas,
que amor te presta sus alas,
y con tu hermosura prende.

DÉCIMAS

Enviándole un Agnus, unas pastillas de olor, unas medias y zapatos y unos búcaros

En este pequeño don,
hoy mi cuidado produjo,
Nise, un informe dibujo
de mi encendida afición.
De la interna devoción
con que mi amor te venera,
es esa cándida esfera,
breve, aunque divino ejemplo,
en que mi fè por su templo,
quiere adornarte de cera.
Los cortesanos sudores
de los árboles Sabeos,
quisieron hoy mis deseos
reducir á esos olores.
Cultos más superiores
estudia mi afecto sumo,
y como atento presumo
eres de mi amor sagrado,
no sufre en mí este cuidado,
negar á tus aras humo.
Arrogante presunción
de medias y zapatillos,
es dar á tu nieve grillos,

y á tus jazmines prisión.
Pero como extremos son
de tu hermosura, se vé
que es extremada mi fé,
áun en lo ménos que doy,
pues así en ello estoy
por puntos besando el pié.
En fin, hoy está mi amor ufano,
cuando en dar tan corto está,
por parecer que algo dá,
te ha dado barro en la mano.
A tu sed en el verano
grata lisonja ha de hacer,
pues en llegando á beber,
y el cristal y olor gozar,
uno en tu mano ha de helar
y otro en tu boca ha de arder.

DÉCIMAS

A UNAS MANOS CON SARNA

Belarda, yo supe ayer
que de tu mano de nieve
la sarna voraz se atreve
á manchar el roscicler.
Mas poca juzgo ha de ser
la que esta injuria violenta,
hacer á tu nieve intenta,

pues á decir me provoco,
que tiene de sarna poco,
quien por los dedos lo cuenta.
Blandas tus manos hermosas
llamé yo, mas su hermosura
es ya la cosa más dura,
que hay entre las duras cosas.
Título de rigorosas,
ese achaque á darlas llega;
porque si de mano juega,
áun favoreciendo, es llano,
mi Belarda, que tu mano,
por blando que toque, pega.
Bien que según lo que siento,
quien tu mal me exageró,
al punto que lo contó,
lo hizo cosa de cuento.
Verdad ó encarecimiento
sea, Belarda, no penes
del mal con que te entretienes;
pero si molesto es,
arrójala de tí, pues,
tan en la mano lo tienes.
De hermoso enfermó sospecho
de tus manos el cristal,
pues vino á caer su mal,
sobre lo blanco y derecho.
Pero el mismo mal me ha hecho
que piense Belarda hermosa,
que su ambición cuidadosa
á tus manos la llevó;
pues si no era sarna, no
les faltaba ya otra cosa.

DÉCIMAS

A CINTIA LASTIMADA DE UNOS MOSQUITOS

Villana descompostura,
Cintia, de un mosquito ha sido,
haber tu nieve teñido,
profanando tu hermosura.
Avecilla vil, ¿qué dura
ambición tus alas locas,
llevas á un cielo que tocas?
Mas dí que su cumbre igualas,
por tomarte así más alas,
viendo que tienes tan pocas.

Mas cómo cuando con ellas
tu vuelo tan alto gira,
no te dán funesta pira,
aquellas dulces centellas?
Será porque á las estrellas
de los ojos, dán enojos,
pues á diluvios desmiente,
todo el cristal de la frente,
á los rayos de los ojos.

Oh! cuánto los ruiseñores
de tu fortuna se espantan,
pues á quien sonoros cantan,
no le merecen amores.
Y tú con necios rigores,
dás envidia al amor.

Oh tiranía! Oh rigor!
que una avecilla importuna,
llegue á gozar la fortuna
que no alcanza un ruiseñor.
Tus armas desde hoy deshechas
arroja rapaz flechero,
que otro Cupidillo fiero,
vuela armado de arco y flechas.
Con traidora punta acechas,
susurro del viento alado;
pues cuando á Cintia enojado
disparas flecha atrevida,
en mí ejecutas la vida,
pues me dejas tan picado.

DÉCIMAS

PIDIENDO PARA UNA FIESTA UNOS BROCATELES

Anfrisa, aunque tu cordura
de mi petición se ofenda,
he de sacarte una prenda,
pidiendo á Dios y á ventura.
Préstame tu colgadura,
y entre el mismo hacer mercedes,
ofendida quedar puedes
(mirando á tu discreción)
de ver que mi petición,
te hace dar por las paredes.
No me cortes, no, las alas

en el pedir, que estar siento
colgado del pensamiento,
hasta descolgar tus salas.
Ni quito ni pongo galas,
pues cuando á mi ruego acudas
con tan vistosas ayudas,
verás aunque más diciernas,
las paredes de acá en piernas,
cuando las de allá desnudas.
Y si el temor te desvela
de que han de volver con tacha,
sin temores me despacha,
pues no hallarás ni áun tachuela.
Mi esperanza se consuela
con tener por asentado,
que me darás hoy prestado,
lo que al volver con aseo
dirás, ya lo verde veo
pero no lo desgarrado.

OTRAS

Pidiendo el año siguiente á la misma

Anfrisa hermosa, mi fiesta,
cuando ser fiesta procura,
si falta tu colgadura,
que ya no es fiesta protesta.
Mas si acaso me la presta
tu agrado, blasonaré
de que al colgarla, podré

decir, sin andar grosero,
que á quien me dá lo que quiero,
de clavo se la pegué.
Tan alto mi amor se halla
si tuya la considera,
que no ha de usar de escalera
para subir á colgalla.
Pero por más que fijalla
quiera mi fé presumida,
fuerza es que los riesgos midas
de fortuna mi amor vano,
pues nada tan en la mano
tendrá como una caida.
No alaba del arte, no
lo sutil en esta alhaja,
pues por tuya áun la más baja,
todo el primor se llevó.
Pero lo que alabo yo
mientras su labor mirando
estoy, es mi suerte, cuando
desde que la contemplé,
no podrás negarme, que
contigo en dibujos ando.
No tienes por qué temer
de que al volverte los paños,
áun los más lijeros daños
en ellos habrás de ver.
Si el guardarlos puede ser
medio para asegurar
que no se lleguen á ajar,
mi cuidado te protesta,
que en cuanto están en la fiesta,
como ella se han de guardar.

DÉCIMAS

A ANARDA SACANDO DE ENTRE LAS FALDAS UNOS BÚCAROS

De entre tus faldas hoy ví
salir de barros un ciento
y vínome al pensamiento
decirte lo que sentí.
Y es, Anarda, que creí,
cuando á tus piés los miré
que decían á mi fé
haría á tu luz agravio,
si quien pretende tu labio,
no se humillara á tu pié.

En mí su rojo color
amor quiso retratar
y vínole á dibujar
con el pincel de mi ardor.
Si este accidente es amor,
no sé si bien se declara,
lo que mi atención repara,
dulce Anarda, solo es,
que los barros de tus piés,
me salen á mí á la cara.

No me arguyas de indiscreto
en esta breve osadía,
pues solo la pluma mía,
guardarle á tu luz respeto.
Mas por mí fé te prometo,

que en no exceder de lo urbano
no ha sido mi estudio vano
cuando en lo que hoy advertido,
para pecar de atrevido,
no has dado barro á la mano.

DÉCIMAS

PROMETIÓ ANARDA UN BÚCARO, Y TARDÁNDOSE EN ENVIARLE, SE LE PIDIÓ ASÍ

Anarda, con mucho agrado
un barro me prometiste
de los que á tus piés tuviste,
y no me lo has enviado.
Triste estoy, porque he pensado
que amenazan á mi vida
las señas, dulce homicida,
que en tí miro de inconstante;
pues cuanto ofreces amante,
lo niegas arrepentida.

Dirás que no son de amor
prendas las que así deseo;
mas que tendrá en ellas veo,
su alivio mi dulce ardor.
Si el impaciente calor
de una sediente fatiga
un búcaro le mitiga
dámele, en él beberé,
ó la nieve de tu pié,
ó las aguas de tu liga.

DÉCIMAS

RECIBIENDO DE ANARDA UN BÚCARO

El barro que hoy recibí,
tan ufano me dejó,
que aún él me lo conoció
en los besos que le dí.
Atención fué justa en mí,
esta acción, porque se vé
tan obligada mi fé,
que áun juzgo es fineza poca
llegar á poner la boca,
donde tú pusiste el pié.

Qué envidioso, Anarda mía,
me trae mi suerte importuna,
cuando advierto la fortuna
en que este barro se vía.
Registro ser merecía
de lo que al recato hurtó;
pero siendo barro yo
con alma, que mucho hicieras,
si á un barro con alma dieras
el lugar que este gozó?

No te dén, Anarda, enfado,
mis amorosas porfías,
pues el barro que me envías
asa para ellas me ha dado.
Costóme el barro un cuidado

mas ya con él engreido
pediré favorecido,
que adonde yo el barro ví
me pongas, Anarda, á mí
y no es barro lo que pido.
Juzgarás que de villano
en mí un ejemplo se vé,
si porque te he visto el pié
me tomo yo tanta mano.
Mas será tu intento vano,
pues cuanto amor deseó
el mío en tu planta halló,
y al verla me dije á mí;
Quisieras ser barro? Sí.
Y estar tan sin alma? No.

DÉCIMAS

ENVIANDO AL SR. D. JUAN ANTONIO AVELLO, FISCAL DE LA CONTRATACIÓN, UN LIBRO DE LAS OBRAS DE EL P. TOMÁS HURTADO

Mi D. Juan, allá os remito
el libro, y corrido quedo,
de ver que jamás os puedo
servir mas que por escrito.
Parece que solicito
el dejar siempre atrasada
mi voluntad, que empeñada
en serviros lo desmiente
con daros hoy por presente

cosa ya tan repasada.
Bien que en esta cortedad
si algo mi cuidado alcanza,
digna hallareis de alabanza
sola mi puntualidad.
No mireis la poquedad,
que esa me dá mi zozobra,
lo escrito sí de la obra
mirad, con eso diré,
que ya es algo aquello que
á letra vista se cobra.
Pero aunque así lo mireis,
si bien lo considerais
el libro conque os hallais,
agradecer no debeis.
Pues si el título leeis
luego al punto la razón
formaría esta conclusión.
No hace mucho quien me ha dado
un libro que siendo Hurtado
el darlo es restitución.
Apocar he pretendido
su valor, mas como es sabio
el volúmen, de mi agravio
no se dá por ofendido.
Cuerpo á cuerpo me ha vencido,
y así es bien os represente,
que el mismo libro desmiente,
lo bajo que de él sentí,
con que me asegura á mí,
que es de tomo ese presente.

EPIGRAMA

Enviándole otros dos tomos de las obras del mismo autor

Mi D. Juan, esos Hurtados,
viéndose á vos ofrecidos,
de su cortedad corridos
se han puesto tan colorados.
Mas allá ván alentados,
con que advirtiendo mi enojo,
de andar en serviros flojo
me avisan que decir puedo,
cuando sin sus hojas quedo
que en serviros me deshojo.

EPIGRAMA

A una dama que riéndose cierra los ojos

Siendo el llamarse valiente
todo mirar perfección,
tu risa aquesta opinión
á ojos cerrados desmiente.
No en tí vulgar accidente
de hermosura amor divisa,
cuando á tu opinión, Belisa,
con tu ademán correspondes,
pues que los ojos escondes
por cualquier cosa de risa.

EPIGRAMA

Galán desfavorecido de la Sra. N. de la Fuente

Hecho un Narciso de amor
el amante impertinente,
los ojos puso en la Fuente
que no ha de apagar su ardor.
Robar ageno favor
presume pirata infiel,
mas halla vuelta en laurel,
Ninfa que otro pecho adora,
pues aunque es Fuente sonora
no está corriente con *él*.

EPIGRAMA

Amoroso

Amarilis, si no fuera
por el desdén que padezco,
el amor de que adolezco,
mi vida acabado hubiera.
De amor la llama hace fiera,
del pecho ardientes despojos,
llanto causan tus enojos
más témplase en proporción
el fuego del corazón
con el agua de los ojos.

EPIGRAMA

ENVIANDO Á HACER UNOS PAÑUELOS

Costóme algunos desvelos
ayer, señora, el pensar,
quien me podría cortar
de esa pieza unos pañuelos.
De mal sufrido á los cielos
quise el lienzo dar, y hallé,
que contemplando mi fé,
esa divina hermosura,
doy al cielo la costura
en darla á vuestra merced.

EPIGRAMA

A UN ALBAÑIL BEBEDOR

Blas, por qué aprendiste oficio
de albañil, me han preguntado,
y yo la razón he hallado
que te inclina á ese ejercicio.
Y es que como está tu vicio
en el rubio licor que amas,
á imitación de sus llamas
tu ocupación se endereza,
pues como él en tu cabeza,
tú en los techos te encaramas.

EPIGRAMA

Pidiendo á D. Diego Ceballos unos tapices

Don Diego, aquese francés
lleva recibido el porte
de algunos paños de Corte,
que te suplico le dés.
Precisamente cortés
es mi petición, bien puedes
ésta entre tantas mercedes
concededme, y dirás que hoy,
por lo ménos, si no doy,
pido por esas paredes.

EPIGRAMA

Enviando un pomo de agua

Filis, esa agua de olor,
que flores sudaron bien
dice es vuestro esclavo, quien
os sirve con su sudor.
Pero quedo con temor
de que ya á vos ofrecida,
no será bien recibida
agua que tan claro muestra,
que la gloria de ser vuestra
la deja desvanecida.

EPIGRAMA

Amoroso

Tu pecho de nieve ví,
y aunque de nieve lo hallé,
la nieve apenas miré
cuando abrasarme sentí.
Pero igualmente temí
que su propia operación,
tenga en tí esa perfección;
pues no sin causa sospecho,
que con la nieve del pecho,
se te hiela el corazón.

EPIGRAMA

A don Rodrigo Martinez de Consuegra

Consuegra amigo, creed
que á estar más cerca el Parnaso,
pidiera á Apolo el Pegaso
para ir hoy á la Merced.
Vos, Rodrigo, me la haced
del macho, que á fe de amigo,
si el que le presteis consigo,
que mis versos cantarán,
no historias del preste Juan,
sino del Preste Rodrigo.

EPIGRAMA

Recibiendo de D. Fernando de Alderete, una sera de pasas

Justo, D. Fernando, no es
tan pródigo andes conmigo,
cuando me ha hecho tu amigo
la razón, no el interés.
Con estimación cortés
en mi cabeza la sera
puse, porque se creyera
cuando tu esclavo me hallaban,
que ni áun pasas me faltaban,
para que tu negro fuera.

EPIGRAMA

A una dama que casó con un calvo

Hoy la tierna Lisi pudo
darse á talludo velado,
en copete, mal barbado,
y en barba bien copetudo.
Muestra el capitel desnudo
cascos, dureza, y osario
ó ya salga temerario
pobre ó necio el tal testuz
temo que haya mucha cruz
Lisi, donde hay tal Calvario.

EPIGRAMA

A UNA DAMA QUE CUANDO SOLICITADA SE RESISTÍA, Y CUANDO NO QUERIDA SE QUEJABA

Cuando pené en vuestro ardor,
ni áun me concedísteis veros;
y cuando son prisioneros
mis ojos de nuevo amor,
Nise, dejais el rigor
y culpais mi proceder,
que tan uno viene á ser
sin que se altere ó se mude,
que si antes veros no pude,
agora no os puedo ver.

EPIGRAMA

Quien con Gerardo vió ayer
salir al campo á Leonor,
no es mucho, no, que su honor
llegue á dudar ó temer.
Mujer es de porte, digo,
pero siguiendo ese norte,
no es como carta de porte
Leonor, pues vá con amigo.

EPIGRAMA

No amaba yo, ví á Leonor,
miré incauto, hirióme hermosa,
ríe mi amor rigurosa,
lloro tierno su rigor.
Nieve fué, sol es mi ingrata;
mi llanto admirar no debe,
que hiriendo el sol la nieve
en arroyos se desata.

EPIGRAMA

Bellos ojos tiene Filis,
Clenarda hermoso cabello,
cristal es de Elisa el cuello,
rubí el labio de Amarilis.
Cuál de tan dulces despojos,
quisiera emprender tu fuego,
amor? Pero siendo ciego,
quién duda quisieras ojos?

EPIGRAMA

Recibiendo unos jazmines

Aunque fué sumo el favor
de los jazmines nevados,
si vinieran más ajados

hubiera sido mayor.
Vengan, pues, menos ufanos
otra vez, mi serafín,
pues afrentar el jazmín
¡es tan propio de tus manos!

EPIGRAMA

Violó á Violante el traidor
de Gil con furia infernal,
dicen que lo hizo mal,
pero llevose la flor.
Violante con rigor fiero
probar la fuerza intentó,
pero debajo quedó,
que Gil la probó primero.

EPIGRAMA

Siguiome Filis, huí.
Seguí yo á Filis, huyó.
Oh, si mi *no* fuera *sí!*
Oh, si mi *sí* fuera *no!*

EPIGRAMA

De una empanada antojada,
Nise empanada pidió;
dar nada es cosa menguada,

pues no quiero darla yo
lo que al fin, al fin es nada.

REDONDILLAS

AL BREVE HERMOSO PIE DE UNA DAMA

Zagala, yo te ví un pie,
si digo lo que sentí
en mí, mucho fuego fué
la poca nieve que ví.
Dándome pie para hablar
mudo estoy, mi fé te empeño,
y es que no hallo qué glosar
sobre pie que es tan pequeño.
Flecha que el alma penetra,
pues ves mi pluma turbada,
ven tú, y al pie de la letra,
el pie á la letra traslada.
Del bello pie y de mi amor,
Lisi, solo decir sé,
que cuanto puede el amor
lo puedes tú con el pie.
Pues con él así triunfaste,
Lisi divina, esta vez,
que por el pie derribaste
la torre de mi altivez.
Hoy me hace pagar apriesa
amor la deuda forzosa,
sinó al pie de la francesa,
al tuyo, española hermosa.

Y para dejar deshecha
la dureza que mostré,
en vez de punta de flecha,
se valió de puntapié.

Aunque del bien que hoy me ofrece,
casi quiero presumir,
que darme el pie, más parece,
que es ayudarme á subir.

No mi bien nacido amor
profanará el tiempo osado,
pues mi dicha y tu favor
con tan buen pie ha comenzado.

Esta esperanza alentó,
dulcísima Lisi, al ver,
que amor que de pies nació
dichoso promete ser.

Si albergue en tu pecho hallara,
dichosa fuera mi fé;
pues no hay duda que medrara
en casa de tan buen pie.

Mas en mi dulce penar,
amado ó aborrecido,
á tus pies siempre he de estar,
como ahora estoy rendido.

REDONDILLAS

Dulce Ardemia bella,
á quien mi albedrío
llama Norte mío
como el mar se estrella.

Por quien de llorar
tus duros enojos,
son ríos mis ojos,
que corren al mar.
Ahora que el manso
viento el mar serena
y ofrece á mi pena
la noche descanso.
Mientras lisonjero
vá el viento veloz,
escucha la voz
de tu marinero.
Oye, no te escondas;
la luz manifiesta
de un sol que se acuesta
en las rubias ondas.
Oye los suspiros
de quien firme te ama,
si porque te llama
no son tus retiros.
Si hay en tí afición,
dueño hermoso, ven;
las horas del bien
oh qué tardas son!
Si amor no te obliga
cuando me despeña,
dame alguna seña
para que te siga.
En vano te alejas,
pues para alcanzarte,
el amor reparte
plumas á mis quejas.
Si huyes de amar,

buscarte es error;
que quien no halla amor,
nada puede hallar.
  Sin tí se ven solas
y en sus escarceos
á mudos gorjeos
te llaman las olas.
  Su voz cristalina
acordes rompieran,
si heridas se vieran
de tu luz divina.
  Y la noche oscura
luciera tan clara,
que el día envidiara
su alegre hermosura.
  No mar, sino cielo
debiera llamarse,
á poder copiarse
en el mar tu velo,
  Más fuera mi mal,
que no hallo un amante
en lienzo inconstante
firme original.
  A tus niñas bellas,
haciendo reflejo,
no estimara espejo
ser de las estrellas.
  Gozara bonanza
el mar de mis ojos,
pues libre de enojos
viera su esperanza.
  Sin tí nada veo
de serenidad,

por que es tu beldad
fin de mi deseo.

ROMANCE

Celia hermosa, no te fies
de aplausos que el vulgo dá;
que vestida de lisonja
suele la malicia andar.
Mira que es sirena aleve
toda adulación vulgar,
y tu opinión mira ménos,
quien mira á tus ojos más.
No en halagüeños semblantes
firmes tu seguridad,
que entre flores la serpiente
se esconde para matar.
El entendimiento mida
su curso á la voluntad,
que las alas del amor
en la discreción están.
Mira por tí, Celia hermosa,
que quien cela tu beldad,
debe de quererte bien
pues no te aconseja mal.

ROMANCE

Hería el sol en las ondas,
que unas con otras combaten,

desconcertados los vientos,
desafiados los mares.
Amedrentados los riscos
ó gimen ó se deshacen,
que no á la vista tan fieros
son como al cierzo cobardes.
En la sorda playa quiebran
las ondas que flecha el aire,
amenazando al romperse,
los míseros navegantes.
En una pobre barquilla
que áun no parece que cabe
en todo el mar que furioso
la arroja de una á otra parte,
Remando á vista de tierra,
una de Abril fiera tarde,
que ni es Abril siempre flores,
ni siempre Enero huracanes,
Al compás de la tormenta
y al tenor de sus pesares:
así cantaba Daliso,
más que venturoso, amante.
Amarilis ingrata,
desde que te ví,
el mar no me mata,
el amarte sí.
Aunque el mar juró,
sus olas de bravas,
tú sola me acabas,
que las olas no.
Mi muerte temí
al temerte ingrata,
que el mar no me mata,

el amarte, sí.
Si mi pecho vieras,
bien conocerías,
cuánto más podías,
que las aguas fieras.
Pues es para mí
la tormenta grata,
que el mar no me mata,
el amarte sí.
Mientras al viento dispensa
estos acentos suaves
de enamorados delfines,
le escucha escuadrón nadante.
Pero al golpe de las olas
se rinde el barquillo frágil,
y busca Daliso tierra,
en hombros de los cristales.
Viendo que las aguas fueron
sepulcro á su leño errante,
sentado sobre una roca,
vuelve á decir y quejarse.
Amarilis ingrata &c.

ROMANCE

Montes, la beldad que el Betis
adora por peregrina,
lisonja de sus riberas,
milagro de sus orillas,
De mis verdes esperanzas
hermoso color la abriga,

qué esperan cuando de Anarda
se vén tan favorecidas?
Su luz ví ayer, si las horas
que tu luz falta á mi vista
cuando por siglos las cuento
pueden ser un sólo día.
No el aliño la adornaba
con que los Mayos se aliñan,
antes por acreditadas
la dió el Mayo sus delicias.
Quejáronse sus luceros
de que un achaque tenía,
si nó su luz apagada,
su viveza ménos viva.
Pero á no certificarlo
lo sagrado de ella misma,
de su hermosura creyera
que fué el mal hipocresía.
No pudo ser influencia
del astro poco benigna,
que contra la luz del sol
no hay estrellas presumidas.
Aunque sol y estrellas
tienen envidia
de que son más hermosos
tus ojos, niña.

ENDECHAS

En el pimpollo verde
de aquel sacro laurel
que está el Betis calzando

de aljofares el pié,
A quien no han combatido
tantos años, y á quien,
áun no desacredita
lo verde en la vejez;
Dos tórtolas amantes,
alcándara ó dosel,
de sus ramas hicieron
para cantar ayer.
El agua fugitiva
dulce tiorba es,
pulsada ya del margen
como templada en él.
A su compás cantaban
alternando tal vez,
en lascivos arrullos
su armonía cortés.
Cuando de un veloz sacre
el ronco cascabel,
de los dos hizo pausa
en voz, en vida, y en fé.
Cada cual á su ira
se quiere interponer,
por redimir su amante
consigo más cruel.
Presa al pájaro el uno,
el otro al dolor fué,
llorando la mas triste
muerte en su viudez.
Porque no puede ser
que viva sin amor quien vive del.

ROMANCE

Al arma toca el Abril
contra el invierno cobarde;
batalla dicen las flores,
guerra publican las aves.
Al verde margen se acercan
las escuadras militares,
porque espejo á sus colores
del Betis son los cristales.
Los pájaros son clarines
y tan solícitos parten
á presentar la batalla
que dicen guerra en el aire.
El céfiro como alferez
tremola sus estandartes,
por aquí de pardos Robres
por allí de verdes sauces.
Guarniciones son de picas,
los altos cañaverales,
ó sus pimpollos garzotas
ó sus hojas sean alfanjes.
Fragante mosquetería
mosquetas son y azahares,
todo ambar las municiones
todo las hojas plumaje.
Los que en prisiones de hielo
se vieron arroyos antes
caballos son que del Betis,
la yerba menuda pacen.

Al Abril vencedor
la gala alegres canten,
de librea vestidas ya las flores,
de armonía informadas ya las aves.

ENDECHAS

A Celia llorosa en la muerte de su madre

Celia siempre divina,
de cuya discreción
vencida se confiesa
la cordura mayor.
Tus ojos que de negro
viste el flechero Dios
porque enlutados sean
los que homicidas son,
En lágrimas se inundan
cuyo raudal veloz,
ni por sediento al nácar
las perlas agotó.
Mas tu silencio siente
que tu llanto sintió,
porque del alba el llanto
no pierde su explendor.
Con esa de tus luces
tirana suspensión,
tormenta gime grave
tu luciente arrebol.
Debido es á la causa
no injusto á la ocasión,
filial sentimiento,

legitimo dolor.
No es mucho que se turben
Celia, tus luces, no,
si de quien las dió el ser
han perdido el calor.
Quién duda que la Parca
villanamente atroz,
en un amargo solo
sus iras duplicó?
Murió tu media vida,
ya lo dijo el dolor;
que no es bien que en endechas
presuma afectación.
No influjo de la estrella
tus rayos eclipsó,
que no hay estrella fuerte
contra el poder del sol.
El hado si arrogante
(cuyo fatal rigor
porque el jazmín padezca
la rama deshojó).
Vengar quiso los tiros
de tu severo arpón,
que viste en plumas fuego
y en nieve embiste ardor.
Mas no advirtió ignorante
que á cuantos muerte dió
tu amor, solicitaron
la muerte por favor.
Tu penoso accidente
del pecho se formó
que no se atreve al Cielo
peregrina impresión.

Si desmayada gime
la esfera superior,
no es mucho que no tiemble
la piedra en su región.
Quien vive á la influencia
de tus luceros dos,
mal pudo no anegarse
cuando llorar los vió.
Quien como Ulises duro
Dolopa ó Mirmidón,
no sacara del pecho
las lágrimas que yo?
No fué fineza mucha
rendirme á la pasión
si el compás de tus quejas
común hizo el tenor.
Amor, sí llega á ser
que cuando ya pasó,
el calor de tu llanto
quede el eco en mi amor.
Amor si tambien es
que perseveren hoy,
penas en mí tan graves
que interrumpan la voz.
Llorad corazón,
que teneis razón.

ENDECHAS

Á LA MUERTE DE DON JUAN DE SILVA, GRANDE INGENIO SEVILLANO

Al peso de los años
se rinde lo excelente,

que á su imperio inconstante
no hay valor consistente.
Desde la humilde grama
hasta el pino eminente,
cuanto el siglo conoce
su grave yugo siente.
Ni el monte más robusto
ni el valle floreciente
de su ley arrogante
se burló inobediente.
Cuanta el mérito justo
seguridad consiente,
envidiosa la Parca,
ya rompe, y desmiente.
Despojo raro fuiste
de su filo insolente,
oh Silvio, á quien ya adorna
lauro inmortal la frente.
Esté en tí la piedad,
premio mira decente,
que es para consolarnos,
motivo suficiente.
Al no verte los ojos,
que te lloran ausente,
ni hay consuelo que baste,
ni mal que no se aumente.
Ninguno pisa el valle,
zagal, si de prudente
blasona, que del hecho
el golpe no lamente.
Bétis el más sentido
de su veloz corriente,
fúnebre llanto forma,

que su pesar ostente.
Lágrimas son las aguas,
que en raudal impaciente,
bañan los pardos ojos
desta su frágil puente.
Ninguna sus orillas
hay ave que frecuente,
sin que le dé á su llanto
tono correspondiente.
Cada cual á sus voces,
triste cuanto obediente;
si alegre ayer cantaba,
hoy gime eternamente.
Moriste, dicen todos,
oh Silvio, honor luciente
de aquel Dios que señala,
los días con su oriente,
Moriste, y de tu nombre
el eco permanente
te concede á los siglos
sin término viviente.
De Cloto así tu gloria
la presunción afrente,
si en plumas de tu fama,
vuelas de gente en gente.
Su acero inexorable
Atropos desaliente,
que no es bien que tus dichas
por sus victorias cuente.
Uno robó á la vista
Laquesis imprudente,
por uno la memoria
mil halla diligente.

Tiempo floreció poco
tu pompa refulgente,
que entre flores la Parca
te acechó cual serpiente.
¿Qué importa que su estilo
tu fin nos represente,
si en el estilo tuyo
te das á ver presente?
O de tu erudición
la más undosa fuente,
de quien hoy son arroyos
tanto sagaz oyente.
Vive, pues, de tu pira
la luz resplandeciente,
tu lucimiento aclama
de Oriente hasta Occidente.
Y pueda celebrarte
quien fuera solamente
ó como el Tracio dulce
ó como tú elocuente.

ROMANCE.

Fugitivas esperanzas,
al mismo paso que espero
ver el fin de mis cuidados,
mi fin voy hallando en ellos.
Crecísteis recien nacidas
tanto, que el fruto naciendo
advirtió en lo apresurado
peligros de lo violento.

De llegar tan pronto á más
vinísteis tan presto á ménos,
que siempre engaña en los fines
principio que es todo extremos.
Cuán desengañado miro
y cuán advertido cuento,
las veces que os ha mudado
la variedad de los tiempos.
Si me decís que sois otras
para obligarme á quereros,
ved que un firme desengaño
no sufre dos escarmientos.
No me sigais, esperanzas,
cuando veis que voy huyendo,
por no esperar de vosotras
otro interés que perderos.

ROMANCE

No desmayes, pensamiento,
prosigue, vuela y repara,
que no te negó la dicha,
quien te dió la confianza.
Feliz pudieran hacerte
dichas ménos esperadas,
pero en bienes de fortuna
quién vió excepción de mudanzas?
El favor que se merece,
le implican ménos desgracias
que de los méritos nunca
los galardones se apartan.
No había en tu suerte firmeza,

si ligeramente alcanzas,
porque sin sentir se pierde
lo que sin sentir se gana.
No alegues que en breves dias
corrió amor edades largas,
pues si nó corren los tiempos,
se corren las esperanzas.
Y aunque más ardiente vueles,
siempre entiendo que quien amas,
querrá que tu diligencia,
se mida con tu tardanza.
Satisfacción tu ardimiento
goce en menores ganancias:
teme que vuelo más libre
puede quemarte las alas.
A tu impaciente deseo
esto un pastor le cantaba;
que es idólatra en el Bétis
de los primores de Antandra.

ENDECHAS.

Zagala, á quien del Bétis
celebran las orillas,
discreta más que cuantas
su márgen verde pisan.
A quien Minerva y Vénus
hicieron á porfía
de lo entendido el centro,
de lo hermoso la cifra.
Oye de aquel pastor,
á quien tu dulce lira

halagó sonorosa
á consejo advertida.
  Escucha lo que grato
responde á tus doctrinas,
en señal de que atento
las oye y las estima.
  Perdona que mi empeño
tu dictámen no siga,
que no hay libre elección
en voluntad cautiva.
  En hermosas cadenas
presa te vé la mía,
á donde no hecha ménos
la libertad su dicha.
  Mi dulce cautiverio
de Antandra fué la vista,
feliz pompa del Mayo,
del alba alegre risa.
  Deidad en cuyo agrado
todo rigor milita,
pues sus agrados tienen
poder contra las vidas.
  Dila, rendida el alma,
oh! que breve provincia
fué para tantas flechas
de un alma la conquista.
  Mas yo juro, zagala,
que aunque el poder limita
de un alma las finezas,
son como infinitas.
  Tan fino la venero,
que burlan mis caricias
las de la flor gigante

que á Apolo siempre mira.
  Las imaginaciones,
que no se le dedican,
del pecho las aparta,
juzgando no son mías.
  Hizo las que mi fé
á su amor sacrifica,
mi empleo voluntarias
y su favor precisas.
  Cómo zagala hermosa
tu pluma solicita,
de edificio tan alto,
las últimas ruinas?
  Primero aquel planeta,
que es lámpara del día,
dejará la estrellada
zona, por donde gira.
  Ántes caducara
la firme edad prolija
del ave que en Arabia
nace de sus cenizas.
  Sean antes del mar
las ondas fugitivas
y las arenas de oro
contadas ó medidas.
  Que mis resoluciones
se tuerzan ó remitan,
ó por determinadas
ó por favorecidas.
  Ya que con tus consejos
mi voluntad implica
no fustres advertencias
de tu discreción hijas.

Haz que tu pluma vuele
en celebrar mis dichas,
del sacro arrebatada
dictámen de Talía.
Que yo de las que Euterpe
consonancias me dicta,
voto oblacion perpétua
á sus aras propicias.

ROMANCE.

A fuera, á fuera que sale
aquella airosa hermosura,
que por sol adora el Bétis,
siendo su oriente Sanlúcar.
A fuera, á fuera que sale
Francelisa hermosa, cuyas
dos luminosas estrellas
dejan las del cielo oscuras.
Sale á danzar y á su pié
áun el instrumento duda,
si debe más consonancias
que á la mano que le pulsa.
Ser Francelisa pudiera
bellísima sin segunda,
si la hermosa Ardenia no
fuera tan hermana suya.
De la firmeza una y otra
son tan apacible injuria,
que con sus mudanzas es
la estabilidad locura.

Para danzar con más alma
bandolera cada una
cuantas su vista saltea,
á su planta las vincula.
Las más lucientes estrellas
la procedencia renuncian
de las otras, y con éstas
entrar en danza procuran.
Mas como á vista de el sol
están las estrellas mustias,
viendo en estas soles tantos,
se quedaron á la luna.

ENDECHAS

No más amor tirano
que son para temidos,
de burlas tus favores
de veras tus castigos.
Sigante los dichosos,
que yo cuando te sigo,
por triste y desdichado
tu bien desacredito.
No mereciendo nunca
tus glorias, tus alivios,
estoy penando siempre
como el que ha merecido.
No ha sido culpa tuya,
desdicha mía ha sido,
cuando busqué el remedio
encontrar el peligro.

Por alcanzar tus bienes
tan desdichado vivo,
que los lloro acabados
antes de conseguirlos.
Adios amor tirano,
que al desengaño rindo
la libertad del alma
en firme sacrificio.
Y vos ingrato dueño
que siempre los oidos
negásteis á mis quejas,
burlando mis suspiros,
Sabed que en mi mudanza
serviros solicito,
pues más que obliga ofende
quien ama aborrecido.

ROMANCE

Qué importa que á mis deseos
se oponga tanto imposible,
si vivo, Celia, de amarte,
más que ellos de perseguirme?
Qué importa que tantos vientos
en mi daño se conspiren,
si el fuego se aumenta á soplos
y es mi amor fuego invencible?
De tus ojos no me falten
las estrellas apacibles,
que contra mi mala estrella
fuerza es que dos predominen.

Mas no será la influencia
del astro quien me persigue,
pues de méritos me sobran
para ser más infelice.
Para motivo me basta,
con que mis males se alivien,
saber que tu no los causas,
aunque no los contradices.
Agradecerles pudiera
el que mi pecho examinen,
que así dicen si es amante
quien á tanto golpe es Sirte.
Pero que valen firmezas
con el temor que me aflige,
de que han de hacerte mudable
las causas que me hacen firme?
Mátenme ya mis desvelos,
que aunque amor con ellos vive,
no puede haber mayor muerte
que vivir vida tan triste.
Al fin, en mi fin tendremos
yo y mi suerte nuestros fines
ella de adversa en matarme
y yo de amante en morirme:
Entre tanto será fuerza
que mi esperanza suspire
ver que lo que en otros facil
haga, en mí el amor dificil.
Y que de mi voluntad
el premio imposibilite
el saberse que te quiero
y que tú no lo resistes.
Llorad, llorad, mis ojos,

que el daño es insufrible
de que en sus mismas causas
mi esperanza peligre.

ROMANCE

EN LA MUERTE DE UN NIÑO

Tierna flor difunta oprime
la gravedad de esta losa
de tus alientos el día
que breves tuvo las horas.
En vano la muerte quiso
de tu esperanza envidiosa,
desde las primeras luces
reducirte á mudas sombras,
Pues los campos de zafir
viviente lumbre te gozan
que para ser hoy su estrella
fué la tuya venturosa.
La tierra de este sepulcro
fertil siempre á tus memorias,
del muerto grano que sella
diluvios dará de rosas.
Abriles desvanecidos
en su floreciente pompa
envidiarán tu fortuna
al rasgar Julio sus hojas.
Luz trémula, breve en fin
tu ocaso te fué lisonja,
pues en poca edad lograste
lo que en mucha mil no logran.

Esas cándidas cenizas
no tristes como las otras,
producen para la envidia
todo cuanto aquellas borran.
No pise huesped tu planta,
lección del tiempo tan docta,
mira el nacer y el morir
que breves distancias forman.

ROMANCE

Consolando á Antandra en la muerte de su hijo

Llora Antandra de envidiosa,
no de lastimada, á quien
en tus sentimientos libra
de su gloria el interés.
Breve flor que azules campos
pisa con ligero pié,
no llore verla inmortal
quien la dió caduco el ser.
Para coronar su frente
con emulación cortés,
ciñe jazmín á jazmín,
rosicler á rosicler.
Este sepulcro te engaña
donde hórridamente ves
reducida á polvo fácil
flor que maravilla fué.
Tus cuidados se limiten
con advertir que tal vez,

desde polvo donde acaba
comienza el Fenix á ser.
Cuantas flores conociste
vestidas de candidez,
nacer á un rayo del sol
y consumirse con él.
Breve es la edad, quién lo duda,
y que tiene la niñez
más losas para morir,
que cunas para nacer.
Mas no es bien que te lastimes
de esa rigurosa ley,.
pues en el golpe que lloras
fué piadoso lo cruel.
Si es fineza el justo llanto
injusta fineza es
sentir que á tí te está mal
lo que á un angel está bien.
No suspires más, Antandra,
por no desmentir la fé
de las delicias que hoy nacen
de las lágrimas de ayer.

ROMANCE

De tus achaques Marica
con tanta hermosura quedas,
que por tí puede decirse
no hay mal que por bien no venga.
Eras buena cuando sana,
y después de estar enferma,

no buena como solías
quedaste, sino más buena.
  La luz pareció faltarte,
y fué que el alma traviesa
para ser en tí más alma,
tomó de atrás la carrera.
  Tu pié negaste á las flores
que disculparon tu ausencia,
por ver que la cama hacías
á la flor de tu belleza.
    Aprendiste del Alba
  niña á ser bella,
  que ella saca sus luces
  de las tinieblas;
    Y tú, Marica,
  tu hermosura sacaste
  de tus fatigas.

ROMANCE

A UNAS MANOS BLANCAS

  Sin usar de más colores
porque el blanco es mi cuidado
para decir de las tuyas
me tomo, niña la mano,
  Deseando ser sucinto
recelo que seré largo,
pues dos manos de papel
doy á mi pluma por campo.
  Si me pierdo en tanto golfo,
para acogerme á sagrado

que de tu mano me tengas
humilde te estoy rogando.
Tus manos por vencedoras
de jazmín se han coronado,
y para ser invencibles
de punta en blanco se armaron.
No son de nieve, pues no
se desatan á tus rayos
si al sol viven, ni en un dedo
discrepan del alabastro.
No son nieve, aunque ella sea
para mí en Julio regalo,
pues con dos blancas de nieve
nadie así se ha regalado.
A las derechas son lindas
y yo no poco me espanto,
de que en cosa tan derecha
haya tanto garabato.
Soles parecen y veo
que no pueden ser contrarios,
esos dos soles con uñas,
á tu limpieza de manos.
De algún enojo imagino
habrás el cielo tomado
con las manos, y los cielos
en ellas se te quedaron.
Si contra alguno establece
tu rigor ser temerario,
de irte á la mano los cielos,
han de quedar muy ufanos.
Oh cuanto, niña, les debes,
pues de hermosura te han dado,
por libranza en mano propia,

esas dos firmas en blanco.
  Mas lo bello de tí misma
ha nacido, pues es llano,
que está en tu mano el ser bella,
como Dios hizo los campos.
  Jugar contigo y perderse
debe de ser lo ordinario,
porque á tu mano los triunfos,
se vienen como rodados.
  Mas quién jugando contigo,
podrá no perderse, cuando
juegas tú de mano, siendo
tuyas las mejores manos?
  Dar de mano presumiste
á lo hermoso, y en su daño,
á tus manos la hermosura,
in albis las ha dejado.
  Toda beldad te es deudora,
pues es de la tuya un rasgo,
mas por lo que se te debe
de tu mano te has pagado.
  No á poder de mudas son
blancas tus manos, pues hallo,
que áun siendo niñas de leche
hablan mucho por lo claro.
  Mas que el hablar es lo menos
que saben, he imaginado,
cuando tienen en la uña
los pensamientos de tantos.
  Naturaleza te hizo
de sus primores erario,
y aunque en la mano los tienes,
los das á ver por milagro.

¡Oh cuanto en mis versos, niña,
temo parecer villano,
si al darme tu mano pié,
nunca de tus manos salgo!
Mas como tus manos son
el pié que yo voy glosando,
perderé en tu mano pié,
si de tu mano me aparto.
Tibiamente he discurrido;
mas déjame disculpado
ver que tus manos han hecho
mi discurso maniaco.
Yo acabo; si de mi pluma
forman tus manos agravio,
haz cuenta que el mucho enojo
las tiene el color robado.
Lo que haré será á tus ojos,
pedir perdón entretanto,
y decir, pues me despido,
niña, que beso tus manos.

ROMANCE

Por ceñirse de laurel
compitiendo están las flores,
cuantas un vergel ameno
en varios cuadros d'spone.
Vecinos al tronco sacro
nacen unos girasoles,
acechando por vecinos,

de Apolo las pretensiones.
  Nace el lirio indiferente
á la vista en los colores,
pues de azul ni de morado
ni elije, ni deja el nombre.
  Mas siendo de amor y celos
las causas tan uniformes,
es morada y es azul
por celos y por amores.
  Las quejas son del jacinto
suaves respiraciones,
y de sus hojas el ay
siente que la noche borre.
  En traje de pretendiente
la azucena se compone,
y con blanca toga aspira,
á ser la flor de más porte.
  Hace del oro en su salva,
bizarras ostentaciones,
sabiendo que quien pretende
ha menester que soborne.
  Toda flor lucir desea,
que no es bien el que se esconde,
y la que es beldad al alba,
áun no es su sombra á la noche.
  Este ejemplo le decía
Daliso á la hermosa Clori
advirtiéndola que el tiempo,
huye con pasos veloces.
  Ay como acusan las flores
en tu belleza, Clori,
con fé de vidrio, corazón de bronce.

ROMANCE

Hermosísima Juanica,
de cuyo brío y donaire,
el rapaz de Cupidillo
dulcísimas flechas hace.
En quien ya la discreción
llega desde el genio al talle,
pues el talle como el genio,
se precian de muy buen arte.
Sin término lo valiente
tan felizmente repartes
por tus primores, que pueden
todos valientes llamarse.
Una experiencia te sobra
para mentir lo cobarde,
pues no la debiste en ella,
menos que á Venus á Marte.
Papel que paces firmó
á reñir pudo sacarte,
pues él paro en desafío,
que necias fueron sus pacos.
Luchaste por redimirle
con cinco cuerdas suaves,
y apretando las clavijas,
diste con todas al traste.
Todos tus rigores Celia
juzgó apacibilidades,
pues halló su quebradero

de cabeza en tu coraje.
Antandra á brazo partido
siguió contigo el combate,
pues al abrazo primero
á partírsele tiraste.
En caso de competencia,
dirás que como las partes
por lo más delgado quiebran,
fué bien por ésta quebrarse.
Inadvertida anduviste,
en presumir era fragil,
brazo que á ruegos valientes,
dar muy bien de codo sabe.
Y si de angel cabe menos
á las corporalidades,
cómo tan resuelto osó
ser tu rigor con un Angel?
Si tu cólera sedienta,
destrozos juró implacables,
buscará entonces tu sed,
satisfacción en mi sangre?
En fin de tu valentía,
hiciste rigido alarde,
y de Antandra un solo tris
valió en mí por muchos trases.
Aunque salió dividido
el papel en dos mitades,
á letra vista te dieron
sus letras los estandartes.
El campo quedó por tuyo,
mas no quedó tan de balde
por ser el campo de letras
que con sangre no te entrase.

Quejáronse tus mejillas
en diferencias de esmaltes,
de que exhalando una rosa
otra influyese corales.
No te quejes, no, del golpe,
pues ocasión fué bastante
para hacerte ver estrellas
tener á Antandra delante.
Buscando al golpe el cabello,
dicen que rompió su carcel
y en hebras de oro intentó,
hacer hilos de granates.
Sin ser Roma tu nariz
se vió junto á su homenaje,
al caer de las estrellas
concurso de cardenales.
No de lastimada llores,
que de un esfuerzo arrogante,
fueron siempre las heridas
los más ciertos memoriales.
Ni ménos te desconsueles
de que tan mal celebrase
tu bien lograda porfía
aquel poeta en pañales.
Tenerla por más feliz
juzgo que debieras antes,
pues para volar dió plumas
aún á las más torpes aves.
Hasta no sé que avefría
salió con su chiqui chaque,
sacando por las narices
entre mocos asonantes.
Este á gallo se introdujo

sordo á ejemplos Florianes,
errando en solemnizar
por tuyo sus muladares.
Y es que como en la basura
te puso de su romance,
aún siendo la caca suya
no quiso que se callase.
De consonantes modorros
y tanto dale que dale,
qué pudo ser el poema
sino un sucio badulaque?
No te desconsueles, niña,
de que á tus prendas amables
haya cabido por suerte,
ese poeta de lance.
Golondrino que ahora pía,
avechucho que ahora nace,
pues así en servirte empeñas
todo picante y manzante.
Yo que á tus ojos observo
respetos familiares,
de pluma te doy casera
estas coplas tales cuales.
Con esto me las deshonro,
que un tal por cual es achaque,
de que en voz de las fruteras
enferman los ganapanes.

ROMANCE

A CLORI ENFERMA DE CIERTO ACHAQUE, PARA CUYO REMEDIO LE ENVIARON UN CESTILLO DE RANAS QUE HABÍA DE APLICARSE EN LA PARTE LESA

Clori, dado me han pormenores
que adoleces de un achaque
tan particular que ocupa
tus particularidades.
Consuélete el que aunque no
son cosa de aire tus males,
dicen que donde te duele
es todo una cosa de aire.
Que es enfermedad la tuya
dicen de cani-culares,
cómo á donde no dá el sol
dan esas enfermedades?
Si fueran de mal francés
tus composturas capaces,
francés juzgara yo un mal
que viene á ser de la sangre.
Admírame que no sean
los remedios eficaces,
si al recibirlos los guiñas
del ojo porque te sanen.
Mas que mucho que ofendidos
ellos tu dolor no aplaquen,
si de enojo, ó de desdén

te los metes donde sabes.
Tu mal dicen que es malicia
y de tí suelen quejarse
por ver que aun siendo remedios
los echas á la peor parte.
Mas no dejan de venirte
también los chicos y grandes
como dedo, donde dice
el libro de los refranes.
Corriente va mas quejoso
Tagarete, de que le haces
boticario, tratando él
solo en perlas y cristales.
Bote de tu medicina
hiciste su verde margen,
donde á un récipe de ranas
tu cura fió tu achaque.
Las que has cogido se quejan
cuando de un arrabal salen
de ver que su mala suerte
las llevó á tus arrabales.
Una rana más parlera
que sin duda en varios lances
de red, si no de fortuna
se ha visto, dijo: escuchadme.
Ranas son cuantas en esta
cesta, condenadas yacen
á pastel, pues nos esperan
repulgo, hojaldrado y carne.
Ingrata Clori procedes
con quien siempre en celebrarte
se ocupó, pues nunca supo
mas tonos que Clori y Clari.

A ser traidora te enseñan
tus mismas enfermedades
que por detrás te lastiman
y no las ves por delante.
Llaves, dice, parecemos
al morir, pues que nos cabe
la compañia que suelen
dar al manojo de llaves.
Yo fio que tus rigores
á nuestras quejas se ablanden
pues todo cuanto te aplican
tan de tu servicio lo haces.
Pero que no nos envuelvas
con pelos, he de rogarte,
pues ves que andamos con ellos
de riña á nativitate.

ROMANCE.

Para quien es todo amor
poco importan imposibles
que nunca helaron las ondas
el pecho abrasado al cisne.
Una deidad idolatro
á cuyo blanco pie rinde
siempre lisonjera el alba
sus claveles y jazmines.
Venus cuyo mar mi fé
navega tan infelice
que el viento á la vela es calma
y al remo la espuma sirte.

Ni forzado en mi amor remo
ni en mi voluntad soy libre
hago en querer lo que quiero
y quiero lo que me impiden.
Bien, hermosísima Antandra,
conoces mi fé invencible
con quien ni el diamante eterno
ni el duro bronce compite.
Si lo que yo siento sientes,
con que quieras como dices
serán dichosas mis penas
pues las debo á hallarte firme.

ROMANCE

A LAS DAMAS DE UMBRETE
EN UNAS VENDIMIAS.

¡Oh que bien que los Octubres
de los mas floridos meses
triunfan armados de flores
en la campaña de Umbrete!
Las plantas fueran despojos
de tanto rayo celeste
si al darlas del pié no hallaran
que á tu contacto florecen.
Quédense atrás los abriles,
que de beldades mas fértil
primavera el campo todo
quiere que por suyo quede.
Mas si vá el Abril delante

será para que confiese
ó que de corrido huye
ó que de cobarde teme.
Traje militar vestidos
los cortesanos claveles
hoy con menos Pompa lucen
que los pámpanos silvestres.
Quien resistirse á las armas
de tanta beldad supiese
libre pudicra llamarse
pero dichoso no debe.

ROMANCE.

Vuelve, pastora, á la aldea,
no busques el prado, pues
temen tu vista los olmos
como las flores tu pié.
Ligera hermosa Diana
si del monte vas á ser
en la aldea tus harpones
se podrán lograr más bien.
Y si los pasos destinas
á ser del campo desdén
en vano contra las flores
te quieres armar cruel.
Mira que también tu Abril
sujeto vive á la ley
que ha de marchitar la pompa
de tu hermoso rocicler.
Lo verde pues de tus años

soledad no afecte, que es
desdoro de la beldad
no dejarse conocer.
  Pastora, vuelve á la aldea
que en ella tendrá también
despojos tu duro harpón
rendimientos tu altivez.
  Copiara aquí tus colores
quien no como el Mayo dé
al olvido tu hermosura
sino á perpétuo pincel.

ROMANCE.

  Tortolilla que á tu amante
requiebras tan tristemente,
¿para qué son los gemidos
si sabes lo que te quiere?
  Canta con más alegría
que podrá amor ofenderse
de que haciéndote dichosa
de estar quejosa no dejes.
  ¡Cuán otra de tu fortuna
es la de aquel que desmiente
con los contentos que finje
los rigores que padece!
  No son desdenes de Antandra;
que ya, ¿quién hace desdenes?
pues llegó á escuchar amores
pudo ser que los creyese.
  Cuan más duro es el rigor

hecha la tierra alaba noche y día,
al que dice loores
el mar con su argentada melodía,
al que en grave concento
celebra el estrellado firmamento,
Al que modera solo
de cielo, tierra y mar la pesadumbre,
y de un polo á otro polo
cuanto se vé crió viviente lumbre
reduce á claustro breve
la que en blancura deja atrás la nieve,
A quien las dos vistosas
lámparas de esa bóveda flamante,
y en fin todas las cosas
siempre humildes contemplan el semblante,
de la flor que le incluye
mas que del sol la vana sombra huye,
Oh Bienaventurada,
aquella en quien tan alta dicha cupo
que al que formó de nada
todo el Orbe, imitar supo
que estrechando Él la tierra,
ella en arca menor á Dios encierra.
Oh tu dichosa, cuanto
pudo ser la que tuvo por esposo
al Espíritu Santo
por ministro un espíritu glorioso
y de entrañas lucientes
dió á luz al deseado de las gentes.
Gloria le dé á tu nombre
Señor, toda viviente criatura;
pues quisiste ser hombre
en el albergue de una Virgen pura.

Contigo sea alabado
el Padre y el Espíritu sagrado.

III.

Oh gloriosa Virginum.

Reina de la gloria,
que lúcidas sendas
de estrellas caminas
mas radiante que ellas,
Criaste al que cría
el cielo y la tierra,
si él con su palabra
tú con dulce nectar.
En la flor hallamos
de tu primavera
cuanto bien perdimos
por la fruta de Eva.
Quien de los mortales
ver á Dios pudiera,
si tú de los cielos
no fueses la puerta?
Tú eres el camino
por donde se llega
al luciente solio
en que Dios se sienta.
Por tí conseguida
su dicha celebran
los que de la gracia
gozan dulces prendas.
A Dios hijo tuyo

gloria se dé inmensa,
el cual con su Padre
y Espíritu reina.

IV.

MEMENTO RERUM CONDITOR.

Reformador del mundo,
acuérdate, Señor, que ya vestido
de nuestra humanidad, Adán segundo,
buscaste albergue en el vergel florido
donde nunca violó descomedido
acero, flor ni planta,
y de esta tierra virgen, pura, santa
Lirio naciste cándido, oloroso.
De tí, oh vergel hermoso,
abismo de piedad, bella Maria,
ya la necesidad, ya el amor fía,
que de nuestro enemigo riguroso
seguros nos hará tu brazo fuerte
ahora y en la hora de la muerte.
Gloria, Señor, los ángeles te digan
porque naciste de tan bella Madre,
todas las criaturas te bendigan,
y del Reino en que vives con tu Padre
y el Espíritu Santo, Deidad una,
tu favor nos conceda prenda alguna.

EL CÁNTICO DE NTRA. SEÑORA

MAGNIFICAT ANIMA MEA DOMINUM.

Al Señor engrandece
devota, ánima mía,
en quien te alegras cuando
tu salvador le miras.
Porque en su humilde Esclava
ha puesto Dios la vista,
las generaciones
dichosa me apellidan.
En mí obró omnipotente
hazañas nunca oidas
aquél en cuyo nombre
la santidad se cifra.
Cuyas misericordias
en las genealogías
de los que le temieron
se hallaron por divisa.
Si el brazo invicto ostenta
ya pierde, ya derriba
con implacable enojo
la ambición presumida.
Así á los poderosos
depuso de sus sillas,
y á la humildad en ellas
dió gloriosa acogida.
Dió á los que padecieron
hambre y sed de justicia

cuantas la pompa humana
ha malogrado dichas.
Su tierno pueblo amado
recibió con benigna
misericordia, siempre
en su memoria viva.
Porque á los Patriarcas
prometió vencerían
en edad sus favores
á las edades mismas.
Gloria al Eterno Padre
y al Hijo de María
y al Espíritu Santo
siempre los cielos digan.

EL RITHMO

que se dice en las misas de los difuntos.

DIES IRÆ.

Aquel día espantoso
cuando de Dios las iras
resolverán el orbe
ya en humo, ya en ceniza,
Aquel en que el Supremo
juez de nuestras vidas
en escuadrón de rayos
vendrá para inquirirlas,
El clarín formidable
de remotas provincias

convocará los muertos
á que á su causa asistan.
Helaráse la muerte
al ver que resucitan
con vital movimiento
las pavesas mas frías.
Saldrán á luz las hojas
adonde tiene escritas
las culpas de los hombres
la indignación divina.
Ponderará el juez
en su tremenda silla,
los más leves pecados
las más sordas malicias.
Ay de mis culpas graves
si Dios las fiscaliza!
¿qué hará un alma asquerosa
temblando las más limpias?
¡Oh Magestad excelsa!
si méritos no miras
de tu piedad me bañe
la fuente cristalina.
Mira, juez piadoso,
que en tu favor confía
quien por gozarte fué
causa de tu venida.
Cansástete en buscarme,
y de tu Cruz prolija
no querrás que malogren
el fruto mis desdichas.
Antes que de mi cuenta
se ajusten las partidas,
con tu misericordia

se temple tu justicia.
Como culpable lloro
las confusiones mías
que tu severidad
dispongas te suplican.
Tú que á la Magdalena
perdonaste y á Dimas,
de la suerte de entrambos
me diste expectativas.
Aunque de tus orejas
no son mis voces dignas,
por tu benignidad
de tu rigor me libra.
Dame entre las ovejas
amorosa acogida,
no sigan mis despeños
las cabras fugitivas.
Al castigar las llamas
las ánimas precitas,
merezca yo lugar
entre las escogidas.
Que de mi fin te acuerdes
para que yo consiga
tus favores, te ruega
mi voz enternecida.
¡Oh tiempo en que será
del alma revestida
para oir su sentencia
toda mortal reliquia.
¡Oh Redentor eterno,
merezca tus delicias
quien hoy de tus rigores
apela á tus caricias.

ENDECHAS.

CONTRA FOLIUM, QUOD VENTO RAPITUR, &.
(JOB, 13.)

Amante dueño mio,
como (divino amante)
con mis suspiros treguas
vuestro rigor no hace?
De poder invencible
haceis rígido alarde
en una rama leve
en una pluma facil.
Cual arbol por Octubre
ha podido gloriarse
de resistir sus hojas
al ímpetu del aire?
Cual engreido junco
presumió de constante
al golpe de las olas
que le calzó cristales?
Cual flor que de la aurora
entre los brazos nace
dijo que alguna estrella
la vió sin marchitarse?
Cual sauce se alabó
de que el cierzo implacable
prendiese en su melena
sin que su pié temblase?
Cual cedro que se opuso
al aquilón sonante

exento vió su tronco
del temor de quebrarse?
Cual gavia que á Coluro
ha introducido el mastil
no crugió temerosa
de alguna nube errante?
Cual monte que en firmeza
se burló del diamante
no receló la furia
del rayo formidable?
Si monte, mastil, cedro,
arbol, junco, flor, sauce
de tu leve porfía
mísero son ultraje,
Que mucho, amado dueño,
que el hombre que formaste
de polvo menos firme
ceda á mayor combate?
No al rayo, no á los vientos,
no á las nubes y mares,
sino á tu omnipotencia
solo á tí semejante.
Deja de perseguir
la hechura que criaste
si no por tierra humilde
por de ti mismo imagen.
Mas si rigores quieres
que su diadema labren
multiplica las fuerzas
cuando aumentas los males.

ROMANCE

Dando vaya á la culpa por haber quedado vencida en la Concepción de María Santísima

Contra la culpa estos versos
escribo, quién tal pensara
que dé yo al diablo mis coplas
no siendo mis coplas malas?
Por lo menos son valientes
pues son á lo de la Mancha,
vaya de versos; que bien
he introducido la vaya.
Lanzas quiebro; mal seguro
estás, demonio, pues llama
cosa será que peligras,
siendo tú tan linda lanza.
De mi jabón esta vez
por piel de diablo no escapas,
pues se halla para esas pieles
quien sepa zurrar badanas.
La piel del diablo te dije
y no sé que tal piel haya
pues ha muchos años que
por un desollado pasas.
De agenas pieles si creo
que debes de hacer tus máulas,
pues es cosa bien sabida
que eres un desuella caras.

Dicen que á una niña hiciste
guerra, ántes yo imaginara,
que siendo tu quebradero
de cabeza, la adorabas.
También te quebró la pierna
comió á la costumbre mala,
y los muchachos por eso
diablo cojuelo te llaman.
Ella el pié en tu cuello puso,
(¡oh qué dulce consonancia!)
pues lo que es pisarte el cuello
fué hacer pasos de garganta.
Tres amagos, tus ahincos
han sido una patarata,
quien toda es sol, cómo pudo
tener miedo de fantasmas?
Acechó á esta hermosa niña
tu rigor para mancharla,
y aunque es muy discreta, nunca
cayó en lo que era desgracia.
Jamás presa en su pié bello
hicieron tus uñas largas,
y es que al verla tan hermosa,
te las mordiste de rabia.
Fuente es sellada María,
y huyes viéndola tan clara;
gato escaldado te miro,
pues tienes miedo del agua.
Gato eres, no hay quien lo dude
pues á quien mira en lo que andas,
le dice lo que te quemas
que eres el gato sobre ascuas.
De María el bello sol,

con tus sombras amenazas,
y fué el sol de mediodía
pues te ha hecho la mostaza.
Lucido salir quisiste
de la empresa, y tu arrogancia,
no se quedó muy á oscuras,
pues se quedó entre las llamas.
Desvelaste en argumentos
que á tu envidia satisfagan,
y eres más necio, aunque más
se te quemen las pestañas.
Mas como ves que te silban,
que te mofan, que te ultrajan,
de corrido y de confuso
pones de un diablo la cara.
Consuélete en tanta pena,
que quien más mal te trata,
confiesa que eres persona
de humos, por el que tragas.
Y queda para quien eres
que no quiero más venganza
de tí, que ver que por Julio
estás atizando brasas.

ROMANCE

Á San Juan Bautista

Que dulcemente risueño
se mueve el Jordán, y hace
donde articular su risa,

labios de uno y otro márgen.
Tan loco vá de contento,
que habiendo de hacerle grave
de su espuma, y de su nombre
lo cano y lo venerable.
Libre corre, salta alegre,
huye veloz, juega fácil,
y de un prodigio al indulto,
rompe su arenosa cárcel.
De un prodigio que en la tierra,
como no cupo por grande,
por gozar más cielo á ser
deidad de sus ondas sale.
De madre el Jordán salió,
aprendiendo á destetarse
de arroyo, porque un niño
deja tan niño á su madre.
Niño es en la edad, si bien
á la adoración gigante,
de la fama en todo el bronce,
su menor gloria no cabe.
Quien será sino el Baptista
este, á quien nunca alabarle,
supo humana voz por ser
asunto un angel, de un angel?

Nueva primavera
para el mundo nace
cedan los abriles
á estas Navidades.

LOA

Al Nacimiento de San Juan Bautista

PERSONAS

Fama, Mundo, Envidia

Fama. Dichosa he sido en hallarte,
todo el cielo he discurrido,
Mundo, sin dejar de cuanto
doran sus claros zafiros,
punto que mi vista pierda,
eco que mienta mi oido
sin dar á tu sombra alcance.
Que te has hecho, que no he visto
en tí otra vez tal ausencia,
tal embozo, tal retiro.

Mundo. Que mucho que no me encuentres,
Fama, qué mucho que el tino
de tus cuidados en mi
burle veloces designios,
si yo apenas me conozco?
Tan fuera estoy de mi mismo,
tan lejos de que soy Mundo,
ó me conozco, ó me admiro,
que infierno me siento, cuando
en un ciego laberinto,
perdidas todas las cosas,
casi sin remedio miro.

Y como en un torpe caos,
rebujado y confundido
halló el aliento, y el miedo,
veo el temor, dudó el brío,
venciendo la estratagema
de la verdad al aliño.
Qué mucho que no me encuentres,
si pisando tú el Olimpo
tan léjos del cielo estoy,
que parece que infinito
intérvalo nos aparta.
pues comparado conmigo
si él de armonías se adorna,
yo de confusión me visto;
si él de quietud, yo de guerra;
si él de virtud, yo de vicio.

Fama. En verdad que lo asegura
ese fino basilisco
Mundo, con quien te acompañas.

Envidia. Caso viene á ser preciso
que haya Envidia, habiendo Mundo.
Tan juntos los dos nacimos,
aunque de mejor linaje
soy yo que él, pues mi principio
fué en el Cielo, mas no importa
decir quien soy, solo digo
que no es novedad que yo
venga con el Mundo.

Fama. Admito
tu discurso, pero advierte...

Envidia. Dí solo á lo que has venido,
que no estoy despacio, y son
tus episodois prolijos.

Fama. Digo pues, Mundo, que ahora
notorio en el Cielo ha sido
que en los montes de Judea
nació un bello infante, un Niño,
cuyo alegre nacimiento,
la gracia velóz previno.
(Prímo es noble de un Monarca
que al mismo tiempo se dijo,
que en puro virgíneo claustro
se albergó humilde y benigno.)
Tan de todos esperado
y tan de todos querido,
que muchos por su grandeza,
sospecharon era Cristo.
Oilo en mi excelso trono,
y á averiguarlo he venido,
pues que toca celebrarlo
en eloglos sucesivos,
de este sonoro luciente;
metal que imperiosa animo.
Mundo. Escucha.
Envidia. Sin que te canses
yo me prevengo á decirlo.
Mundo. Calla Envidia.
Euvidia. Mundo calla.
Mundo. Conócesle tú?
Envidia. Es mi hechizo.
Mundo. Hásle hablado?
Envidia. Es mi tormento.
Mundo. Dí quien es?
Envidia. Es un abismo.
Mundo. Podrás alabarle?
Envidia. Sí.

Mundo. Cómo, si siempre tu estilo
todo cuanto toca mancha?

Envidia. Facilmente, pues le envidio.

Mundo. Dices bien, que el envidioso
nunca ignoró los caminos
del envidiado, pues muere
de saberlos y inquirirlos.
Dí pues, quién es Juan, Envidia?
pero advierte que te aviso,
que es pedirte en sus elogios
el empeñarte en decirlos.

Envidia. Fruto de humilde linaje,
nació entre peñas y riscos
un infante, á quien el cielo
dió por caudal un pellico.
De tres años desterrado
de su doméstico abrigo
huesped las selvas le vieron
de sus palacios umbríos,
voz que alteraba los montes,
clarín ronco, triste grito
que á los hombres enseñaba.
Tórtola humilde del prado,
que el aire hería á gemidos
sin que el hombre ni áun el ave,
facil se parase á oirlos.

Mundo. Calla villana,
cierra el labio basilisco,
que equivocamente quieres,
encadenando delitos
disimular la ponzoña,
en nevado hermoso vidrio.
Impuro labio gobiernas

aspid, escorpión impío
que aparente lisongeas,
y descompones fingido.
Oye, Fama, escucha ahora
para que al metal más fino,
de tu clarín nunca falte
asunto en que hayas de herirlo.
De dos familias hermoso
parto, sino del Real Tribu,
nació Juan profetizado
de celestes vaticinios.
Aharon y Levi le dieron
ascendencia, ya lo he dicho,
linajes que le declaran
noble, generoso y rico.
En los montes de Judea,
dulce espanto del oido,
dichoso pasmo del alma,
sus montañeses vecinos
le admiraron; mas qué mucho,
si después de concebido,
fué admirable á los seis meses,
primero santo que visto?
¿Quién vió tal dicha? ¿Quién pudo
sondar tan inmenso abismo?
Mas cuando en Juan no se pierden
los números y guarismos,
visitando de aquel Dios
que desde *ab eterno* quiso
vestirse en tiempo de humano
y hecho hombre redimirnos,
se halló Juan y en la prisión
del vientre materno hizo

á este Dios mayores fiestas,
más gloriosos regocijos,
que el orbe todo pudiera
á saberlo prevenirlos.
Saltos daba de contento,
tanto que se halla quien dijo,
lucero fiel de aquel sol
que nunca cupo en los signos.
Criose no tan grosero
como miente ese engreido
mónstruo de la Envidia, aborto
de los globos cristalinos.
Criose así como prenda
dulce de Isabel, é hijo
de un gran sacerdote, y siendo
su padre el primer ministro,
dicho se estaba que Juan
no se vió tan desvalido.
Persiguió el ódio á su padre,
y Juan huyendo el peligro,
porque á mayores empresas
le guiaba su destino,
se retiró á las montañas
de tres años, dulce asilo
de las quietudes del alma
y gloria de los sentidos.
Allí tal vez le sirvieron
de pabellón los lentiscos,
de catre hermoso las flores,
y entre rosas, y narcisos
se vió el Adonis del cielo
honestamente dormido.
Tal vez de una parda peña

chupaba el nevado hilo,
que líquida plata hilaban,
los claveles y los lirios.
  Tal vez al dulce remanso
de un arroyo fugitivo,
dedicó el alma, á mejores
contemplaciones y avisos.
  Tal vez le sirvió de mesa
mantel de esmeralda fino,
la grama, á quien daba Juan,
sólo con la vida aliño.
  Allí la silvestre miel,
que labró el sabio artificio
de la abeja en las entrañas,
ó del roble ó del aliso,
sazonaba las langostas
que en vegetales racimos,
le ofreció dorada copia
el lisongero arbolillo.
  Digo, pues, que de ordinario
langostas y miel le vimos
ser su sustento, endulzado
con lágrimas y suspiros.
  Crecía Juan desta suerte,
sólo de virtudes rico,
ceñido de pieles, burla
de las púrpuras de Tiro.
  Allí el cielo con lloverle
sus eficaces auxilios,
prodigio le vió de santos,
mayor que todos le hizo.
  Creció voz, creció portento,
tanto que en el yermo mismo,

Reyes su auditorio fueron,
cuando en el celo encendido
de Dios, pedía á los hombres
que llorasen sus delitos.

Ciudades eran las selvas,
los bosques reales caminos,
sin que peregrino el hombre
se hallase en ellos perdido,
porque áun los desiertos eran
devoción de peregrinos.

Penitencia era su voz,
virtudes eran sus gritos,
despertando á ócios mejores,
á quien dormía en sus vicios.

Este, Fama, es Juan, aqueste
es el milagro que has visto:
el hombre por quien preguntas,
la aurora que hoy ha nacido.

La estrella de Venus, este,
este el bello Paraninfo
que del Verbo embajador,
es prólogo de su libro.

Este es Elías segundo,
este el profeta más vivo,
este el confesor más santo,
este es el virgen más limpio.

Este el mártir más valiente,
este el más profundo abismo,
y este es por decirlo en breve,
del Verbo encarnado primo.

Fama. Notable cosa, no creo
que han de sujetar el juicio
los hombres á estas verdades.

Mundo. Todos están prevenidos
á su crédito, y á Juan
áun sus mismos enemigos
le rinden los corazones,
le consagran los cariños.

Envid. Oh! pese á mi mal, oh pese
á cuanto ardor no vomito!
Mongibelo que se enciende
en mi pecho reprimido.
Miente el mundo, mas no miente
que mal mi furor resisto,
miente el mundo, mas qué importa
si abrasándome lo digo,
y á tanto volcán no hay nieve
que helar pueda el pecho mío!
Dice la verdad el mundo:
más es Juan de lo que he dicho:
poco papel es el cielo
para anotar sus prodigios.

Fama. Mundo, envidia, fieras, aves,
hombres, peñas, fuentes, ríos,
mares, Juan es la mayor
criatura que el orbe ha visto,
Juan es la suma de todo,
Juan es el mayor hechizo
de la voluntad de Dios,
pese al infierno el oirlo
aliente al mundo el creerlo,
la Fama soy que lo digo.
Todos le aclaman por grande.

Mundo. Vive, generoso Niño,
á quien del mayor querube
tocó el trono más altivo.

Envid. Vive, hechura de la mano
del Artífice divino,
rayo de sus mismas luces
y luz de sus mismos visos.

Fama. Salve, antorcha de los cielos,
espejo de Dios, abrigo
donde descansó de cuantas
obras por el hombre hizo.

Mundo. Salve, aliento de los hombres,
báculo de los rendidos,
vida de los muertos, sol
que alumbra á los ciegos mismos.

Fama. Salve, Juan.
Envid. Baptista, salve.
Mundo. Para que al trabajo alivio.
Fama. Para que al dolor consuelo.
Envid. Para que esfuerzo al rendido
siempre seas.
Seas cuanto
dulcemente solicito.
Fama. Cuidadosamente anhelo.
Mundo. Religiosamente sigo.
Envid. Dando á nuestras confianzas
Fama. Seguridades propicio.
Mundo. Dichas piadoso, y perdón
á las faltas que incurrimos.

ROMANCE

A San Juan Evangelista en el martirio de la tina.

Qué sentido un arroyuelo
lágrimas sus ondas hace,
porque de un incendio estorbos
no pueden ser sus cristales!
Abrasarse un fenix mira,
y sin mirar que renace
de su mismo incendio, quiere
ser urna de su cadáver.
Tanto su dolor le hiela,
que porque cinceles labren,
el epitafio en sus losas,
sus rizos parecen jaspe.
Mas viendo que de la hoguera,
sólo para coronarse,
anima los resplandores,
burla las actividades,
Su puro cristal envidia
cuantos en la tina arden,
para bárbaros verdugos
ofensivos materiales.
Que si á ofenderle dispuestos,
supieron lisonjearle,
¿qué llegará á hacer quien siempre
lenguas en sus glorias se hace?

Deidad le jura el arroyo,
y de su arenoso margen
sólo por besarle el pié
quisiera romper la carcel.
Como el fuego burlas,
Fenix de las aves,
los arroyos libres
salen hoy de madre.

LOA

AL MISMO ASUNTO

Fama.

Todo el orbe he discurrido
y de su espacio confuso
no ha perdonado mi examen
aun los más inciertos rumbos.
Las provincias más remotas
y los reinos más difusos,
al registro de mis alas
su mismo interés expuso.
Y en cuanto los ojos miran
de ese planeta divino,
de quien son cuna los montes
y son las aguas sepulcros;
Mas alto empleo del bronce
que con las glorias ocupo,
de tanto invencible héroe
como celebro y divulgo,
sin mentir la diligencia

hallar no he podido alguno,
como aquél de quien amante
ser Dios solamente supo.
   Diré su nombre que es Juan,
porque cuando lo pronunció,
glorias á la voz ofrezco,
néctares al labio infundo,
de cuya pureza rara
soberbiamente importunos
los armiños, los cristales
pretendieron ser dibujo;
pero con su candidez
comparados uno á uno,
fueron los armiños feos
y los cristales impuros.
   Plumas y voces celebran
el pájaro sin segundo,
que en los montes de Pancaya
de inciensos y calambucos
construye olorosa pira,
de cuyos ardientes humos,
de cuyas cenizas blandas,
informe gusano rudo
á nuevo siglo se hereda,
vistiendo el plumaje culto,
que al múrice en lo encendido
vence, y al oro en lo rubio;
pero aun es su vida breve,
aun son sus años caducos,
pues en ceniza y gusanos
pára su animado curso.
   Mejor Fénix, mejor Fénix
es aquel con quien no pudo

el fuego mostrar sus bríos
ni la llama sus impulsos;
porque al presumir quemarle
tanto fué el temor que tuvo,
que de miedo quedó helado
y de espanto quedó mustio.
Mas de este solo ademán
Juan como fénix redujo
á su vida más alientos
y á su valor más triunfos;
no se fabricó la hoguera
de los leños que produjo
la Arabia, ni de las gomas
desatadas de los nudos
de los árboles sabeos
de pez y resina injusto,
nido le hace el rigor
de algún bárbaro verdugo;
porque renaciendo de este
hórrido albergue, más puro,
se conozca que en él hay
contra la muerte estatutos.
De un monte á otro monte vuela
el fénix, y albergue suyo
afectan ser las coronas
de los collados robustos;
siga el pensamiento humano
de Juan el vuelo difuso
verále pisar estrellas
y dejar atrás coluros;
las esferas luminosas
que de brillantes carbunclos
sembradas son trono breve

cuando no dosel augusto
de la Magestad suprema,
que su fábrica compuso
para hermosa ostentación
de su poder y su gusto,
no son rumbo inaccesible
ni son imposible asunto
el aliento de sus alas,
ni de sus pasos el curso.

De este, pues, Fénix sagrado
que en más soberanos usos
que aquel que tanto celebra
la vana opinión del vulgo,
plumas juega, olores arde,
vida guarda, ostenta indultos,
pisa esferas, bebe rayos,
siglos vive, canta anuncios,
pájaros hace reales
la fé de ser sus alumnos,
ó la ambición de ofrecerle
los corazones por culto.

Yo, que de su vida rara
á tiempo más oportuno,
he de fiar los sucesos
á voz blanda, á bronce duro,
hoy solamente publico
lo que á esas llamas escucho,
que lenguas vivas se han hecho
por hablar lo que divulgo.

Y aunque á mí como á la fama,
el orbe me dá tributo,
porque de inmortalidad,
vista aún los hechos ocultos,

de este prodigio que aclamo,
de este milagro que anuncio,
de este asombro que venero,
y de esta deidad que juro
al fuego, al calor, al rayo,
¡oh, qué dichosa que juzgo
si llega á ser mariposa,
que en sus cercos me deslumbro!
Páre en sus glorias mi acento,
que lo que de ellas promulgo,
siempre lo que debo es poco,
siempre á lo que pudo es mucho.

ROMANCE

A San Juan Bautista.

Adónde, zagal, te lleva
tan alta resolución;
para niño muy discreto
muy niño para pastor?
Si te llama la aspereza,
para lograrse tu ardor,
deja que mida la edad
con las fuerzas la intención.
Pecho varonil ostentas,
pero de Isabel los dos,
más propios son de tus años,
que el pellico y el bastón.
¡Ay qué valor

que al desierto vas,
Niño Precursor.
Camina al monte
donde Venus la Gracia,
te llame Adonis.
Pero tan Niño,
serás entre las flores
sacro Cupido.
Si á la soledad aspira
tu penitente rigor,
cómo al impulso del arco
robas tanto corazón?
Bandolero de las almas,
sigue el destino veloz,
que gloria será el rendirse
á tu amorosa prisión.
¡Ay qué valor! &c.

LOA

AL MISMO ASUNTO

Fama.

A de la montaña cuantos
de vacas ó de corderos
sois mayorales, y cuantos
herís con diente de hierro,
la tierra en peinados surcos,
sobornándola sedientos,
para que en fértiles copias
os pague anuales feudos;

A de la montaña, incultos
huéspedes seais de sus yertos,
siempre helados obeliscos,
ó de sus valles amenos,
cortesanos, todos, todos
atended mi voz gustosos,
dejando en los esperezos,
últimos para escucharme
vencido el rigor del sueño.
Pasto soy de estos paises
tan gustoso, que os prometo
dudar si fueron mi cuna,
estos astros ó estos cerros.
La Fama soy, que nací
para dar á los extremos
del mundo, el gozo mayor
que ha esperado su deseo.
En una alada carroza,
que rápido anima el cierzo,
á que ruede por Coluros,
á que pise paralelos,
parto á decir lo que ahora,
vuestros ánimos suspensos,
pendientes de mi clarín
dejará de gozo llenos;
los números al sonoro
metal, que festiva aliento
registre atento el oido,
que á vosotros los primeros,
ha de informar mi cuidado,
de lo que tanto severo
suspiro, y tanta esperanza
á Israel le está debiendo.

Sobre los montes altivos,
la noche su pardo velo
descogido habia, y ya
los encendidos luceros
á rayos iluminaban
todo el azul pavimento;
ya de la triforme diosa,
las coyundas al sereno
coche regía la mano,
intimándoles silencio
á cuantos tumultuaron,
en ordinarios estruendos
la voz del día, y á cuantos
del perezoso Morfeo,
siguen las sombras caducas
en apacible embeleso.

En casa de Zacarías,
varón del tribu supremo
del gran pontífice Aarón,
nació, nació... aquí comienzo
á dar la nueva más grata;
nació, nació... ¿Que entretengo
con prólogo la alegría,
con círculos el contento
de haber nacido Juan?

Es el desvanecimiento
de todas las doce Tribus,
lisonja dulce á los cielos.

Nació Juan en quien cumplidas
tantas promesas se vieron;
de Dios en los vaticinios
que os aseguro que ha hecho
de su poder soberano

el más felice diseño,
que han admirado los siglos
desde el lustro en que nacieron.
Despertad al alborozo
con que desde hoy me prevengo
solícita á celebrar
este hechizo, este portento
del mundo, este hondo abismo
de gracia, será á los tiempos
futuros gustoso aplauso,
noble asunto, dulce empleo.
Este, á quien antes de darle
el aura el primer anhelo,
comenzó á ser prodigioso,
ya visitado del verbo
en el cláustro de su madre,
honra grande, de que fueron
índice los alborozos
de su extraño movimiento.
Este, á quien en lo escondido
de aquel retiro materno,
resplandecieron las luces
de la gracia, antes electo
por voz, que supiese hablar.
Precursor y mensagero
del sol divino, forzoso
era llenar los primeros
resplandores, como aurora,
para dar al mundo ciertos
presagios de que rayaba,
ya la luz del Evangelio.
Hoy tierno infante le abriga
Isabel en blando seno,

absorta de que á las causas
desmintiesen los efectos.
  Hoy entre tiernos gemidos,
entre apacibles pucheros,
humedece las pestañas
de blando aljofar; ¡qué bellos,
graves, hermosos, respiran
las orbes de sus ojuelos!
pues apenas en sus labios
se explicarán sus conceptos,
cuando en valor grande mude
el pueril encogimiento;
antes que un lustro le adorne,
y antes que con pié ligero
cuatro veces ilumine
el zodiaco del cielo,
esa lámpara del día
luciente pastor de Admeto,
con tres años de edad solos,
emprenderá del desierto
la aspereza rigorosa,
ermitaño tan austero,
que de sí mismo el rigor,
se admirará en sus esfuerzos.
  Yace junto aquellos montes
un llano, á quien el invierno
jubiló de sus escarchas,
y dió excepción de sus hielos;
donde en perpétuos abriles
gozan las flores su aseo,
las aves su regocijo,
grata suavidad los vientos,
tan galán, que por adorno

lucido le cruza el pecho,
banda de aguas el Jordan,
á quien le chupan sedientos
el néctar puro los sáuces,
el casto aljofar los fresnos;
donde los nadantes mudos,
dejando tal vez su centro
por traspontines de plata
dan al prado vista, luego
para retirarse forman
mil vistosos escarceos,
que la armonía provocan
de algún ruiseñor parlero.
Vecino de esta estación,
un bosque está compitiendo
con ella en lo matizado,
y para ponerla miedo
amenazándola está
con la voz de los enebros.
De este, pues, florido prado,
de este espeso bosque, y de estos
altos verdes promontorios
que inunda el raudal ameno
del Jordán, será vecino
Juan, y en debidos obsequios,
por rey le tendrán las flores
y los árboles por dueño.
Vivirá aquí algunos años,
dándole por alimento
rubio licor las encinas
que labra en sus troncos huecos,
la avejuela artificiosa,
acompañando al sustento

de la pálida raiz
de la langosta; el camello
de sus pieles le dará,
igual en Julio y Enero
vestido, no que le pula,
sino que le ciña el cuerpo.
Aquí, trompeta animada,
clara voz, divino trueno,
en los términos del mundo
resonarán sus preceptos;
vendrán de las convecinas
provincias, los Galileos,
Palestinos y Judáicos
á verle, á oirle, y en ellos
de su admirable doctrina
el fruto obrará portentos.
Tal vez de un robusto tronco,
con quien maridaje han hecho,
los lascivos corazones
de una yedra, tronco excelso
ó púlpito formará,
donde de sus argumentos
la claridad y eficacia,
ya tímidos, ó ya tiernos
tendrá á sus oyentes; muchos
en su semblante advirtiendo,
no poca deidad oculta,
mucho explendor encubierto,
juraran ser el Mesías
que Dios prometió á su pueblo;
y es que como la palabra
divina, su voz le ha hecho.
¿Qué mucho que un Dios le miren

delicias del alma Venus,
la gracia su primer vida,
por singular privilegio.
¡Oh tú, divino explendor
del sol de justicia eterno,
de sus acciones milagro
de sus milagros exceso!
Este admite que consagra,
humilde culto mi afecto,
de tu deidad á las luces
con lazo de amor estrecho:
que si de las glorias tuyas
no acertase á hacer compendio,
tímida la voz, el labio
confuso, tardo el acento,
será á pesar de la envidia
volumen grave mi pecho,
donde escritas tus memorias
darán á mi entendimiento,
el más gustoso embarazo
más dulce entretenimiento,
y será al fin tu piedad
el asilo de mis yerros.

ROMANCE

Al Bautismo de San Juan

Estrivillo.

Suena, honor de la ribera,
armónico ruiseñor,

que del invierno el rigor
se ha mudado en primavera.
  Cante su voz lisonjera,
los misterios del Jordán,
pues le dá á su orilla Juan,
más flores que Abril le diera.

Coplas.

  Suspended vuestro raudal,
aguas que correis ligeras,
ya alimentando las plantas
ya argentando las arenas.
  Dulce Jordán, suspended
vuestras corrientes amenas,
perdone á lo fugitivo
lo que en lo tardo interesan.
  El cielo sois de cristal
si hay cristalina esfera,
de donde aunque desatadas,
habeis llegado á excederla.
  Escuchais la voz del Padre,
cuya divina asistencia,
acredita cuanto Juan
ha honrado vuestras riberas.
  Estareis desavenidas,
aunque el correros sea fuerza,
porque el reiros es gracia
y el correr naturaleza.
  La voz del Padre ha llegado
sobre las corrientes vuestras,
donde tantas veces Juan
que es la voz de Cristo, llega.
  Con tanto favor ufanas,

si el ímpetu no os despeña,
vuestra lengua puede hablar
pues tienen las aguas lengua.
Zagales, no os maravillen
del Jordán las excelencias,
pues eso es tener sus aguas
á Juan por el cisne de ellas.
Suena honor de la ribera, &c:

ROMANCE

A la Concepción sin culpa de María Santísima

Una montaña de pinos
parece el mar, y erizadas
las crespas olas sacuden
sus espumas en las gavias.
Aquella fragata hermosa,
que adornan banderas blancas,
sin naufragar en la culpa,
quiere salir por la barra.
Todo ese naval estruendo
de tanta enemiga escuadra,
quiere que pague el tributo,
que todas las otras pagan.
Ya dividen, azotan y desatan
de Neptuno las olas erizadas.
Ya reman, y se embisten, ya se apartan.
¡Guerra, guerra, guerra, al arma, al arma!
¡Guerra, guerra, guerra, la crugía dispara!
¡Guerra, guerra, guerra, bogar, bogar canalla!

¿Qué confusión, qué estruendo, qué algazara!
Vencidos ¡oh María! se lamentan
los que tu gloria por su daño cuentan;
los clarines te canten la victoria,
porque tu gracia se llenó de gloria.
Contra la armada enemiga
rayos vibró la fragata,
y envolvió de negro humo,
al corsario su esperanza.
El mar su estrella la jura,
y de sus globos desata,
por defensa de sus luces
guarniciones de esmeraldas.
Llegó á los pardos escollos
el rumor de las bombardas,
y por doblar la victoria
repitieron la batalla.
Ya dividen, azotan, &c.

ROMANCE

A LA SOLEMNÍSIMA FIESTA QUE HIZO LA INSIGNE COFRADÍA DEL SS.^{mo} SACRAMENTO EN EL SAGRARIO DE LA IGLESIA MAYOR, Á LA CONCEPCIÓN SIN CULPA DE MARÍA SS.^{ma}, EN QUE SE DECRETÓ JURAR CADA AÑO LA DEFENSA DE ESTE MISTERIO; Y DE ESTE ROMANCE LLEVÓ PREMIO EL AUTOR EN EL CERTAMEN POÉTICO.

Si favorable tal vez,
pudo merecer mi pluma
tu dictámen, gran Monarca
del imperio de las musas,

Hoy tu deidad numerosas
cláusulas propicia influya,
que al tiempo ofrecidas sean
de sus injurias injuria.

¿Pero qué diré si á ellas,
cuando el desvelo reduzca
alguna de tantas glorias,
quedaren quejosas muchas?

Tú que á la opinión noble,
generosa, heróica, augusta,
¡oh sacra ilustre corona!
tanto ejercicio vinculas,

Ponderación de tí misma
serás, mientras yo desnuda
de exornaciones, te ofrezco
de tus hazañas la suma.

Tú la más gloriosa á quien
de María la hermosura
prendió, libre te consagras
á su Concepción s.n culpa.

Y en círculo aniversario
la primera eres que jura,
renovar de esta oblación,
las apacibles coyundas.

Émulas de tanto celo,
de tí lo han copiado algunas,
porque en algo tus grandezas
puedan consentir segundas.

No permitió competencias,
sólo el aparato á cuyas
luces bellas, de las otras
quedó el lucimiento á oscuras.

Ni una vez sola empeñado,

quieres que tu ardor se luzca,
pues mira tu ostentación
siendo rara á no ser una.
  Y así advertida al afán
de esa lámpara diurna,
que entre los siglos que adora
el de una Virgen saluda,
  Este circular obsequio
prometiste á la más pura,
de quien es átomo el sol
y un punto en su pié la luna.
  Tan alto acuerdo no sólo
humanas salvas adulan,
que fuera niño el aplauso
á ser solo de criaturas,
  Y así en cortinas de nieve,
Dios tan liberal se oculta,
que á pedir de boca en él,
halla el hombre su ventura.
  Sigue la gloria al rey de ella,
y de aquesa arquitectura
luminosa, desatados
ángeles la tierra inundan.
  Tan grata á los ojos era
su divina compostura,
que quien la contempla absorto,
huesped del cielo se juzga.
  Y más cuando del azul
zafiro y estrellas rubias,
fueron las joyas y telas
no inferiores sustitutas.
  La región del fuego activa,
con saber poco de burlas,

formó de varios cometas
mil lucientes travesuras.
Todo este ardiente aparato
tu heróica piedad divulga,
para dar admiraciones
á las edades futuras.
Y porque sin más adornos
cuando á otras fiestas acudas,
sola la memoria de éstos,
áun los más costosos supla.
¡Qué ociosa la detracción
queda, y la envidia qué mustia,
cuando ni un descuido hallan
donde su veneno cunda!
Mas espacios á su empeño
ya no ha de haber quien descubra,
pues los términos de humana,
rompió celestial tu industria.
Ya de esa Escala excelente
que es generosa columna,
de esta máquina glorioso
timbre sea el ***non plus ultra.***
Que en fin, aunque este argumento
en la Justa no se incluya,
podrá una lisonja en ella
tener lugar por tan justa.

ROMANCE

A la Purificación de María, Señora Nuestra

¿Qué niebla tu lustre mancha
hermosísima María,

que al templo dicen que sales
y que en él te purificas?

Al sol que en los brazos llevas
parece desacreditas,
que con redimir tus luces
dices que fueron cautivas.

Mas para que se conozca
lo que te dió de divina,
el que redime á los hombres,
quiere que tú le redimas.

Si te acojes á sagrado
de tanta vulgar malicia,
el vivo templo de Dios
puedes hallar en tí misma.

Mira que á tu luz tus pasos
tienen desfavorecida,
pues vas á purificarla,
no pudiendo ser más limpia.

¿Pero quién los rayos duda
que en tus brazos se duplican,
si siendo un sol en pureza,
dás la mano al de justicia?

Digan los cielos, digan
si sus clarines estrellas
se tienen por tan bellas,
como el sol de María.

ROMANCE

Á San Juan Bautista.

Estrivillo.

Tortolilla que al alba enamoras,
y al sol cuando nace requebrando estás.
deja tu llanto, que es bien que hoy se mude
en tonos festivos, sonoros, el ay.

Deja tu loca porfía,
pues otra no has de encontrar
ave, que plumas y pico
no rompa en glorias de Juan.
De tantas voces herida,
la selva al viento le dá,
fugas que esparza por ecos,
en la región del Jordán.
Canta alegre como todas,
cese el gemir y arrullar,
si á la voz de Juan te templas,
lira del cielo serás.
Tortolilla que al alba, &c.

ROMANCE

Al Espíritu Santo.

Ese luciente aparato
que en el aire se descubre,

según luce, bien parece
que al zafir robó sus luces.
Según se visten los vientos
de rayos, llamas y lumbres,
ó el cielo á la tierra baja,
ó la tierra al cielo sube.
Los altos montes humillan
sus verdes lozanas cumbres,
porque á los valles el fuego
todo su estruendo reduce.

Espántanse las aves, vuelan, huyen,
á tanto ardor no es mucho que se turben;
ya vuelven, ya se cobran, ya se alegran;
más alto sol su dulce voz despierta.

Ya por el aire cruzan, corren, cantan,
despreciadoras de la luz del alba,
y de su melodía entre las peñas,
el eco en baja voz resuena, suena.

Fervorosos regocijos
dispensa al orbe é infunde,
una Paloma que al sol,
de feo á su vista arguye.
A su resplandor opuestas,
tanto se doran las nubes,
que en las bóvedas del cielo,
á lámparas se introducen.
Tronos y dominaciones,
carro triunfal le construyen,
y en tanto golfo de rayos,
no hay ave que no fluctúe.
Espántanse las aves, &c.

ROMANCE

AL ESPÍRITU SANTO.

Todos los cuatro elementos
armados se desafían,
sobre cuál tiene más parte
en las glorias de este día.
El fuego dice que quiso
tomar su ardiente divisa,
el Espíritu Supremo,
que en rayos de luz camina.
El aire alega que de él
mejor blasón participa,
pues en viento vehemente,
el Padre al mundo le envía.
El agua en lenguas sonoras
que fué su carroza afirma,
antes que al mundo le diese
ser, la palabra divina.
La tierra muestra que á ella
como lluvia cristalina,
la fertilizan sus dones,
la enriquecen sus caricias.
Cada elemento dá iguales
razones á su porfía,
y la conclusión pretenden,
que á las armas se remita.
Ardiendo en iras el fuego
rayos forja, truenos vibra,

y los relámpagos quiere
que le sirvan de cuchillas.
De tempestades deshechas,
haciendo está el viento lista,
y á las opuestas escuadras,
antes de vencer las silba.
El mar, soberbio monarca,
de plata las culebrinas
disparando, se promete
por corriente la conquista.
La tierra de primaveras
viste alentadas cuadrillas,
y no cree que la palma,
le faltará á quien la cría.
Ya salen, ya se ven, ya se acuchillan,
del fuego volador las armas brillan;
los vientos braman por tocar á guerra;
al arma, al arma dicen mar y tierra.
Ya llegan, ya disparan,
ya se embisten, se huyen, se reparan.
Las Salamandras, aves, peces, fieras,
meten paz lisonjera
y con airoso brío
resolvieron en gala el desafío.

ROMANCE.

A San Clemente.

¡Qué bien los navales pinos
sobre las aguas salobres,
de tafetán coronados

pardas ciudades componen!
¡Qué bien al estruendo vario
del dorado herido bronce,
en los escollos opuestos,
los mudos ecos responden!
¡Qué bien la zaloma ruda,
en sonoras altas voces,
los marineros alegres
cantan á coros acordes!
Viva, viva, viva, dicen á voces
la gloria de los mares y los montes;
Viva Ciemente, viva,
de las aguas deidad y de las islas.
Viva Clemente, viva,
alegría del prado y de las fuentes,
y háganle la salva
las trompas, los clarines y las cajas.
Todo es festín y alborozo
en la hermosa playa á donde
el mar á Clemente labra,
urna de alabastro noble.
Las espumosas cortinas
que tanto tiempo le esconden,
medrosas y reverentes,
de no correrse se corren.
Tocan las aguas á fiesta
encontrándose veloces,
y de las navales plazas
alegres salvas se oyen.
Viva, viva, &c.

ROMANCE.

A San Clemente.

Del Pontífice Clemente
á solemnizar las fiestas,
alegres tropas concurren
de bizarras montañesas.
Para el juego, para el baile,
la hermosa varia cenefa,
de ese floreciente prado,
verde teatro le presta.
En dos coros divididas
fiaron á su destreza,
de los instrumentos mudos,
desatar sonoras lenguas.
Viendo que el mar sus cortinas
corre al pórfido que sella
tal reliquia, sus cristales
airosamente festejan.
De librea celeste
el mar se viste,
porque muerto en sus olas
Clemente vive.
Viva Clemente,
vístase el mar librea
de azul celeste.
La pira de Clemente
el mar adorna,
con tellices de plata

par[illegible]

[illegible] ondas
[illegible] de plata,
adornad á Clement
la pira sacra.
Conchas y caracoles
de la marina,
acercaos á las urnas,
de esas reliquias.
Reliquias solas
que la mar hacen cielo
y astros las ondas.

ROMANCE.

A SAN CLEMENTE.

Ah de la montaña adusta
cuantos poblais, y cuantos
mármoles labrais, más duros
que el Corazón de Trajano,
De la ardiente sed heridos
no infameis los riscos altos,
que el cielo en vuestro pastor
otro Moisés os ha dado.
En aquella cumbre adora
un puro cordero manso,
á cuyo pié el monte liba
cristal deshecho á pedazos.
No común agua de pié
dará á la sed vuestro labio,
que esta agua del pié de Dios,

ganó al nectar por la mano.
Beneficio es de Clemente
ese que al más despeñado
arroyuelo fugitivo
os sirve de espejo claro.
No á la sed alivio solo
es, sino á vuestro trabajo,
pues cítara de marfil
la pulsan esos penachos.
Émulos cuantos el monte
viven, músicos alados,
clarines del alba vienen
á competir con su canto.
Válgame Dios,
qué coros tan altos
los ruiseñores forman delicados.
Aun las menos diestras aves,
en sostenidos suaves
con su dulzura compiten,
y de las ondas repiten
las fugas que han escuchado.
Válgame Dios, &c.

ROMANCE.

A San Clemente.

Pastor de pocas ovejas
duramente perseguidas,
del que ha encendido su sed
con la sangre de infinitas,

Con ellas va desterrado
de la siempre amable vista
de otras que llorando quedan
la ausencia de sus delicias.
Del pellico le desnuda
inhumana tiranía,
porque duras piedras labre
el que artífice es de vivas.
No tantos el hierro vence
mármoles, cuantos suavizan
hechos raudales sus ojos,
hechas sudor sus fatigas.
Llora cuantos sus rebaños
entre el veneno peligran,
de tantos áspides fieros,
como en las flores se abrigan.
A su dolor y á su llanto
dulces treguas solicita
un Cordero que á las peñas,
hace que en fuentes se rían.
Cuán mayor será, Clemente,
que tu dolor, tu alegría,
si á quien te dió la cayada
hecho tú Cordero miras.
Alábese tu dicha
pues en tu pena hallaste
la gloria que perdías.

ROMANCE.

A San Clemente.

Vamos á ver zagalejas
de Clemente el cuerpo santo,
á quien del mar las espumas
forman templo de alabastro.
Todo el reino de Neptuno
con tal depósito ufano,
para hacerle algún festejo
se acerca al divino mármol.
Las Ninfas y los Tritones,
tres á tres y cuatro á cuatro,
sus marinos instrumentos
siguen en discorde canto.
De Focas y de Delfines
viene un escuadrón nadando,
á quien desde la ribera
los pescadores cantaron.
Corred, corred, nadad, nadad,
por aquí, por allí, por acá.
Delfines ligeros
mudos lisonjeros,
bien podeis correros
de vuestro nadar,
pues las Ninfas y Tritones
la gala os han de llevar.
Corred, corred, nadad, nadad,
por aquí, por allí, por allá.

LETRA

A LA ENCARNACIÓN.

Ruiseñores del aire clarines,
del prado lisonja, del mundo solaz,
los picos romped, la voz desatad,
volad, volad, corred,
corred, corred, volad,
que os convidan risueñas las flores
porque testigos gozosos sigais.
Volad, volad, corred,
corred, corred, volad,
que callando menos
descansareis más.
Ruiseñores peregrinos,
moved los picos veloces;
no por tibias vuestras voces
falten á asuntos divinos;
los órganos cristalinos
de ese valle acompañad.
Volad, volad, &c.
Hoy vuestro dueño se humana,
y porque su amor asombre,
reduce á flaqueza de hombre
su magestad soberana.
Hoy á toda gracia gana
su blasón esta humildad.
Volad, volad, &c.
Ya deja el azul celeste

de aquese globo estrellado,
quien por salir de encarnado,
elije las sombras de este.
Vuestra armonía se apreste,
fugas nuevas inventad.
Volad, volad, &c.
Tanta luminosa estrella
renuncia compadecido,
quien viene á tomar vestido
hoy de carne de Doncella.
Todo discurso atropella
tan dulce dificultad.
Volad, volad, &c.

ROMANCE

A la Presentación de María Santísima en el Templo.

No por olvidar el mundo
sube hoy al templo María,
que más se acuerda dél, cuando
más parece que le olvida.
No vá huyendo de sus armas,
que de las más enemigas
se halló la jurisdicción
de su resplandor vencida.
Al templo vá para ser
venerada por divina,
que otra morada no fuera,
de tanta pureza digna.

Digan los cielos, digan
si sus claras estrellas,
se tienen por tan bellas
como el sol de María.

Canten, canten las avecillas,
y á celebrar sus primores,
despierten los ruiseñores,
renazcan las maravillas.

Hoy el templo, breve nacar
para tanta margarita,
con el ornato que goza
el del cielo no codicia.

En sus términos la Gracia
á golfos verterse mira,
desde que es propiciatorio
de Dios la que los habita.

ROMANCE.

A LA ASUNCIÓN GLORIOSA DE MARÍA SANTÍSIMA.

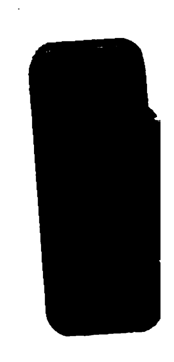
1. Ah de ese Alcazar inmenso,
escuadrones celestiales,
abrid las puertas gloriosas
al triunfo que ocupa el aire.

2. ¿Quién tanto dominio afecta
en estos altos umbrales,
que á recibir á su autor
solo pudieron quebrarse?

1. Abrid, abrid esas puertas

si abrirlas será bastante,
cuando de sus quicios pide
la ocasión que se desaten.
Vuestra reina llama.
2. ¿Quién?
1. De vuestra gloria la llave.
2. ¿Quién?
1. La Reina de la Gloria.
2. Los cielos sus puertas abren.

Y en voces desiguales
á su Reina escogida,
le dán la bienvenida
los coros celestiales.



1. Salve la dicen.
2. Salve,
por quien viéndote ausente,
suspira triste el valle.
1. Salve la dicen.
2. Salve,
esperanza del hombre,
alegría del angel.

De esa azul esfera pende,
cuanto ejército volante
siempre á su Dios obediente
de verle vive, y amarle.

Como avenidas de flores
ya cruzan, y ya se abaten
á la luz, que mariposas
cercan intelectuales.

Doradas nubes componen
que el pié á María le calcen,
y para volar le ofrecen
pluma al coturno las aves.

Ya de tapete la luna
le sirve, y eslabonarse
para ceñirla, pretenden
esos trémulos diamantes.
Y en voces desiguales, &c.

ROMANCE.

A San Juan Bautista.

Fuentecillas que siempre
con tan lindo humor,
murmurais del día
y os reís del sol;
Si han de llegar al Jordán
vuestras corrientes ligeras,
decid que de sus riberas
el sol ha nacido en Juan.
No un sol que en el cielo alumbra
con su luz se contentó,
viendo que otro sol naciendo
afrenta su resplandor.
Madre le produce esteril,
con que es cierta conclusión,
que más su madre es la gracia
de aquella de quien nació.
La siempre altiva montaña
por hacer adulación
á la pequeñez de un niño,
lo humilde al valle envidió.
Mas viendo que cuando nace

goza de grande blasón,
sus cumbres si nó de agrado,
se encogieron de temor.
Y advirtiendo que es vos Juan
á celebrarle acertó,
la voz levantando al cielo
un músico ruiseñor.
Para Precursor un angel
el cielo elegir debió,
y naciendo Juan le viene
nacido el ser Precursor.
Fuentecillas, &c.

ROMANCE.

Mirando como se encuentran
en dulce guerra las olas,
haciendo para sus rizos
de sus espumas garzotas,
Del piélago cristalino
en la margen arenosa,
donde retrata Sanlucar
las torres que la coronan,
Sentado estaba Daliso
dando á sus tristes memorias,
ejemplares escarmientos
en las aguas y en las rocas.
Loco amor, ¿qué importan, dice,
firmezas de que blasonas?
Más firme es un risco, y siempre
verás que hecho fuentes llora.

Mira hácia aquesos peñascos
que el mar con furia no poca,
fugitivo los desprecia,
erizado los azota.
En el sujeto de Antandra
un mar de belleza adoras,
de cuyos reflejos son
tus deseos mariposas.
Pero como atento mar,
tu ardiente ambición se arroja,
desvanécese en las aguas
de tus deseos la gloria.

ÉGLOGA

AL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Danteo. Bato. Gila. Menga. Zabulón

SALEN, DANTEO Y GILA.

Dant. ¿No ves todo el monte, Gila,
arder en celestes llamas?
¿No ves en el valle un cielo?
¿No ves toda la campaña
de vivientes lumbres hecha
una población? Repara
que por la región del viento
dulcísimas voces cantan.
¿No escuchas, Gila?
Gila. Danteo,
todavía las patrañas

guardan el sueño á las niñas
de mis ojos; si te agradan
ó los rayos que te asombran
ó las voces que te alhagan,
quédate aquí, mientras yo
consulto con la almohada,
cual puede ser á esta hora,
de tu admiración la causa.
Adios.

Dant. Gila, espera, espera.

Gila. Aparta, Danteo, aparta,
porque soy Gila, y con esos
pellizcos me deshilachas.
Que vaya á dormir me deja,
porque no estoy enseñada
á estar en vela á estas horas.

Dant. Luego, Gila, tú eres mala
para monja, y si lo fueras,
nunca en Maitines te hallaras.

Gila. ¿Monja yo y cantar Maitines?
eso no, no; si se fundara
un convento de Teatinas
ó un convento de capachas
que no supieran que es coro,
todavía me inclinara
á ser capacha ó Teatina.
Pero oir de una matraca
á media noche el ruido
y esperar que venga el alba
cantando lo que no entiendo
no, amigo, con mi cabaña,
con mi hato y con mis migas
me haga Dios bien.

SALEN, BATO Y MENGA.

Menga. Bato, aguarda,
que tú corres mucho, y yo
soy en andar delicada.
Bato. Menga, ¿delicada tú?
¿De cuándo acá? ¿Pues no acabas
de sepultar el caldero
que hiciste de poleadas,
sin ayuda de vecinos
junto al hoyo de la barba?
Menga. ¿Eso te parece mucho?
¿Mas dónde vás, que las llamas
que por el aire discurren
crecen en número, y cuantas
veredas el monte cruzan,
líneas parecen nevadas
que este horizonte hermosean?
Dant. Con la novedad extraña
Bato y Menga, de esas luces
toda la vista elevada,
no reparaba en teneros
tan presentes. ¿Gila, no hablas?
Gila. Déjame dormir ahora.
¿Menga?
Menga. ¿Gila?
Bato. En la cabaña,
pobre mía, aquesta noche
al robusto oficio daba
treguas, y contra el rigor
del frío unas secas ramas
alimentaban el fuego

adonde me calentaba,
cuando hacia el monte escuché
no sé si una lira ó arpa,
acompañando mil voces,
dulce embeleso del alma.

Dant. Bato, aquesas voces mismas
escuché yo en la distancia
que hay de tu choza á la mía;
curioso salí á la falda
de este nevado repecho,
y sin ver persona humana,
que esas asonancias forme,
viendo que de luces tantas
esa región se guarnece,
dije: la vista se engaña
en no divisar quien sea
desta armonía la causa,
sino es que como arder veo
esa celeste campaña,
juzgue que del fuego mismo
es la voz, pues cosa es clara
que si el fuego se hace lenguas,
el fuego será el que canta.

Meng. Gila, ¿has visto disparate
como el de Danteo?

Gila. Calla,
y entretanto que averiguan
los dos de esas luminarias,
de esas voces el origen,
Menga, pues estás cansada
del camino, y el lucero
no ha descubierto la cara,
vámonos por vida tuya

á dormir.

Meng. Vete tú, hermana,
porque estas voces y luces
he de ver en lo qua paran.

(Dentro cantan.)

Cant. Gloria á Dios en el cielo
los ángeles le canten,
y en la tierra los hombres
gocen perpétuas paces.

Dant. Estas son, Bato, las voces.

Bato. Estas son, ¿mas no reparas
que el viento las articula?

Dant. Parece que de esas vagas
estrellas como en capilla
del cielo, en quiebros, en pausa,
el cielo mismo dispensa
tan divinas, tan gallardas
melodías. ¡Oh portento,
que nunca nuestra montaña
gozó, y ahora en desprecios
del día, á soles bordada
la noche le comunica!

Sale Zabulón.

Zab. ¿Qué haceis, pastores, que á tanta
maravilla como ocupa
las pastorales estancias
destas sierras, destos riscos,
destos montes y cañadas,
estais ociosos, y no
caminais hacia las altas
torres de aquella ciudad,

cuyos blasones no alcanzan
á hacerla tan dichosa
como el merecer ser patria
de la más bella criatura
que vió el mundo? Esta es la clara
noble ciudad de Belén:
venid, Danteo, zagalas,
y tú Bato, vamos todos,
vamos á ver la más rara
admiración de los siglos,
parto no de estas montañas,
sino de aquellas esferas
que con estas luminarias,
de tanto sol el oriente
celebran, y de la parda
noche triste las confusas
sombras destierran. ¡Oh, cuánta
gloria he visto en un portal!

Dant. Zabulón, ya despertaban
estos prodigios que vemos,
los deseos y las ansias
de ver la causa de todo;
¿pero será bien que vayan
vacías de algún presente
las manos?

Bato. Una blanca
cestilla llevaré yo
de servas y de castañas,
que de sus toscos erizos
desnudé ayer tarde.

Gila. Aguarda,
que con la bulla mi sueño
se hubo de ir á sacar alma.

A Belén, pastores, quiero
ir con vosotros cargada
de presente para el Niño.

Dant. ¿Qué llevarás?

Gila. Una sarta
de salchichas, y una corcha
de panales que guardaba
en un seno un alcornoque.

Meng. Yo llevaré si os agrada
una fuente de torrijas.

Zab. Y yo otra fuente de heladas
mantequillas, y unos quesos.

Dant. Vamos, pues, pero repara
que otros zagales que han ido,
de todas esas comarcas
al portal, viendo la hermosa
madre del niño, y las canas
venerables de un varón
que les asiste, con varias
fiestas, bailes é instrumentos
han celebrado las altas
maravillas de esta noche.

Gila. Pues será cosa acertada
el que le demos nosotros
á esa tan bella zagala,
el parabién de tal hijo,
y que con alguna danza,
ese portal alegremos.

Menga. Danteo, yo no sé nada
de eso de dar parabienes,
y acá nuestra gente zafia
no es mucho que yerre en eso,
cuando la más cortesana

en un parabién se turba;
y una vez que nuestra ama
la esposa de Naasón
que es dueño de nuestras cabras
parió un niño, y endo yo
á esa sazón á su casa,
entró á darla el parabién
una dama remilgada,
y dijo: para bien sea
señora, ¿y usted estaba
de todos meses cumplidos?
Ella respondió: sí hermana,
que estaba de nueve meses.
¡Ay Dios! (replicó la dama)
¿nueve? muchos meses son,
que mayores son las vacas
y paren de siete meses.

Gila. Esa fué pura ignorancia;
pero yo en esa ocasión
me hallé en esa misma casa,
y otra que entró de visita
entonces muy entonada
de talle, y de voz le dijo:
muy alegre estoy de que hayas
parido, y que no sea hembra,
sino macho; Dios le haga
tan santo como al diluvio.
Pero baste ya de gracias
y ensayémonos nosotros
en los parabienes.

Meng. Vaya,
diga primero Danteo.

Dant. Direle así á la zagala.

«Señora, si el mismo sol
de vuestro vientre es el fruto,
dígalo el romper el luto
de la noche este arrebol.
Tanto encendido farol
como en su hermosa pared
el cielo ha puesto, creed
que enseña con lengua muda
que debeis de ser sin duda
la Virgen de la Merced.»

Bato. ¡Qué linda ha estado la copla!

Dant. No veis que es décima.

Bato. Brava
es la décima, allá vá
la mía, si fuere mala
aún bien que no soy poeta;
digo así:

Dant. Vaya.

Bato. Pues vaya.
«Vos soberana señora,
si lo tengo de decir,
aunque acabais de parir,
bella estais como una aurora.
Mi tosco capricho ignora
alguna comparación
con que alabaros, más son
parecidas vuestras señas,
á la Virgen de las Dueñas
ó á la de la Encarnación.»

Zab. Yo aunque vengo del portal
mi copla echaré sin falta.

Dant. Diga Zabulón.

Zab. Escuchen

que ya estoy en la estacada,
y aunque esto de la poesía
suele ser cosa de chanza,
haciendo cuenta que son
ó bien ó mal sazonadas
migas las coplas, primero
meteré mi cucharada.
«Tan hermosa habeis quedado
Señora, habiendo parido,
que en luces dejais vencido
todo ese globo estrellado.
Gula de versos me ha dado,
si puede llamarse gula,
la que el deseo regula
por tan soberana ley.
¡Oh si yo fuera ese buey,
y mi mujer esa mula!»

Meng. Gila, nuestra vez llegó.

Gila. Menga, di tú, y enseñada
podrá ser que acierte.

Meng. Basta.
«Hermosísima zagala,
por más antorchas que el cielo
encienda en su claro velo,
todo á vuestra luz no iguala;
hoy se ha vestido de gala,
pero si forma querella
de que vuestra cara bella
le oscurece, cierto es,
que teneis cara de nues-
tra Señora de la Estrella.»

Gila. Ya solo falta mi copla.

Meng. Ya solo tu copla falta.

Gila. Pues al santo viejo tengo
de decirle alguna gracia.
«Venerable anciano, en tal
noche, aunque medio dormida,
el estruendo me convida
á veros en el portal.
Miréos y tan celestial
aspecto en vos admiré,
que os afirmo por mi fé,
que desde el punto que os ví,
por muy devota me dí
del bendito San José.»
Dant. Muy bien acabado, Gila.
Bato. Pues ensayemos las danzas
caminando hacia Belén.
Dant. Dí conmigo por la hacha.
Todos. Veamos.

Cantan y bailan.

Bien nacido sea
el Adonis gentil,
la gala del aldea,
la pompa del Abril.
Sea bien venido
el pueblo á hacer la salva
á honor del elegido,
á la risa del alba.
Bien venido sea, &c.
Gila. Menga, no son para mí
esos tonos, las sonajas
repica, rompe el pandero,
quiebra el tamboril y rasga
las cuerdas á la vihuela;

esas castañuelas ata
á los dedos, y á folias
alegremos las montañas.

Cantan y bailan.

Toca Menga las sonajas,
dale Gila al tamboril,
vamos á ver el Abril
recien nacido en las fajas.
El Abril ha comenzado
y el Diciembre aún no ha salido,
ó el sol se nos ha dormido,
ó el cielo se ha trabucado.
Toca Menga, &c.
Venido habemos, señora,
á veros en el portal;
pero con adorno igual
nunca vimos al aurora.
Aurora bella, María,
os celebra nuestra fé,
pues recien nacido vé
en vuestros brazos el Día.
Toca Menga, &c.

ROMANCE.

A SANTA CLARA.

La hermosa aurora de Asís
tan clara como ella misma,
de quien son belleza y gracia

dos iguales maravillas.
  Asaltar vió las almenas
del huerto en que sus delicias
de tanta luciente flor,
su dueño amoroso fía.
  Alentada en su defensa
de todo el sol de justicia,
oponer sus fuertes rayos
á su furor solicita.
  ¡Oh qué ufano el vencimiento
á tanta deidad se inclina,
si á quien las victorias hace
tan de su mano le mira!
  Si el sol se descubre en ella,
¿cómo podrán á su vista
tantas agarenas lunas
no quedar oscurecidas?

Estribillo.

Viva le dicen, viva,
los coros celestiales,
y en versos desiguales
su triunfo solemnizan.
  Viva le dicen, viva,
en quien sus rayos mejora,
el rosicler de la aurora
y la clara luz del día.

SEGUNDA PARTE.

ROMANCE.

Hermosa Amarilis mía,
ya la paciencia no sufre
que en las leyes del respeto
tanto ardor se disimule.
Quien siente un incendio y calla,
por de bronce que le juzguen,
si el humo saca á los ojos
lágrimas que le divulguen.
Tus niñas fueron dos rayos,
á cuya vista no pude
dejar de ser mariposa
de tus soberanas luces.
No les resisto la vida,
pues no será bien se escuse
de dártela, quien sin tí
tiene el vivir por inútil.
Mas el no quedar si ella
en lo activo se disculpe
de tu mano, á cuya nieve
menos tu fuego presume.
Deja que el labio mil veces
su puro cristal apure,
si de homicidas tus ojos
deseas que no se acusen.

El pecho á donde tu imagen
por instantes se introduce,
penas alimenta amargas
entre memorias tan dulces.
Si en blanco dejarme quieres
de más rigores no uses,
pues tu blanco pecho, el blanco
es de mis solicitudes.

ROMANCE.

DALE CUENTA Á ARDENIA DEL VIAJE DE OLIVARES.

(Lúnes 4 de Diciembre de 1657.)

Era del rígido mes
en que caen las Navidades
un lunes, y en lo aciago
era un lunes como un martes.
Cuando el bermejo planeta,
bostezando auroras, abre
la boca porque á pedir
de boca, en invierno nace.
Tan todo rayos la frente
amaneció, por vengarse
de la escarcha de la noche,
que echó chispas su coraje.
Pero el hielo al ver su faz
tan de arrebol y granates,
dijo: sobran los rigores
pues me derrito al mirarte.

En este, pues, mismo día,
digno de que por gozarte
los capotes se renuncien
y los braseros se apaguen,
Vuestro Quirós, vuestro Arenas,
siervo el uno, el otro amante,
olmo de quien himeneo
no infecunda vid os hace,
Dijeron: brava ocasión
para hacer aquel viaje,
que es santiamén en lo breve,
y es jarro de agua en lo fácil.
Sabreis, pues, hermosa Ardenia,
que en ese verde Aljarafe,
tan ameno como hay viñas,
no hablo en Dares ni en Tomares.
En un lugar cierto amigo
citado de los dos antes,
aunque fué la citación
para los dos de remate,
No rudo en su albergue quiso
ofrecernos hospedaje,
y acatándole aún sin viento
partimos allá en los aires.
Hecho un mar de regocijos
iba Quirós, no os espante
que donde un mar se arrojó
las arenas se arrojasen.
Locos de contento fuimos
por esos andurriales,
¿más quién viéndose á caballo
puede en lo cuerdo pararse?
Ya llegamos á la aldea,

ya estamos en los umbrales
del duro huésped, con quien
es mantequilla el diamante.
Cerradas tenía las puertas,
y aunque tardemente se abren,
más hicieron que los puños
para donde no hubo llave.
Salió en fin, el buen Martín,
antípoda de aquel grande
francés, que de liberal
hizo el gabán dos mitades,
Y puesto al umbral de suerte
que sólo para salvaje,
lo que le sobró de mona,
de maza hubo de faltarle;
Sean bien venidos, dijo,
vean si quieren apearse,
que ya juzgué no vinieran
viendo que se iba la tarde.
Otros se quedaron fríos,
oyendo tal disparate,
mas del necio toma el cuerdo
por cosa de aire el desaire.
Yo, socarrón, á mi mula
apliqué los acicates,
y como cupo animal
me colé por los zaguanes.
Apeámonos, y en esto
manda que se nos prepare
un cuarto, cuyas paredes
por una blanca no valen.
Es verdad que él era negro,
aunque era muy frío, y aunque

era muy húmedo, y muy
para huéspedes de lance.
Púsonos en aquel potro,
y después mandó ensillarse,
que hasta entonces no hubo en que
los huéspedes se sentasen.
Y es como el Don Durazno
temía salir de madre,
por no tenernos de asiento
se holgó de vernos gigantes.
Pidió el brasero, y al punto
vino, fuerza es que se llame
punto crudo, pues sin lumbre,
ni freirse pudo ni asarse.
La caja sin la vacía
trajeron cruel Durandarte,
¿si ahora nos matas de frío,
que tendrá que hacer la hambre?
Pienso que porque no coman
en tu casa, les negaste
á mis duros sabañones,
lumbre en que se calentasen.
Mas si ellos han de comer
las mías y no las tuyas,
¿qué costa te hace el que yo
donde me come me rasque?
Con el puñal del ayuno
matarnos determinaste;
será á puñaladas frías,
si antes nos hiela la sangre.
Aunque de crudo presumas,
de valiente no te alabes,
que matar á sangre fría

sólo es de pechos cobardes.
¿Pero qué escucho? Ya dices
¡ola! ¿Por qué no nos traen
la cena, que es tiempo
que estos señores descansen?
¡Oh palabra de los cielos,
que igualmente satisfaces
á la hambre y á la opinión
de hospedados y hospedante!
Y mas cuando la bajilla
del metal luciente sale,
pesada en burlas, á hacer
platillo de los manjares.
Ponen la mesa ¡oh qué dicha!
lo del pino de oro pase
por juego, y con la caoba
menos presunción entable.
Tienden los manteles, no
piensen por eso marcharse,
pues siempre una tabla hechos
se ven por más que se laven.
Este es cuchillo que mella
han hecho en él las edades,
falta le hace el acero,
de ocioso hubo de opilarse.
Esta es polla, buen principio,
punto para saludarle
nos dá, pues apenas entra
cuando le decimos ave.
Parta usted, dijo Martín.
Feniso se hizo trinchante,
corta el cuchillo por yerro
si era voto de no usarse.

Yo que á los destrozos miro,
á pechos quisiera echarme
los pechos, mas no son pechos,
pues no los vemos delante.
Hombre, si así nos despechas,
¿cómo podrá sustentarse
ni aún la paciencia de un Job
con una pierna tan frágil?
Tú, y tu cena zancarrona,
parece que os aunásteis,
en hacer piernas adrede,
y en sustentarnos de balde.
Yo apelo á cualque morcilla,
á cualque lomo, ó á cualque
grosero alimento, con que
mi estómago se empalague.
Mas hétela por do viene
la adusta sirviente informe,
con el plato que en las mesas
es el *requiescant in pace*.
Trae aceitunas, que aún no
merecieron ser gordales,
pero fueron tan partidas
como el dueño miserable.
Yo que vi que puesto el postre
corría la cena á acabarse,
de que el estar en los huesos
fueron las peores señales,
Dije: en este helado mes
válgame Dios, qué bien saben
las uvas, toda la cena
podía por ellas trocarse.
¡Oh recuerdo asaz dichoso

que con tu virtud llegaste,
á lo que estaba pendiente
de un hilo allá en los desvanes!
Una fuente viene de uvas,
y el ser fuente no es bastante
para que corra, que como
está hecha una uva, se cae.
Sólo nos faltaba un queso,
dije, para que asentase
la cena, pues por él puede
decirse que no hay más Flandes.
¿En casa hay queso? pues venga
que ya estaba dando al traste;
¿acaso el queso es Domingo
para que así usted lo guarde?
Vino el queso, y más que él yo
me hice rajas en rajarle,
si es avaro el que le ofrece
sea franco el que le reparte.
Siguióse el *agimus tibi*
gratias, y en diversos catres,
con cuya dureza pudo
ser mantequilla Anajarte,
Las camas se nos previenen
tan losas, que el que *aquí yace*
pudiera escribirse en ellas
como en el bronce ó el jaspe.
En fin, la ropa tendimos,
y apenas en el bramante
de la almohada, una hebra
busca el sueño que devane,
Cuando en el cuarto de arriba
en vez del dorado alambre,

que pulsado es alma dulce
de la cítara sonante,

Ruidosa cuna se mece,
truenos fueron, tempestades
sus golpes, que en las cabezas
vanas claramente laten.

Nuestro tormento de cuna
con quien el de toca es suave,
pues éste beberse suele
y ese no puede tragarse.

¿Quién te mete en esos ruidos?
pero bien es que amenaces
á huéspedes tan zaleas
con inquietud de pañales.

Déjanos dormir, ó plegue
á Dios que nunca te falten
chinches, Herodes sangrientos
de ese que arrullas infante.

¿Pero qué es dormir? que el día
vá dando á la noche mate,
y ya de los gallos son
facistol los muladares.

Vámonos, dije, de aquí,
que aunque este es hombre de encaje,
sin cuidar de caras, cocos
nos hará por chocolate.

Adios...............adios,
y él dice; aguarden, aguarden,
no se vayan en ayunas
si nó quieren desmayarse.

Pónese la mesa, y viene
entre dos platos el ave,
cuya voz dejó á San Pedro

vuelto en un *flevit amare*.
Ya á lo menos no podrá
decirse que nos dejaste
de la galla, y si del gallo
murió quien lo cacarease.
Solo sentí que á una enferma
hoy también se le enviasen
los blancos, pero aún sin ellos
sé que nos venimos *in albis*.
Roerle al gallo los huesos
era morder pedernales,
lo que pareció comerle
apenas fué murmurarle.
El gallo dió por principio,
pero si podía cortarse
de sus cueros un coleto,
no lo dió sino por ante.
Tenía tanta correa
que nunca le corrió nadie,
¿un gallo no es mejor para
correrle que para asarle?
Duro estaba el gallo, y creo
que porque se te quedase,
lo más dél para la noche,
no nos lo diste fiambre.
Lo que en abundancia hubo
fué pebre; lindo vinagre;
¿de qué sirve tanto mojil
para un almuerzo tan ágil?
Aquí dió fin de una vez
mi fiesta y el romance;
peores que las de Toledo
son las noches de Olivares.

SONETO SATÍRICO

AL AUTOR DE UN ROMANCE RIDÍCULO.

Agonal, parto de festiva idea,
que en carros de elocuencia masticada,
giras del Pindo la estación nevada
para que Apolo tu diamante sea,
¡Oh cuán bien de fulgores se hermosea
la voz nectárea tuya, á quien osada
lecciones pide Dórica la amada,
hija de la región laberintea!
Sus aribagos ojos siempre abata
de Juno el ave hermosa, áun al ribete
de su coturno en círculos de plata.
Que por tu voz dulcísima promete,
con muceta de líquida escarlata,
graduarte de cisne Tagarete.

SONETO.

A LA DIVINA MUDANZA QUE HIZO DE LOS RIESGOS DEL SIGLO Á LA TRANQUILIDAD DE LA RELIGIÓN D. GERÓNIMO DE ORTEGA Y CABRERA, EN LA FLORIDA PRIMAVERA DE SU EDAD.

Rompe el verde botón su clausura
la rosa, que del sol apenas bebe
el tibio resplandor, cuando á su nieve

mil puntas le amenazan suerte dura.
Al sabio agricultor tanta hermosura
á desprenderla de su tronco mueve,
dichoso ultraje, á quien la rosa debe
ver de riesgos exenta su luz pura.
Rosa Gerardo es, sus desengaños
fueron dulce reparo á las ruinas
que del siglo ocasionan los engaños.
¿Quitarle hoy del rosal manos divinas
eso fué acaso malograr sus años?
antes librarle fué de las espinas.

DÉCIMAS.

A LO MISMO.

Hasta ayer de sus antojos,
Gerardo el curso siguió,
pero cuando amaneció
luz más divina á sus ojos,
su libertad por despojos
rinde al sagrado ejercicio
de la obediencia, que el vicio
en los contrarios extremos
remedia, y así le vemos
pasar de vicio á novicio.
Era bella flor su edad,
y aunque el rigor la marchita
del hábito, no le quita
de ser flor la calidad:
la modestia y caridad
dan buen olor, luego aquel

que en adquirirlas es fiel,
ese es flor, y el descuidado
en lo bien disciplinado
le hacen que sea clavel.

SONETO.

A UNA ROSA QUE NACIÓ EN UNA CALAVERA.

Esa hórrida urna de quien tanta
beldad logra tu ser, ¡oh virgen rosa!
de tu arrogancia puede estar quejosa
pues se mira debajo de tu planta.
Que te engrias en tal vergel. ¡Oh, cuánta
altivez tu hermosura afectar osa!
que el no verte á tanto horror medrosa
aún más que esa memoria triste espanta!
Atrevida presumes, mas yo extraño
que en tanta presunción aún le imaginas
de alguna mano aleve expuesta al daño.
Contra ella te armaste, y no adivinas
cuánto más te defiende un desengaño,
que no todo el rigor de tus espinas.

DÉCIMAS

A UNA DAMA QUE PARA VOLVERLA DE UN DESMAYO LA APRETARON EL BRAZO CON UNA LIGA AZUL.

Desmayó la maravilla
de Lisi á molesto agravio,

que hizo de jazmín el labio
y de nieve la mejilla.
Amor que su aljaba humilla,
de Lisi á las luces bellas,
como eclipsados en ellas
contempló los arreboles,
le hizo el ver menos que soles
no menos que ver estrellas.

Remedio él mismo á su mal
busca, y á hallarle se obliga
en que una celeste liga
al brazo oprima el cristal,
Cobra el aliento vital,
Lisi, y gimiendo al rigor
del lazo, dice ¡ay dolor,
cuánto menos siente el brazo
todo lo que aprieta el lazo
que lo que acuerda el color!

Lisi que entre tanta pena
su dura prisión miraba,
prevención la imaginaba,
para romperle una vena;
cuando advertida condena
los importunos desvelos
en que fundó sus recelos,
viendo en la vida que cobra
cuanto el hierro agudo sobra
donde así pican los celos.

Como la más desmayada
vida en los celos se aviva,
dígalo el ver más activa
esta luz casi apagada:
pero á los celos templada

su vida, dá á presumir
que quien comienza á sentir
con lo que amor suele arder,
ó vive para querer,
ó quiere para vivir.

ROMANCE

A SANTA PAULA

¡Oh, qué alegre las montañas
pisa con ligero pié
de la inculta Palestina
para llegar á Belén!
Aquella gloria del Tíber,
alto honor de la viudez,
noble rama, cuyo tronco
fueron uno y otro rey.
Hija bella, cuya Eustoquia
sigue el camino también,
que en las gracias peregrina
como en la esclavina es.
Los dos prodigios de Roma,
que del alba de la fé
una fué rosa fecunda,
otra intacto rosicler,
A una aldehuela llegaron,
y las serranas que ven
con su luz, dejado el monte
cual nunca se vió otra vez,
Por darle la bienvenida

hacen un baile, y en él
juguetes mil cada una
las entraron á ofrecer.
A las dos peregrinas divinas
hoy toda zagala
les cante la gala,
les diga motetes,
les traiga juguetes,
y el alcalde, alguacil y corchetes
váyanse luego,
porque no es para bobos el juego.
Zagaleja que al viento le das
la rubia madeja,
dí, zagaleja,
á aquella matrona
del Mayo corona,
¿qué le darás?
Daréle jamugas,
daréle estufillas,
daréle pastillas,
daréle lechugas,
daréle tortugas
y un libro de canto en que lea griego.
Váyase luego,
porque no es para bobos el juego.
Zagala que al dulce compás
de aquese instrumento
suspendes el viento,
á Eustoquia divina
que á Belén camina,
¿qué le darás?
Daréle dedales,
daréle torrijas,

daréle sortijas,
daréle panales;
daréle zorzales,
y de estas que digo cien coplas de ciego,
Váyase luégo,
que no es para bobos el juego.
Y á Jerónimo, que es singular,
doctísimo padre de hija y de madre,
y por dulce puerto
elige el desierto,
¿qué le has de dar?
Daréles pellicos,
daréle llaveros,
daréle tinteros,
daréle bolsicos;
daréle abanicos,
y si fuera obispo le diera un borrego.
Váyase luego,
porque no es para bobos el juego.

QUINTILLAS

A San Carlos Borromeo, para cantar el año de 1659, que cayó en Martes

A ponerme con Carlos en quintas llego,
porque sus resplandores me tienen ciego.

Hoy Carlos por todas partes
de su fiesta en la alegría
tremola los estandartes;
mas hacer fiesta en tal día

es darnos con la del Martes.
A contar su vida empiezo,
y aunque es su vida sabida,
con su mismo pié emperezo
viendo en su pié que su vida
no fué sin algún tropiezo.
Un tío suyo carnal
á gran puesto le subió,
rehusólo el santo, y fué tal
golpe el que el tío le dió,
que le hizo un gran Cardenal.
Por su humildad soberana,
hallando ser cosa dura
sufrir tanta gloria humana,
con la misma investidura
se puso como una grana.
Su tío le quiere tanto,
viendo su fervor divino,
que fué una cosa de espanto,
mas á este tío el sobrino
lo tuvo por Padre Santo.
Tantas limosnas hacía
á cuantos pobres se hallaba,
que los pobres á porfía
Padre nuestro le llamaban
por el pan de cada día.
Un tiro con furia loca
le hizo una vez la ira mala
de quien su celo provoca,
mas cuando á él llegó la bala
no se atrevió á abrir la boca.
Del agresor se apiadó
con uno y otro suspiro,

¿pero qué mucho si ha hallado,
que aunque fué de plomo el tiro
no le hizo tiro pesado?

En una mortal fatiga
que la ciudad padecía,
á Dios llorando mitiga;
y lo que esto le dolía
basta que su pié lo diga.

A tener larga oración
se partió á la soledad;
pero en esta devoción
lo que parecía piedad
nacía de la pasión.

Viendo los vanos desvelos
del mundo y su altanería,
se daba el santo á los cielos,
mas del mundo se reía
echándose por los suelos.

Él fué el Prelado mayor
que nuestra edad ha tenido,
y no sé si es disfavor
viéndole tan entendido
decir que fué un buen pastor.

SONETO

EN LA COMEDIA DE LA REMEDIADORA ESTÁ ESTE SONETO AMOROSO

Amor y honor á un tiempo han competido
en esta mortal guerra de mi vida;

uno contra mis culpas homicida,
y el otro en mis agravios persuadido.
Amor de dos potencias se ha valido,
memoria y voluntad, y persuadida
á mi intención, el alma prevenida
sólo á mi entendimiento se ha rendido.
Mis sentidos el arma están tocando
en la flaca invasión de mis deseos
fáciles rendimientos publicando.
Pero aunque ya se opone á sus trofeos
mi triste corazón agonizando,
viva mi honor y mueran mis deseos.



ÍNDICE

DE LAS POESÍAS

SONETOS

MADRIGALES.

Páginas.

CANCIONES

DÉCIMAS.

EPÍGRAMAS.

REDONDILLAS.

ROMANCES.

QUINTILLAS.

ENDECHAS.

HIMNOS DE NUESTRA SEÑORA.

LOAS.

—

LETRA.

—

EGLOGAS.

—



FUÉ IMPRESO POR PRIMERA VEZ ESTE
LIBRO EN LA CIUDAD DE SEVI-
LLA, OFICINA DE EL ORDEN.
ACABÓSE EL DÍA 30 DE
NOVIEMBRE DE MIL
OCHOCIENTOS
OCHENTA Y
SIETE.



